
AXEL KAISER / RAINER ZITELMANN
EL ODIO
A LOS RICO$
IGUALITARISMO, DECADENCIA ECONÓMICA Y PERCEPCIÓN PÚBLICA
EDICIONES
EL MERCURIO


AXEL KAISER / RAINER ZITELMANN
EL ODIO
A LOS RICO$
IGUALITARISMO, DECADENCIA ECONÓMICA Y PERCEPCIÓN PÚBLICA
EDICIONES
EL MERCURIO

EL ODIO A LOS RICOS

IGUALITARISMO, DECADENCIA ECONÓMICA Y PERCEPCIÓN PÚBLICA

2023, Empresa El Mercurio S.A.P.

Avda. Santa María 5542, Vitacura,

Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6260-05-9

ISBN Digital: 978-956-6260-06-6

Inscripción N° 2023-A-11372

Primera edición: noviembre de 2023

Edición general: Consuelo Montoya

Diseño y producción: Paula Montero

Diseño de portada: Paula Montero

Fotografía de portada: Shutterstock

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

EL ODIO A LOS RICOS

IGUALITARISMO, DECADENCIA ECONÓMICA Y PERCEPCIÓN PÚBLICA

AXEL KAISER / RAINER ZITELMANN

EDICIONES
EL MERCURIO

Índice

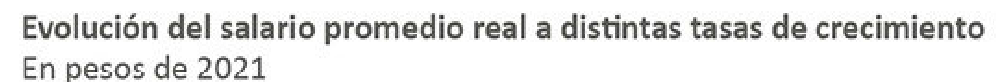
CAPÍTULO I

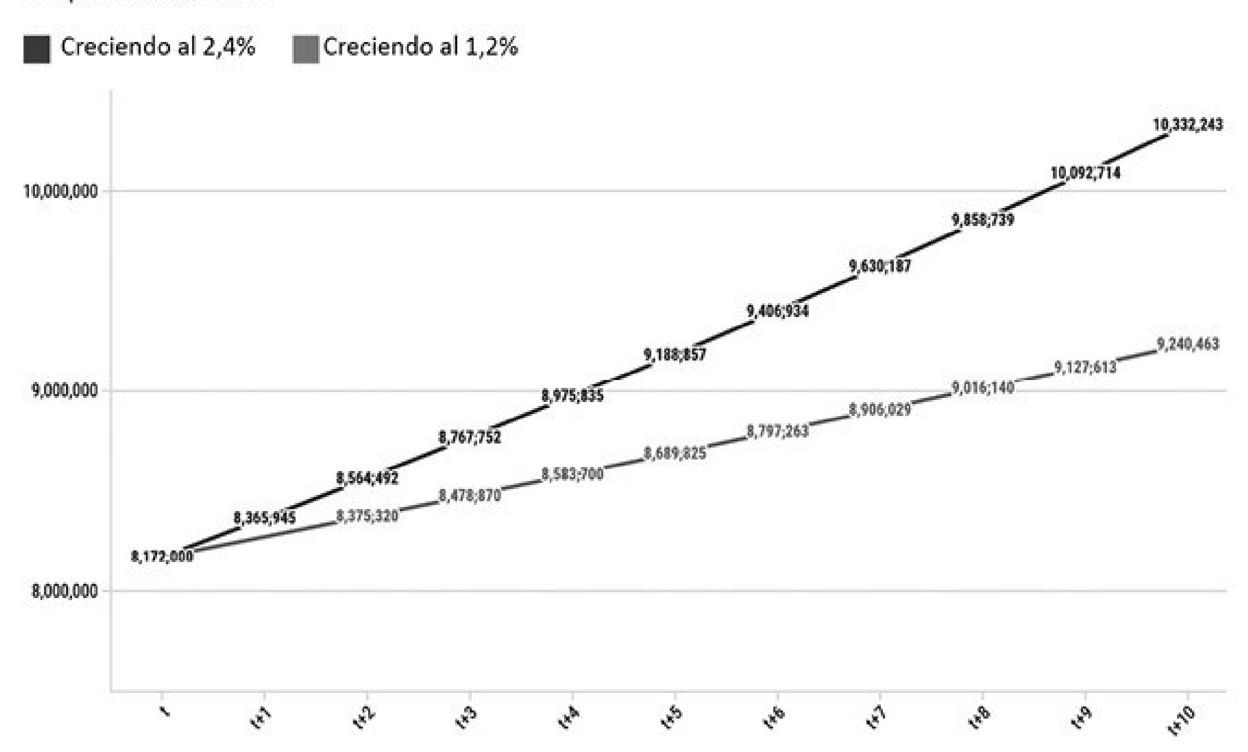
LOS RICOS COMO PROBLEMA

LOS PODEROSOS DE SIEMPRE Y LA DÉCADAPERDIDA

Si hubiera que elegir un caso en el que el discurso en contra de los ricos jugó un rol fundamental en arruinar las posibilidades de progreso de un país, Chile sin duda cumpliría con los requisitos para calificar. Desde el año 2014 en que Michelle Bachelet (2014-2018) regresara con la intención de acabar con lo que denominó «vestigios del modelo neoliberal»[1], el país ha entrado en una década totalmente perdida desde el punto de vista del progreso económico y social. Un interesante trabajo de los economistas Arturo Claro y Gonzalo Sanhueza da cuenta de la magnitud del estancamiento chileno[2]. Entre 2004 y 2013 el crecimiento promedio del PIB real fue de 4,8 por ciento y el PIB per cápita se incrementó en 3,7 por ciento llevándonos a reducir la brecha con países desarrollados. Basta considerar que, en 1990, el PIB per cápita de Chile alcanzaba un 41 por ciento del de Portugal, en 2003 un 57 por ciento y en 2013 un 80 por ciento. Entre 2003 y 2013, en tanto, la pobreza se redujo de 36,2 por ciento a 14,4 por ciento; la pobreza extrema de 17,9 por ciento a 4,5 por ciento; la cantidad de hogares sin servicios básico cayó de 12,4 por ciento a 5,3 por ciento; el hacinamiento en los hogares se redujo de 15,5 por ciento a 9,3 por ciento, y la tasa neta de asistencia a la educación superior aumentó de 26 por ciento a 36,7 por ciento en la población de 18 a 24 años. La realidad, desde que asumió Bachelet su segundo período presidencial con su giro populista, ha cambiado dramáticamente. De 2014 a 2023 el crecimiento de la economía ha sido de 1,9 por ciento en promedio anual y si se ajusta por el crecimiento de la población este cae a un magro 0,6 por ciento per cápita por año. Como sabe cualquier persona con conocimientos básicos de economía, las oportunidades de empleo dependen estrechamente de la capacidad de creación de riqueza. Y, en Chile, producto de las reformas antimercado de Bachelet II, estas oportunidades fueron afectadas gravemente. Así, si entre 2004 y 2013 se creaban en promedio 206 mil empleos por año, entre 2014 y 2023 tan solo se crearon 93 mil empleos por año. Al mismo tiempo, los salarios reales, que crecieron un 2,45 por ciento promedio anual en el primer período, lo hicieron un 1,2 por ciento en la última década. Esto es

problemático, pues como bien explicaron Sanhueza y Claro, para una familia con dos ingresos promedio de 681.000 pesos mensuales la diferencia entre ver salarios creciendo a 2,45 por ciento y 1,2 por ciento es de 2.183.500 pesos de ingresos menos tras una década.





Fuente: Sanhueza y Claro (2023).

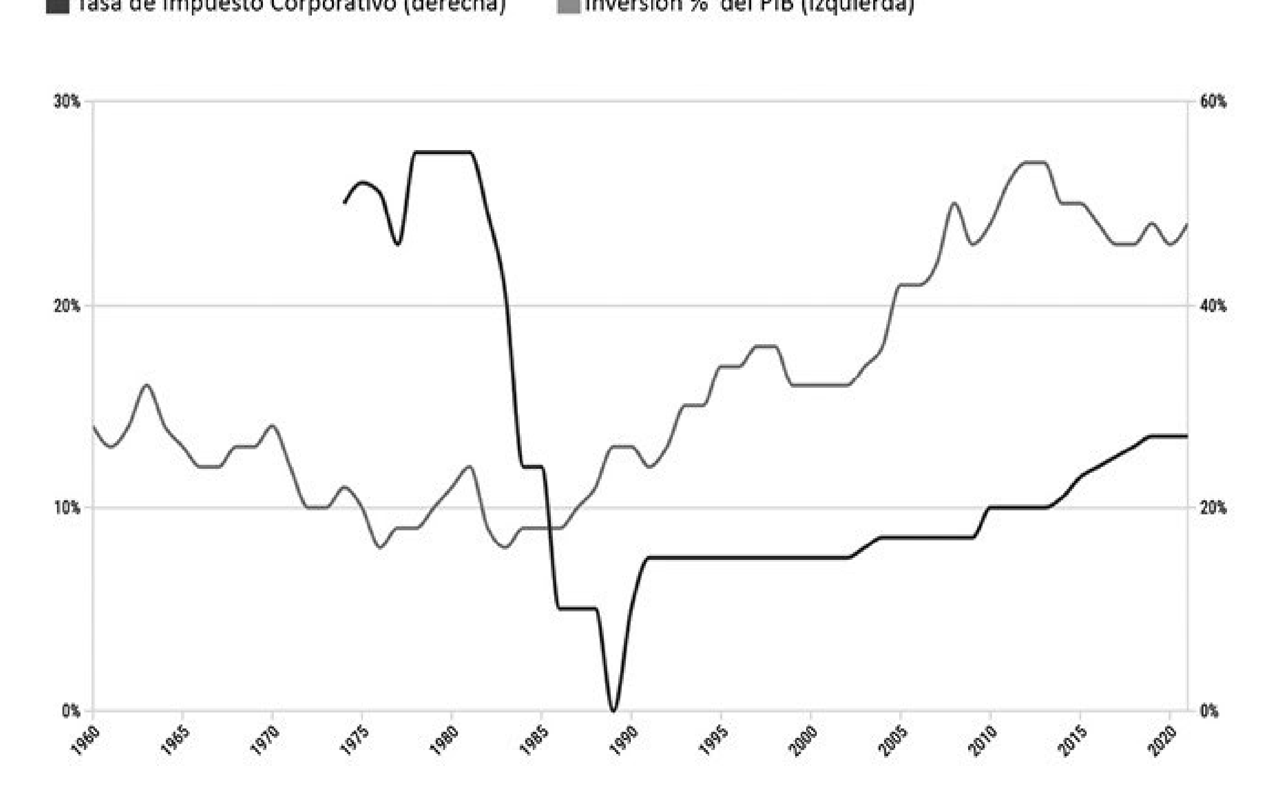
De todas, la reforma tributaria de Bachelet II fue la que asestó el golpe más demoledor a la inversión. Si esta creció en alrededor de un 10 por ciento por año entre 2003 y 2014, lo hizo un 0,8 por ciento real anual en la década posterior. Sin duda la incertidumbre institucional, el permanente cambio en las reglas del juego y el proceso constituyente que pretendió refundar Chile en la línea de la extrema izquierda, contribuyeron de manera importante a la desaceleración de la inversión, la que incluso pasó a experimentar una

contracción comparado con su punto más alto en 2012. Pero si bien el análisis económico no admite dudas respecto a que las políticas económicas que reducen agresivamente la rentabilidad del capital y aumentan el riesgo político e institucional del país dañan severamente las posibilidades de progresar, la causa última de esta destrucción es ideológica. No podemos olvidar que el gobierno Bachelet II (2014-2018) justificó parte importante de su proyecto en la idea de que había que ejercer una revancha en contra de los ricos de Chile. En el sitio oficial del palacio de La Moneda, se publicó un video en defensa de la reforma tributaria en que se decía que quienes atacaban la propuesta eran «los poderosos de siempre que defienden sus intereses»[3]. Según el video, la clase media no iba a pagar ningún costo por la reforma, pues esta respondía al hecho de que «no era justo que los más ricos de Chile no paguen lo que les corresponde». El video, impregnado de un lenguaje resentido que comparaba el ingreso del «jefe» con el de la «secretaria», añadía que el «99 por ciento de lo recaudado» lo pagaría el «1 por ciento más rico». Estos ricos —decía el gobierno— eran 4.500 familias dueñas de «grandes empresas» con un ingreso superior a los 82 millones de pesos mensuales. Se trataba —añadía el gobierno socialista— de «reducir la desigualdad» con la reforma tributaria y se aseguraba a la población que esta iniciativa permitirá tener «mejor educación pública de calidad y gratuita» además de «mejor salud pública con más y mejores hospitales», más «accesos a la cultura, al deporte y a un medio ambiente limpio y mejores pensiones». En otras palabras, el 1 por ciento de los ricos de Chile y su codicia de no querer compartir parte de sus privilegios era todo lo que frenaba una explosión dramática y multidimensional de la calidad de vida de los chilenos. «Los que tienen más pagarán más» insistía el video de propaganda del gobierno, y agregaba que quienes criticaban la reforma, buscaban «engañar» a la gente poniéndole trabas a la posibilidad de conseguir más «igualdad».

Hemos visto que la reforma tributaria terminó siendo perjudicial para la clase media, tal como se advirtió por muchas personas y que su defensa por parte del gobierno de Bachelet era demagogia antirricos, pues no había evidencia que respaldara un alza de impuestos tan alta desde el punto de vista de su impacto en la economía y la población en general. El mismo exministro de Hacienda de Bachelet en su primer gobierno, Andrés Velasco, afirmó en 2014 que no existían estudios que analizaran la reforma en «sus impactos sobre el ahorro, la inversión y el crecimiento»[4]. También desde la

perspectiva de la recaudación, la reforma «antirricos» de Bachelet terminó siendo un fracaso, pues recaudó la mitad de lo que se proponía. Pero la realidad es aún más dramática, pues el crecimiento económico genera más recaudación que las alzas de impuestos enfocadas en atacar a las «grandes fortunas». Sanhueza y Claro lo explican: «Si Chile hubiese crecido al 3,8 por ciento real al año desde el 2013, la recaudación hubiese sido un 26 por ciento mayor en 2023 en términos reales. A un tipo de cambio de $800, esto equivale aproximadamente a un 5 por ciento del PIB, más de lo que esperaba recaudar la reforma tributaria de Bachelet II (3 puntos del PIB) y la rechazada reforma presentada por el gobierno de Gabriel Boric (3,6 puntos del PIB)».





Fuente: Sanhueza y Claro (2023).

No es un asunto muy discutible, desde el punto de vista de la ciencia económica, el hecho de que un vigoroso crecimiento económico es la fuente del progreso social, del empleo y de la creación de oportunidades como también de ingresos para el Estado. La pregunta, entonces, es por qué la izquierda se obsesiona con crear cargas punitivas de impuestos a quienes tienen más, aun cuando el costo lo paga la clase media, los más pobres e incluso la recaudación fiscal. La respuesta, una vez más, es que el sistema tributario es visto como un arma en la lucha de clases contra de los ricos y como mecanismo para lograr mayor igualdad. Esto explica que el actual gobierno de Gabriel Boric, quien se autodefinió como marxista[5] y así lo publicó también en su cuenta de Twitter el 9 de julio de 2011, incluso teniendo a la vista el fracaso de la reforma tributaria de Bachelet II, presentara una reforma aún más demoledora para la inversión, con propuestas que directamente implicaban un castigo material y simbólico a los ricos como era el caso del impuesto a altos patrimonios. La propuesta del ministro de Hacienda de Boric, el socialista Mario Marcel, aumentaba de manera extrema los impuestos pagados por segmentos más altos. Así, por ejemplo, se cargaba adicionalmente a las personas con ingresos desde 4 millones de pesos al mes —que corresponde al 2 por ciento de ingresos más altos— mientras el 98 por ciento restante se dejaba intacto. Al mismo tiempo, se terminaba completamente con la integración del sistema tributario que Bachelet II había desintegrado parcialmente. Esto significa que el 65 por ciento de crédito que aun podían utilizar los dueños de empresas en contra del impuesto personal que habrían de pagar luego de retirar utilidades desaparecía, obligando a quienes tienen empresas a pagar dos veces el impuesto por el mismo ingreso. Pero eso no es todo, pues la reforma Boric-Marcel contemplaba además un impuesto al patrimonio de entre 1 por ciento y 1,8 por ciento marginal para castigar a los «ricos» con patrimonios superiores a 4,9 millones de dólares. Cabe agregar que, si en 1990 doce países de la OCDE tenían un impuesto a la riqueza, en 2023 solo tres países lo mantenían. Los demás lo eliminaron por ineficiente, además de su bajísima recaudación y sus negativos efectos sobre la economía[6]. Sin embargo, en agosto de 2020, el entonces diputado Boric defendía un impuesto al patrimonio en los siguientes términos: «Los más ricos de nuestro país deben entender que tienen que contribuir de manera más significativa en esta crisis cuyos costos hasta ahora la han pagado principalmente y de manera injusta las y los trabajadores. Empujaremos con fuerza y convicción

impuesto a los súper ricos»[7]. Nicolás Grau en tanto, quien terminaría siendo ministro de Economía de Boric, argumentaba en 2020 que un rol central del sistema tributario era impedir que unos tuvieran mucho más que otros: «El sistema tributario tiene un rol de igualar los ingresos de los habitantes, a través de los impuestos progresivos, no solo para impulsar mejoras en obras públicas, sino que igualar también los ingresos económicos de la población»[8]. En la misma línea formuló declaraciones Camila Vallejo tras conocerse el rechazo al impuesto a los «súper ricos» que se produjo bajo el gobierno de Piñera. Para Vallejo era «vergonzoso» que Piñera y sus parlamentarios siguieran «defendiendo el patrimonio de los súper ricos»[9].

Castigar a los ricos en Chile, al menos desde la izquierda, es, como hemos visto, una cuestión ideológica por no decir un mandato moral. Por supuesto, bajo el pretexto de combatir la desigualdad, se asfixia al sector privado e incrementa el poder del Estado capturado por los mismos políticos que no dejan de caer en escándalos de corrupción por el mal uso que hacen de los dineros que pagan los contribuyentes. En parte, producto de esta ideología igualitarista y antirricos, el gasto del Estado ha crecido a niveles acelerados mientras el sector privado apenas lo ha hecho. Basta considerar que desde 1990 a 2021 el gasto fiscal creció un promedio de 7 por ciento anual real, en circunstancias de que el PIB lo hizo a un promedio de 4,5 por ciento. El gasto social por su parte —educación, salud, pensiones, vivienda— aumentó a un 7,8 por ciento anual real en promedio[10]. Como es conocido, la eficiencia de este gasto es pobre, lo que explica el hecho de que, a pesar de la multiplicación del gasto en salud, educación y otros servicios, estos no mejoran de manera relevante. Medido en pesos de 2021el gasto social por persona pasó de 435.000 pesos en 1990 a 1.900.000 pesos en 2019 y 3.000.000 de pesos en 2021 por la pandemia. Como porcentaje del PIB este pasó de 11,8 por ciento a 16,6 por ciento entre 1990 y 2019, antes de la pandemia[11].

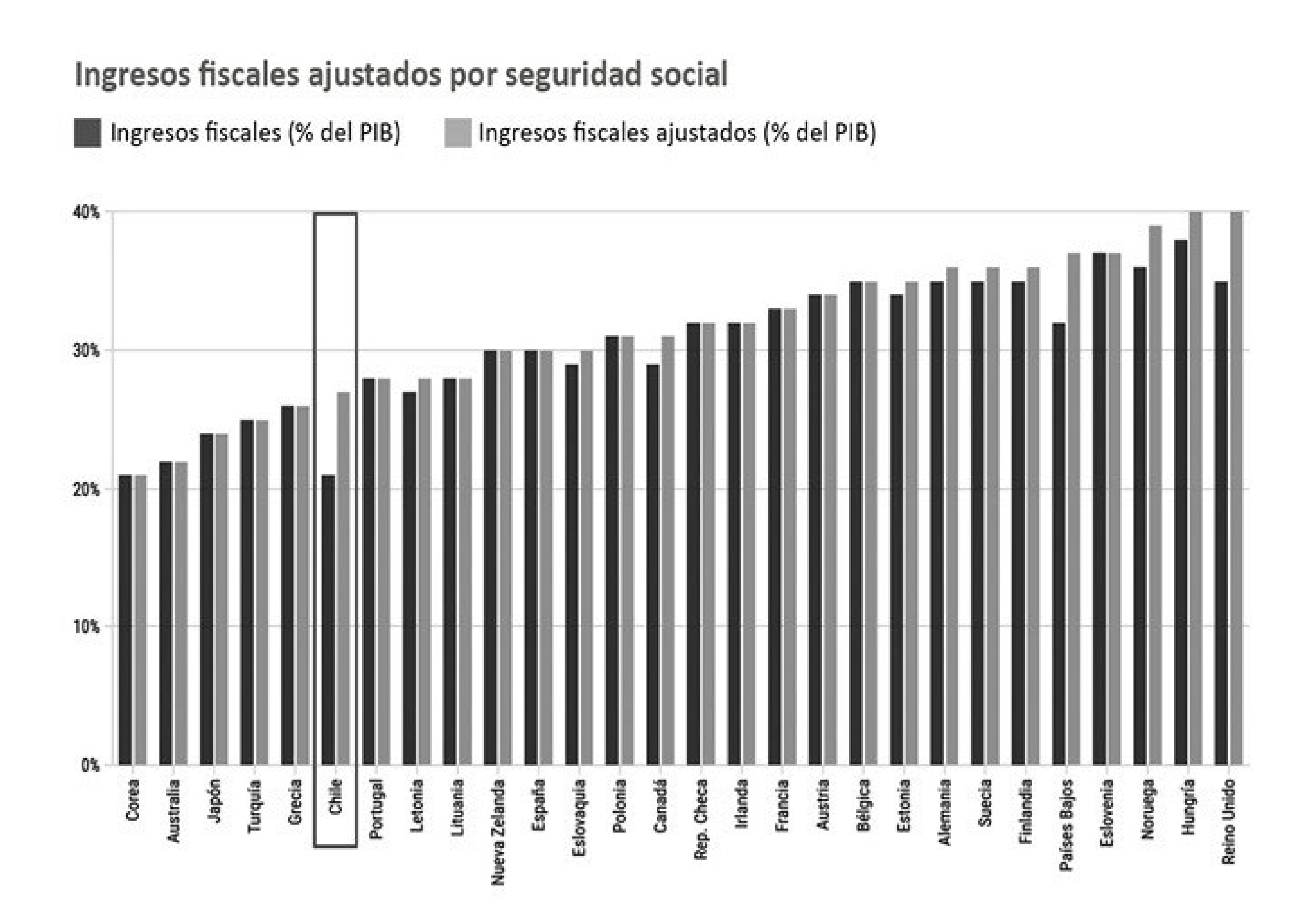
De todo ese gasto fiscal nacional aproximadamente un 30 por ciento se va en burocracia cifra que es de solo un 20 por ciento en Australia o Corea del Sur. Si lográramos niveles similares de eficiencia podríamos ahorrar 1.500 millones de dólares por año[12]. Más evidente es la inefectividad de este gasto aun cuando se mide la desigualdad de ingresos antes y después de los impuestos y transferencias. Aunque pocos lo saben, la desigualdad de mercado en Chile medida por índice Gini (medida internacional utilizada

para medir la desigualdad en los ingresos dentro de un país), es casi igual al promedio de los países de la OCDE, 0.50 versus 0.470[13]. Cuando se consideran las transferencias que hace la clase política con el dinero que saca de los contribuyentes mediante impuestos en Chile, la desigualdad casi no se mueve quedando en 0.46, mientras en el promedio de la OCDE esta cae dramáticamente a 0.31[14]. Así las cosas, Chile tiene un problema dramático de despilfarro —y bastante corrupción— con su gasto estatal que no beneficia como debería a la población. Sumado a una economía que no progresa, debido a reformas que engrosan más las filas de quienes controlan el Estado y sofocan crecientemente a quienes crean riqueza, no es de sorprender que la ciudadanía acumule frustración. La crisis social ocurrida en Chile en octubre del 2019 fue, sin lugar a dudas, el resultado de este colapso en la capacidad de crear prosperidad de la economía chilena derivado de las reformas de Bachelet II. De hecho, se calcula que, en ausencia de las reformas de Bachelet II y toda la incertidumbre que generó su discurso antiempresarios, la economía chilena habría crecido probablemente en torno a un promedio de 4 por ciento anual durante su segundo período en lugar del 1,8 por ciento anual promedio que alcanzó[15]. Nuevamente, los efectos de esta desaceleración no son menores, pues creciendo al 1,8 por ciento que dejó Bachelet los chilenos alcanzarían recién el ingresos per cápita de Portugal en dos décadas en circunstancias de que si el crecimiento hubiera sido el 5,3 por ciento del cuatrienio anterior de Sebastián Piñera (2010-2014), en el mismo período se conseguiría el PIB per cápita de Estados Unidos[16]. A pesar de lo anterior, nunca hubo un reconocimiento por parte de la izquierda que gobernó con Bachelet II de que sus reformas estaban hundiendo las posibilidades de avanzar de Chile y tampoco lo hubo después de su gobierno. Fieles a su ideología, prefirieron culpar al contexto internacional de su pobre desempeño, lo que no tenía fundamentos. De la misma manera, cuando se desató la crisis de 2019 eligieron culpar a los ricos. En diciembre de 2019, el exministro de Hacienda de Bachelet II, Nicolás Eyzaguirre dijo: «Basta que el 1 por ciento más rico de Chile se meta la mano al bolsillo para que se acabe la crisis del país» añadiendo que había que cobrar todavía más impuestos a los ricos[17]. El mismo Eyzaguirre acuñaría la famosa frase de que había que «bajar de los patines» a los alumnos de colegios que andaban más rápido para conseguir igualdad en el sistema educativo.

EL PRECIO DEL IGUALITARISMO

Con todo lo dicho, queda en evidencia que la búsqueda de la igualdad mediante el abuso del sistema tributario, es una de las causas centrales del desplome de la economía chilena. Este punto merece una explicación más profunda. El igualitarismo, como ideología, necesariamente implica un castigo a quienes tienen más, pues su enfoque tiende a ser inevitablemente redistributivo. Debe, por lo tanto, enfocarse en afectar a los más ricos para que estos no se escapen demasiado de la realidad del resto de la población. De ahí que para los igualitaristas no se trate, al menos en principio, de mejorar a los que están peor, sino de bajar a los que están en una posición de mayor ventaja para «nivelar» la situación. Si el propósito fuera mejorar a los que están más bajos o peor, evidentemente se apostaría por maximizar el potencial de la economía y de generar oportunidades para todos, lo que es incompatible con reformas tributarias como las que ha aprobado Chile en las últimas décadas. De igual forma, si el objetivo fuera realmente una mayor recaudación fiscal para beneficiar a los que tienen menos, se limitarían los impuestos. Tal como como lo explicó la Confederación de la Producción y del Comercio (CPC) en un comunicado en junio de 2023, en que correctamente rechazó nuevas alzas de impuestos, un punto de crecimiento económico aporta 800 millones de dólares de recaudación anual, lo que significa que, en las circunstancias del Chile actual, hacer crecer la economía es más efectivo para que el Estado tenga mayores recursos, que subir los impuestos[18]. Pero la obsesión con afectar a los ricos queda aún más en evidencia cuando se considera la forma en cómo se recaudan impuestos en Chile y se compara con los modelos de bienestar europeo que, según la izquierda, deberíamos emular. De partida debemos consignar que, medida como corresponde, la diferencia entre la carga tributaria chilena y la mediana de los países de la OCDE es baja[19]. Cuando se ajusta por PIB per cápita, pensiones y estructura poblacional, la brecha con esos países es de tan solo 1,8 por ciento del PIB en lugar del 5,3 por ciento que suelen argumentar diversos sectores políticos[20]. Es más, estudios de la consultora Deloitte

afirman que, contabilizando las pensiones, la carga tributaria chilena superaría el 27 por ciento del PIB siendo mayor que la de Italia, Japón, Corea del Sur y Australia[21].



Fuente: Deloitte (2023).

Al mismo tiempo, en Chile, solo el 25 por ciento de mayores ingresos paga impuesto a la renta sobre ingresos personales mientras en la OCDE lo hace la gran mayoría. En efecto, el ingreso promedio en Chile paga cero por rentas personales en circunstancias de que, en los países desarrollados de la OCDE, paga un promedio de 16 por ciento de impuestos[22]. Así las cosas, el Estado benefactor que añoran muchos, en los países avanzados lo financia la clase media, pero como en Chile existe una obsesión con que los ricos

paguen todo entonces pocos plantean realmente aumentar la base de contribuyentes para que todos paguen. En lugar de ello se prefiere seguir subiendo impuestos a las personas más productivas y a las empresas cuya tasa de tributación ya es superior al promedio de la OCDE alcanzando un 23,3 por ciento del total recaudado, lo que duplica el promedio de ese grupo de países convirtiéndola en la más alta de todos ellos después de Colombia según datos publicados en 2019[23].

La evidencia expuesta no permite afirmar que Chile sea un país de impuestos bajos o que los «ricos» dueños de empresas no pagan suficientes impuestos. La verdad es que Chile es un país de altos impuestos que ofrece poco a cambio de lo que sus ciudadanos de mayores ingresos pagan. De hecho, si se sumara a los impuestos los gastos en seguridad privada, salud, educación y otros que en países avanzados cubre el Estado con los impuestos pagados, Chile sería probablemente uno de los países de mayores impuestos del mundo. Pero nada de eso resulta relevante en una nación en la que subir impuestos es un fin en sí mismo, pues casi todos, de izquierda a derecha, creen que los que «tienen más» deben pagar más para aumentar la igualdad. Ese es el precio del igualitarismo, a saber, aplicar políticas que destruyen las posibilidades de progreso de las grandes mayorías para no conseguir siquiera la ansiada igualdad. En un trabajo académico, el economista y exministro del primer gobierno de Michelle Bachelet, René Cortázar, argumentaba desconcertado que Chile había dejado de crecer económicamente para preocuparse solo de redistribuir riqueza. Vale la pena reproducir íntegramente la opinión de Cortázar, un hombre de centro izquierda, para entender las causas por las que Chile arruinó sus posibilidades de salir adelante:

Luego que por años las políticas se habían orientado bajo el lema de crecimiento con equidad (o igualdad); el crecimiento, que había posibilitado un fuerte aumento en los salarios, el empleo y el consumo, y que había permitido el surgimiento de nuevos sectores medios, se empezó a dar, por parte de muchos, por descontado. Se olvidó que el crecimiento acelerado no era un atributo del alma nacional; que en general nuestro desarrollo había sido mediocre; y que solo la implantación de reglas del juego de buena calidad, y la construcción de consensos en torno a ellas, había hecho posible el salto al primer lugar en la región. Se empezó a poner énfasis solo en los aspectos distributivos, olvidando la necesidad de alcanzar un cierto

equilibrio, entre los objetivos de crecimiento y equidad. Además, los resultados distributivos se criticaban con acidez, a pesar que los salarios durante la etapa de desarrollo mediocre se duplicaban cada más de 40 años, y durante el período de desarrollo acelerado cada 20. A pesar que la distribución del ingreso había mejorado sustancialmente: en 1990 el 20 por ciento más rico tenía un ingreso promedio 15 veces superior al del 20 por ciento más pobre; mientras que en 2015 esa diferencia había caído a 11 veces. Por otra parte, la pobreza se había reducido de más del 50 por ciento en 1990 a cerca del 10 por ciento en 2015[24].

En otras palabras, a nadie le importó el progreso sin precedentes que estaba mostrando Chile porque la discusión giró exclusivamente en torno a igualar resultados, incluso cuando la desigualdad iba cayendo. Como consecuencia, el consenso en torno al sistema económico que crearon los Chicago boys y que administraron los gobiernos de la Concertación exitosamente, llegó a su fin sumiendo al país en su histórica mediocridad económica. Todo esto refleja que el fin de la política económica y tributaria chilena de la última década poco tenía que ver con el progreso de las mayorías y más con castigar a quienes se percibían como muy exitosos bajo un modelo económico calificado despectivamente de «neoliberal». Un texto imprescindible para entender este giro gradual y luego acelerado de la economía política desde el crecimiento económico a la distribución e incremento del tamaño del Estado con fines puramente igualitaristas, fue el libro El otro modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público escrito por Fernando Atria, Alfredo Joignant, Javier Couso, José Miguel Benavente y Guillermo Larraín. La portada mostraba a cinco obreros —los autores— demoliendo un ladrillo. Como sabemos, «el ladrillo» fue el nombre que se le dio al proyecto económico aplicado por los Chicago boys bajo el régimen militar. La portada, entonces, ya anunciaba que ese sistema de mercado debía ser reemplazado por otro que eufemísticamente llamaban «régimen de lo público» y que en realidad postulaba un control estatal absoluto sobre diversas áreas de la economía vinculadas a los llamados «derechos sociales». Este libro, presentado en 2013 por la entones candidata presidencial Michelle Bachelet, reflejó a la perfección la ideología igualitarista que motivó a su gobierno cuando asumió en 2014, así como la forma de entender la misión de todo el proyecto político de izquierda. Los autores afirmaban con entusiasmo que se había abierto una oportunidad para instalar una nueva «hegemonía» gracias al triunfo intelectual y político de la izquierda,

añadiendo que su obra era «un arma» en esa batalla de las ideas[25]. El planteamiento de la obra, aunque revestido de un lenguaje biensonante y algo oscuro, era bastante sencillo: así como la igual condición de ciudadano exige los mismos derechos fundamentales, civiles y políticos de manera que nadie tenga privilegios arbitrarios sobre otros, del mismo modo ella demanda igualdad en el acceso a bienes económicos fundamentales como la salud, la educación, la pensión, etcétera. Ahora bien, dado que esas oportunidades llamadas «derechos sociales» se distribuyen desigualmente producto de las diferencias de riqueza derivadas del sistema «neoliberal» chileno, entonces, si queremos garantizar la igual condición de ciudadanos de todos, no queda más, que reemplazar la libertad de elegir de las personas por compulsión estatal, la que será llamada «régimen de lo público». En otras palabras, nada que pueda ser considerado un «derecho social» puede ser provisto por privados de acuerdo a reglas de mercado. En este punto los autores ni siquiera pretenden disimular sus objetivos colectivistas. Hablando de la educación señalan:

Si nos interesa la igualdad entonces tenemos que construir el sistema educacional a través de un sistema de educación pública en el que cada uno asiste a la escuela que le corresponda. De este modo podemos asegurar que cada uno recibirá la misma educación. Nótese aquí la correlación entre un sistema de educación pública y una comprensión de la educación como derecho ciudadano, es decir, un derecho que es común a todos, de modo que el sistema institucional debe organizarse para proveer educación igual para todos. El precio que debe pagarse para lograr esto es el de la libertad de elegir: un sistema que está orientado a proveer educación igual para todos debe estar dispuesto a excluir la elección individual y por lo mismo la diversidad de proyectos educativos[26].

Lo mismo se aplica, ciertamente, a todos los demás derechos sociales, pues, según ellos, «cuando un bien se provee a través del mercado, la cuestión de si cada uno podrá obtener lo que quiere es una cuestión privada; cuando esa provisión se hace conforme al régimen de lo público, esa provisión satisface un derecho social»[27]. Nótese que para la izquierda lo que importa en primera línea no es que todos tengan mejor salud o educación, sino que todos tengan la misma. Es por eso que deben eliminar el mercado de la educación, pues si lo toleran, aun habiendo una mejora para todos, como muestra por lo demás la evidencia, no se cumple el estándar igualitario que buscan. Se trata así de

pura ideología, de la visión del mundo que según ellos es justa y que debe imponerse al resto.

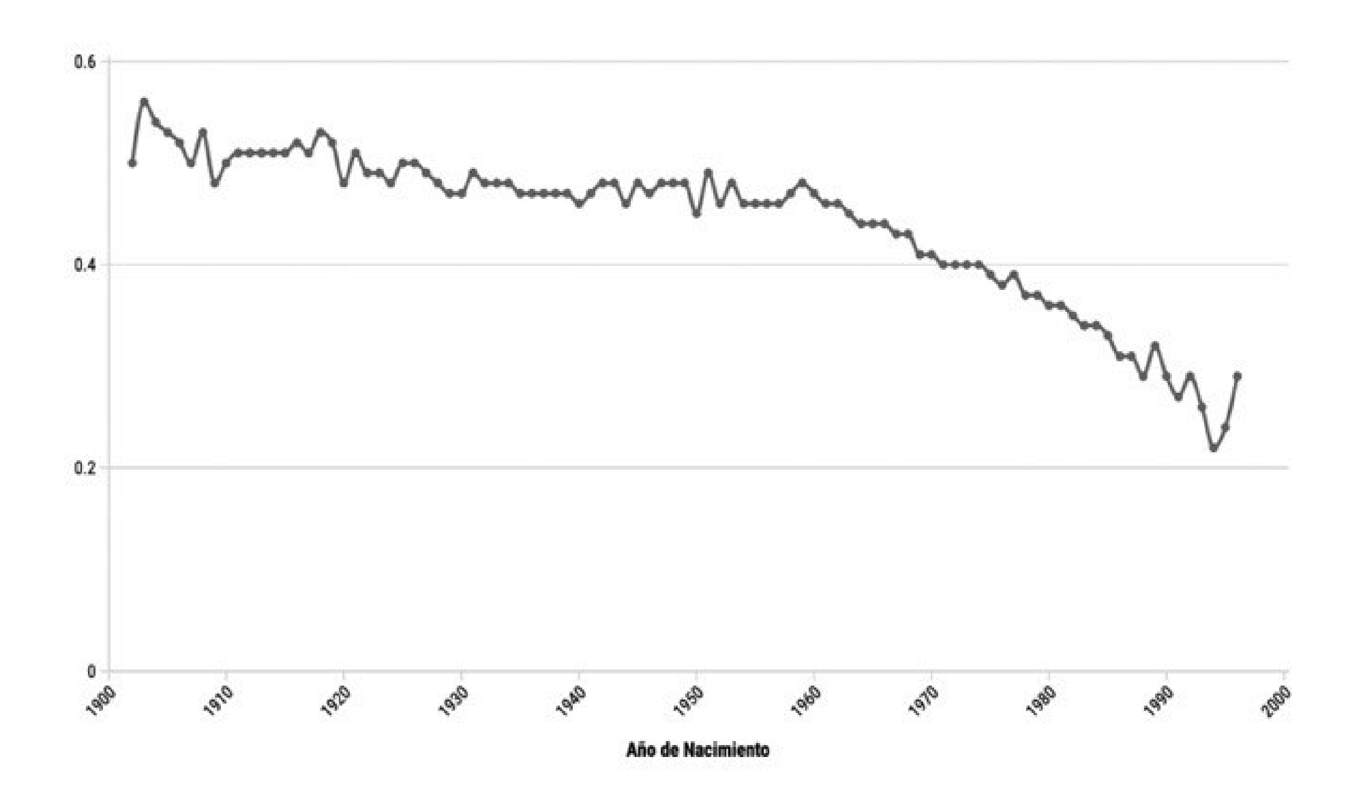
Es imposible separar toda esta filosofía estatista del odio a los ricos por ser personas que no deben someterse a la misma experiencia vital que todos los demás debido a sus mayores recursos económicos. Es de esa envidia que se deriva también la idea que los ricos son malos porque se olvidan del resto, pues al tener sus problemas resueltos, no tienen por qué ser solidarios ni compartir las mismas preocupaciones con los demás. De hecho, los mismos autores de El otro modelo, afirman que el ideal de mercado es «inhumano» y que, por tanto, el sistema neoliberal promovería la crueldad individualista donde se salva solo el que puede. No es raro que con esta visión casi religiosa del carácter pecador de las personas que buscan surgir, Chile haya terminado sepultando las instituciones que hacen posible el progreso de todos de modo de «igualarnos» aunque el costo sea que todos estemos peor.

EL ESPEJISMO DEL GINI

Está claro que para muchos de nuestra élite política e intelectual, el gran problema en Chile es la desigualdad que atribuyen al sistema «neoliberal». Pero la verdad es que la desigualdad puede ser provocada por el mismo Estado. Harald Beyer y Claudio Sapelli explicaron hace tiempo que «la intervención en los mercados laborales es una tentación a la que la política social debería, en general, renunciar, por los efectos inesperados que ella puede tener en las oportunidades de trabajo de la población»[28]. La distribución de ingresos empeoraría debido a malas políticas laborales. En un texto de 2012 Andrés Velasco y el académico Cristóbal Huneeus, llegaban a la misma conclusión: «La falta de trabajo es la causa central de la desigualdad en Chile. Hasta que las oportunidades de empleo no sean más abundantes, en especial para las chilenas y chilenos más pobres, los esfuerzos por superar la desigualdad de un modo duradero casi siempre serán estériles»[29]. No es, entonces, el «neoliberalismo» sino la falta de él que se traduce en menores empleos lo que produce en mayor medida la desigualdad. Por eso buena parte de las soluciones que propusieron Velasco y Huneeus iban en el sentido de flexibilizar la legislación laboral y reducir el peso del Estado sobre lo que trabajadores y empleadores pueden o no hacer. Por lo demás, la desigualdad es un fenómeno de larga data en Chile. De hecho existen estimaciones para el famoso índice Gini para 1861 que lo sitúan en un rango muy similar a lo que fue durante todo el siglo XX, con todo tipo de experimentos estatistas que no lograron reducirla de manera relevante pero que terminaron de forma catastrófica[30]. Ahora bien, en Chile, si medimos bien la desigualdad de ingresos autónomos y no solo la medimos por el índice Gini, veremos que esta ha caído de manera sustancial gracias al sistema económico liberal a pesar de los problemas que ya hemos comentado. El profesor Claudio Sapelli de la Universidad Católica realizó un profundo estudio sobre la materia comparando los ingresos de los chilenos por generación. El análisis de Sapelli, publicado en 2011 incluía, desde personas nacidas a principios del siglo XX, hasta personas nacidas en

1970, lo cual permite medir los ingresos de cada cohorte. ¿Y qué encontró Sapelli? Pues que las personas nacidas entre 1930 y 1950 vieron aumentada su desigualdad, pero que esa tendencia se revierte luego en las generaciones más jóvenes. Dice Sapelli que si es bien medida la desigualdad «la evolución que ha tenido Chile en los últimos años ha sido bastante positiva»[31]. Los cohortes según Sapelli, se han vuelto crecientemente más iguales con el paso del tiempo en materia de ingresos según datos que la misma encuesta Casen confirma[32]. Y agrega que lo importante no es la igualdad de resultados sino la pobreza y que la política social y pública debiera por lo tanto, enfocarse en la eliminación de la pobreza y en crear oportunidades porque «todo peso gastado en alguien que no es pobre para mejorar la distribución del ingreso es un peso menos gastado en alguien que es pobre»[33]. Es el Estado, según Sapelli, nuevamente, el que está fallando por la forma ineficiente y mal diseñada de las políticas públicas. Sapelli concluyó que, bajo el sistema económico actual, «en Chile, las generaciones más jóvenes tienen una distribución del ingreso sustancialmente más equitativa que las generaciones más viejas. En ellas hay también mayor movilidad social y menor pobreza que en las generaciones de sus padres»[34]. Y agrega: «Vamos bien encaminados y no es necesario hacer más»[35]. En otras palabras, el «modelo» nos ha hecho más ricos y más iguales. Esos son los resultados del sistema que la izquierda ha cambiado.

Índice de Gini, promedio de todos los años de cada cohorte



Fuente: C. Sapelli, Chile: ¿Más equitativo? con datos Encuesta Ocupación U. de Chile.

Resulta alarmante constatar cómo, en la discusión pública, uno de los estudios más profundos jamás hechos sobre desigualdad en Chile fue sistemáticamente ignorado por intelectuales y políticos. Eso tiene que ver con lo altamente ideologizado que se encuentra el panorama de discusión antes y durante la década perdida y que llevó a quienes creían estar viviendo un momento refundacional a ignorar la evidencia que refuta sus argumentos aunque esta sea demoledora. Pero fuera de ello, el índice Gini tampoco es un santo grial de la igualdad y ha sido severamente criticado por académicos de las mejores universidades del mundo. Como permanentemente oímos sobre este indicador en la discusión pública es importante que dejemos constancia aquí de sus principales defectos, los que no son menores. Partamos diciendo que el Gini no mide bienestar material. Es decir, una sociedad podría estar absolutamente en la miseria, tener alta mortalidad infantil, bajas expectativas de vida, carecer de agua potable, electricidad, internet, servicios sanitarios,

salud, educación y alimentación básica para su población y tener un excelente índice Gini. Esto es así porque lo que mide el Gini es la diferencia de ingresos de unos respecto a otros y no cuánto ingreso realmente tienen. Como se ve, mejorar el Gini no tiene nada de loable ni noble en sí mismo, pues perfectamente podría mejorarse haciendo a todos igualmente pobres. Es difícil imaginar a una persona, por muy igualitarista y socialista que sea, emigrando desde Estados Unidos hacia un país pobre en busca de mayor igualdad, pero millones emigran de esos países a Estados Unidos en busca de oportunidades y riqueza.

El Gini tampoco incorpora en la definición de ingresos todas las transferencias que hace el Estado que no sean en dinero ni cualquier beneficio extra otorgado por el empleador aparte del sueldo, tales como seguros de salud y sala cuna, entre otros. Adicionalmente, el Gini al que se suele hacer referencia excluye el pago de impuestos de la medición. O sea, una persona, por ejemplo, puede ganar diez mil dólares al mes y pagar un impuesto de 50 por ciento y el Gini asumirá que su ingreso son los diez mil dólares y no los cinco mil dólares que efectivamente le quedan disponibles. Así se puede dar la paradoja de que si otra persona gana cinco mil dólares y paga un 0 por ciento de impuesto quedándose con exactamente el mismo ingreso disponible que el que pagó 50 por ciento, es decir cinco mil dólares, el Gini arrojará una enorme desigualdad de ingresos cuando en realidad no existe ninguna. Este es por su puesto un ejemplo de laboratorio, pero sirve para entender las deficiencias que presenta el índice de Gini, que tiende a exagerar notablemente la situación de los grupos de ingresos altos por excluir lo que pagan en impuestos y subestimar tremendamente la situación de los grupos de ingresos bajos y medios por excluir las transferencias estatales y todos los beneficios adicionales que puedan recibir. Según Kip Hagopian y el profesor de la Universidad de California (UCLA) Lee Ohanian, dadas estas serias omisiones el índice Gini resulta un sin sentido[36]. Ohanian y Hagopian argumentan que el consenso en la literatura económica es que la forma de medir las diferencias reales en calidad de vida es considerando las desigualdades de consumo y no de ingreso. Esto es fundamental de entender y nunca está en el debate. Si de medir desigualdad se trata, en lugar de medir —de mala forma— las diferencias de ingresos, lo que debemos medir es qué diferencia existe en cómo realmente vive una persona del segmento de menores ingresos en la población respecto de una de mayores ingresos. Y ahí lo que importa son cosas como, por ejemplo, las

diferencias de acceso a agua potable, alcantarillado, refrigeradores, televisores, electricidad, vestimenta, nutrición, salud y educación, las diferencias en la mortalidad infantil, en las expectativas de vida y en el acceso y tipo de vivienda, entre otras. Porque resulta que una persona que gana 100 millones de dólares al año no vive en realidad mucho mejor en términos absolutos que una que gana cincuenta mil dólares al año. También el millonario solo puede usar un auto al mismo tiempo, comerse un plato de comida y vivir en una casa. Él tendrá un Ferrari y el otro tendrá un Mazda, uno tendrá una mansión y el otro un departamento más modesto y así. Pero ahí no hay una diferencia en términos absolutos. No ocurre que uno tenga auto y el otro no, que uno tenga agua potable y el otro no, que uno tenga una casa y el otro viva bajo el puente. Ambos se van al Caribe a veranear en el mismo avión. Uno se irá a un hotel de cinco estrellas y viajará en primera clase y el otro lo hará en clase económica e irá a un hotel de tres o cuatro estrellas, que finalmente no es ni tan distinto al de cinco. La calidad de vida es muy similar, aunque la desigualdad de ingresos es gigantesca. Específicamente uno tiene un ingreso dos mil veces superior al otro, pero sería absurdo decir que tiene una calidad de vida real dos mil veces superior. Por lo demás, el rico tampoco tiene la plata como tío Rico McPato en una bóveda en su casa donde se lanza a nadar todos los días. La tiene invertida en empresas, máquinas e instrumentos financieros que generan trabajo y productos para todos nosotros. El problema está en quienes no tienen nada de eso y no en la desigualdad de unos con otros. El asunto, para cualquier persona motivada por un genuino humanismo, es la pobreza y no la desigualdad. Y esta ya sabemos cómo se resuelve: con la creación de riqueza en una economía libre que ofrece oportunidades laborales.

Si tomamos el criterio de Hagopian y Ohanian y medimos la realidad en Chile, las desigualdades en términos de consumo se han desplomado. ¿Qué hay entonces del intento de aumentar la igualdad subiendo impuestos a los ricos? Hagopian y Ohanian advierten:

No conocemos evidencia persuasiva de que reducir la desigualdad de ingresos aumente el bienestar económico de la mayoría de los ciudadanos. De hecho, el estándar superior de calidad de vida en América y el crecimiento económico comparado con otras naciones avanzadas es evidencia de lo contrario… Aumentar impuestos a los americanos más productivos, aquellos que crean más trabajo en nuestra economía va a

deprimir el crecimiento económico y reducir oportunidades para los más desafortunados[37].

Esta advertencia coincide con la discusión anterior respecto a que la redistribución estatal no mejora necesariamente los niveles de desigualdad de ingresos y cómo afecta las verdaderas oportunidades de conseguir estos ingresos de la gente más desaventajada. Además, explica en buena medida la década perdida que hemos experimentado. Pero a la izquierda no es la eficiencia o lo técnicamente correcto lo que le preocupa sino su visión de lo que es moralmente defendible.

EL MITO DE LOS PRIVILEGIADOS

El discurso igualitarista enarbolado por políticos, intelectuales, periodistas e incluso empresarios de todos los sectores del espectro político, llevó a instalar una visión perniciosa entre las mismas élites sociales, a saber, aquella según la cual sus miembros son «privilegiados». Aceptar este reclamo resultó demoledor para el orden social y económico chileno, pues condujo inevitablemente a que se considerara injusta toda ventaja obtenida sobre los demás que no fuera producto del «mérito». Esto significa que, si un padre sale de la pobreza con mucho esfuerzo y logra hacerse de una buena situación económica para dar educación privada y una buena calidad de vida a su hijo, ese hijo estaría siendo injustamente beneficiado, pues no fue él quien, con su esfuerzo, financió esas mejores oportunidades. Así, él sería un «privilegiado» que deberá avalar políticas redistributivas que corrijan la injusticia que implica la posición favorecida que ha heredado de sus antepasados. Este mismo discurso público se encarga de hacer sentir culpable a alguien por tener oportunidades de las que otros carecen, como si fuera moralmente reprochable que un padre haga todo lo posible por sacar adelante a sus hijos y para estos recibir el amor de sus padres que obviamente se traduce en oportunidades que estos les proveen para que les vaya bien en la vida.

Pocos intelectuales hicieron más por promover la idea de que las desigualdades heredadas son injustas que Carlos Peña desde su tribuna en el diario El Mercurio. En 2018, un año antes del llamado «estallido social», Peña afirmó que lo que molestaba era la desigualdad grave, es decir, aquella que impedía a ciertos grupos de personas tener bienes materiales suficientes para ser dueños de su propia vida y poder elegir qué hacer con ella. Apoyándose en el filósofo Ronald Dworkin, afirmó que «una sociedad justa sería una sociedad en la que la distribución de los recursos fuera sensible a las decisiones de las personas y neutra al azar natural». En otras palabras, según Peña, «si Pedro es pobre porque decidió usar todo su tiempo en dormir

siestas y hacer crucigramas, y Diego es rico porque dedicó su tiempo a trabajar y ahorrar, entonces no parece haber nada malo en esa desigualdad. Pero si Pedro eligió esforzarse y Diego ser un flojo heredero, y a pesar de eso a Diego le va mejor, entonces parece obvio que algo anda mal»[38].

Hay varias observaciones que hacer a esta afirmación. La primera es que de lo que hablan Peña y Dworkin no es de desigualdad sino de pobreza, por lo que ambos confunden la naturaleza del problema. La falta de acceso a bienes materiales suficientes por parte de ciertos grupos de la población debe atenderse con independencia de si otros grupos padecen o no de las mismas carencias. ¿Sería más justa acaso una sociedad en que todos vivan en igual pobreza porque ahí no habría desigualdad? Si de lo que se trata es de que la población tenga acceso a ciertos bienes económicos para que pueda elegir la vida que quiere, pues de lo contrario, no existiría autonomía, entonces, una sociedad donde el cien por ciento es igualmente pobre sería más injusta que una desigual en la que al menos un porcentaje si tiene acceso a los bienes que les permiten ejercer su autonomía.

De la misma forma, es una falacia sostener que el flojo heredero representa una posición de ventaja injusta por no haberse esforzado para lograrla. Si el problema es la falta de recursos para poder diseñar el propio plan de vida entonces necesariamente una sociedad donde la totalidad de sus integrantes son flojos herederos es más justa que una en la que no existe ningún heredero y todos viven en la miseria. Es por estos errores conceptuales que Peña concluye que «el desafío de la igualdad no es entonces que todos tengan lo mismo, sino que cada uno tenga en la mayor medida posible lo que eligió».

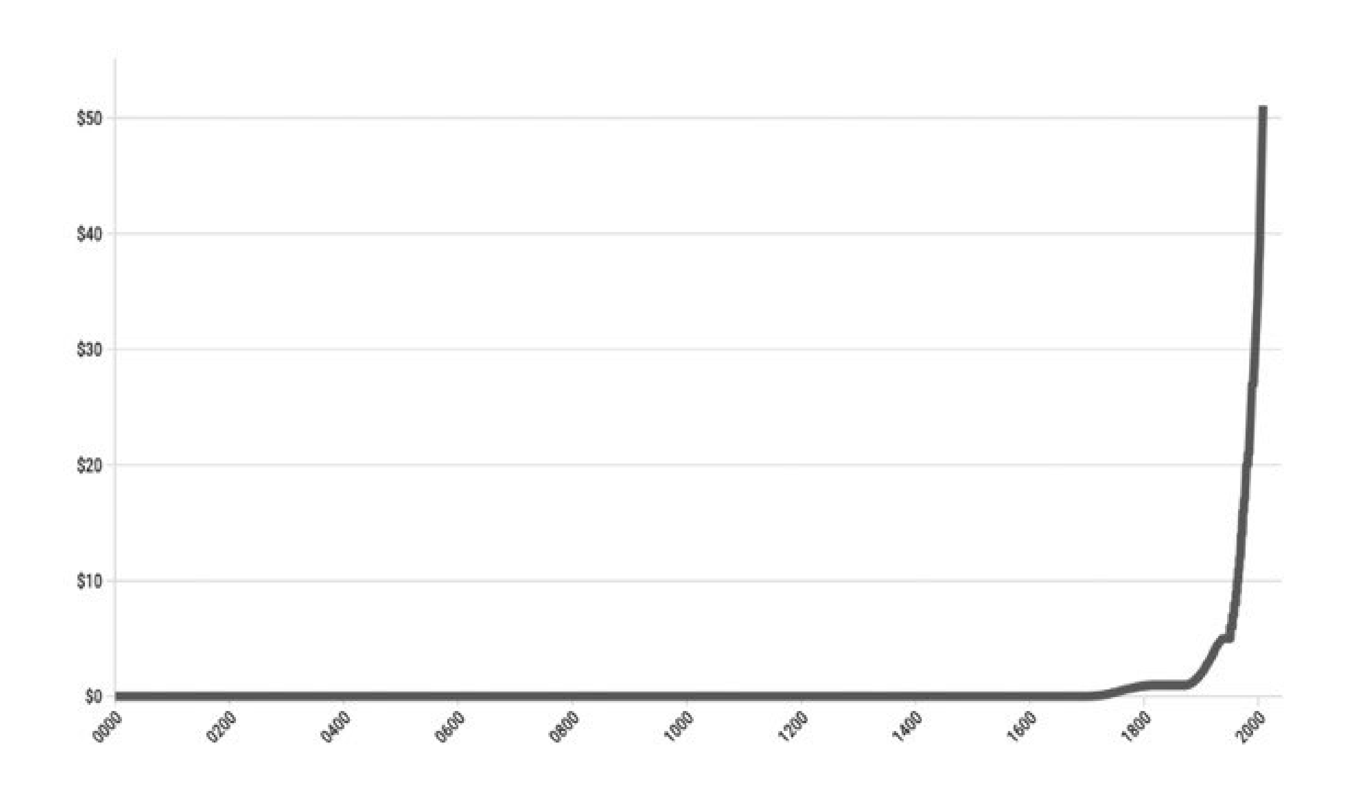
Como hemos visto el problema no consiste en conseguir igualdad sino en multiplicar los recursos disponibles para todos sin importar cómo se consiguen esos recursos. Si un país petrolero rico decidiera regalarnos a todos los chilenos oportunidades económicas como buena educación, salud, vivienda, pensiones, etcétera, se resolvería el problema de la escasez de recursos que, según Peña, limita la posibilidad de controlar nuestras vidas a pesar de que ninguno tendría, en estricto sentido, mérito por haber recibido esa riqueza. En un caso así no se cumple el criterio de esfuerzo, pero si el de autonomía según lo definen Dworkin y Peña, lo que demuestra, una vez más, que no hay nada de injusto en heredar una fortuna y ser un flojo incluso

cuando otros viven en la pobreza. Esto es tan evidente que incluso Peña celebraba la disminución de la pobreza de acuerdo a la encuesta Casen como si fuera un logro en superar la desigualdad en circunstancias de que, como hemos dicho, se trata de una conquista propia de la prosperidad. Pero, además, Peña no reparó en el error de Dworkin que consiste en asumir que las personas carecen de autonomía al ser pobres. Si eso es así entonces cabría preguntarse cómo fue posible la disminución de la pobreza de 29,1 a 8,6 por ciento entre 2006 y 2017que él mismo celebra en la columna citada. ¿Acaso no fueron esos pobres ejerciendo su autonomía quienes salieron adelante gracias a su trabajo en un sistema de mercado que genera oportunidades? Y si fueron ellos ¿cómo podrían haberlo hecho si carecían de autonomía, es decir, del control sobre sus propias vidas como dice Peña? Si fuera cierto que la pobreza equivale a carecer de autonomía, el número de pobres en Chile no podría haber disminuido. De la misma forma, el progreso monumental que ha experimentado la humanidad en los últimos siglos no habría ocurrido, puesto que al haber sido todos pobres en el pasado y, por tanto, haber carecido de autonomía, no habríamos podido generar la riqueza que conocimos después. Basta considerar que hasta el año 1000 de nuestra era, el promedio de ingreso de los habitantes de distintas regiones del mundo era cerca de 450 dólares por año, en dólares de 1990[39]. Eso significa que nuestros antepasados vivían con un poco más de un dólar por día y que en Europa el nivel de ingreso era similar a América Latina y África. ¿Qué ha pasado desde entonces? Pues que el ingreso de los países occidentales se mantuvo casi sin variaciones hasta el siglo XV, cuando prácticamente se duplicó. Pero fue recién dos o tres siglos después que vino el gran salto. En la primera mitad del siglo XVIII se volvió a duplicar el ingreso y en la segunda mitad se duplicó nuevamente. En esa lógica exponencial, en Occidente —esencialmente Europa occidental— pasamos de un ingreso de 753 dólares en el año 1500 a uno de 23.710 dólares en 2003. Esto representa un impresionante incremento de un factor de 30. Todo ello fue gracias a la revolución industrial y al mercado, lo cual se confirma cuando se observa el atraso de los países que no se sumaron a la industrialización. Asia, por ejemplo, no entró al capitalismo hasta mediados del siglo XX. Como consecuencia, el ingreso de los asiáticos el año 1950 era equivalente al de los europeos en 1500. Luego de que China, India y otros países abrazaran el capitalismo, su ingreso se multiplicó de 717 dólares en 1950 a 4.434 en 2003. Es decir, en apenas medio siglo se incrementó en un factor de casi 6,

más que en los dos mil años previos de su historia. América Latina siguió una trayectoria similar con un ingreso creciendo casi cinco veces en el transcurso de un siglo. Gracias al capitalismo la pobreza extrema en el mundo —medida como ingreso diario de 1,5 dólares de valor 1993— cayó cerca de más de 80 por ciento de la población mundial en 1820 a menos de 20 por ciento el año 2000 a pesar de que la población se quintuplicara. En China entre 1960 y el año 2000 la pobreza extrema se redujo en más de 520 millones de personas y en Asia del sur más de 100 millones de personas salieron de ella. Más interesante aún es constatar que los más pobres del mundo han visto incrementar su ingreso el doble de rápido que el resto de mayores ingresos[40].

El PIB mundial

En billones de dólares internacionales de 1990



Fuente: Angus Maddison.

Como se evidencia, la idea de que los pobres carecen de autonomía no tiene ningún fundamento empírico lo que significa que la tesis según la cual el Estado debe proveerles de bienes para que puedan desarrollar vidas plenamente autónomas es insostenible. Lo que se requiere es abrazar las instituciones de mercado, pues estas permiten a los pobres ejercer su libertad para salir adelante y crear la riqueza de la que carecían.

DERROCANDO AL CAPITALISMO

En una entrevista con la cadena de noticias BBC en julio de 2023, el presidente Gabriel Boric reconoció que una parte de él quería «derrocar el capitalismo» añadiendo que creía «firmemente que el capitalismo no es la mejor manera de resolver los problemas en la sociedad»[41]. Los datos expuestos anteriormente demuestran que Boric simplemente ignora la historia social y económica de la humanidad y que entiende muy poco de economía, algo propio de quienes abrazan ideologías socialistas. La ministra vocera de su gobierno Camila Vallejo mostró idéntica ignorancia al respaldar los dichos de Boric en el siguiente tenor:

Es de toda lógica que el presidente señale algo que ha sido declarado de manera transversal, independientemente del sector político o religioso incluso, de que el capitalismo no es la solución a todos los problemas sociales, y la realidad chilena ha dado prueba por décadas de aquello. Por eso es tan importante avanzar hacia un Estado de bienestar… El presidente ha dicho que es evidente, ante la magnitud de los problemas sociales presentes en nuestro país, que la solución no puede ser exclusivamente el capitalismo. Cuando hablamos por ejemplo de la pensiones, de la salud, educación o vivienda, veamos las consecuencias que ha traído que lo que rija sea simplemente el ánimo de lucro, hacer negocio con cosas que debieran ser derechos sociales[42].

El «Estado de bienestar» al que refiere Vallejo, y que suele citar la izquierda chilena como referente, es el de los países nórdicos. En efecto, en 2021, en el contexto del proceso constituyente, José Miguel Ahumada, quien sería subsecretario de Relaciones Económicas Internacionales del gobierno Gabriel Boric, lanzaría un libro en calidad de coautor titulado La lección nórdica sugiriendo que Noruega, Suecia y Finlandia eran modelos a seguir por sus derechos sociales. En una entrevista con CNN Chile, Ahumada añadió que la intervención estatal había sido una causa central del

desarrollo económico de dichas naciones, idea que suelen repetir expertos de tendencia de izquierda en todo Occidente[43]. La verdad, sin embargo, es que países como Suecia y Dinamarca se desarrollaron antes de tener estados benefactores gracias a radicales reformas de libre mercado. Como ha mostrado Nima Sanandaji, Suecia era extremadamente pobre hasta que a mediados del siglo XIX adoptó políticas liberales que lo hicieron crecer rápidamente en sus niveles de riqueza[44]. En la misma línea Johan Norberg ha explicado que, de haber sido un país de campesinos, Suecia logró convertirse en uno de los países más ricos del mundo gracias a reformas liberales. Norberg señala: «entre 1850 y 1950 el ingreso sueco promedio se multiplicó por ocho, mientras que la población se duplicó. La mortalidad infantil cayó del 15 al 2 por ciento, y la esperanza de vida promedio aumentó 28 años. Una nación campesina pobre se había convertido en uno de los países más ricos del mundo»[45]. El mismo Norberg explica que muchas personas fuera de Suecia creen equivocadamente que el progreso sueco se debió a la creación del Estado de bienestar, pero esto no es efectivo. En 1950 los impuestos en Suecia eran más bajos y tenía un Estado de menor tamaño que en el resto de Europa y Estados Unidos. Luego, los políticos suecos comenzaron a subir impuestos y regalar dinero redistribuyendo la riqueza que las empresas y los trabajadores ya habían creado. Así las cosas, concluye Norberg, «los mayores éxitos sociales y económicos de Suecia tuvieron lugar cuando Suecia tenía una economía de laissez-faire» por lo que «la riqueza ampliamente distribuida precedió al Estado de bienestar»[46].

Sanandaji confirma la versión de Norberg señalando que hacia 1950 el Estado sueco no consumía más de un 21 por ciento del PIB, menos que el Chile actual. Luego de la creación del Estado de bienestar y las alzas de impuestos, los suecos cayeron de ser el cuarto país más rico del mundo en términos de ingreso per cápita, al número 14 del mundo en 1993[47]. El desarrollo del modelo benefactor fue además devastador para el emprendimiento en el país nórdico, el que vio prácticamente desaparecer la creación de empresas desde mediados de 1970 en adelante. Durante el mismo período, los suecos que emigraron a Estados Unidos, donde el Estado era menos intrusivo, tenían un promedio de ingreso un 50 por ciento superior al de sus familiares en Suecia. Finalmente, el Estado benefactor sueco sufrió una enorme crisis económica en los 90 y se reformó bajando

impuestos e introduciendo políticas de libre mercado profundas. Hoy los suecos tienen un impuesto a las empresas de alrededor de 20 por ciento, más bajo que en Estados Unidos y en Chile y su Estado es sustancialmente más pequeño que el francés. Además, como recordaba The Economist en 2013, los suecos y noruegos permiten que los privados provean servicios históricamente controlados por el Estado como salud y educación[48]. Y lo hacen con fines de lucro, algo inconcebible para la izquierda chilena. El citado artículo llegó a decir que, si de libertad de elegir se trata, Milton Friedman estaría mucho más en su casa en Estocolmo que en Washington. Cierto, aun los nórdicos tienen estados demasiado grandes que castigan su capital humano con altos impuestos y deben hacer reformas para incrementar aún más la libertad de las personas. Pero no llegaron a ser ricos porque subieran impuestos como insinúa la izquierda. Es al revés: los subieron cuando ya eran ricos y tuvieron que bajarlos para no arruinarse. Como ha concluido Sanandaji:

Suecia giró hacia políticas social demócratas radicales en las décadas de 1960 y 1970 con una reversión gradual en 1980. El período social demócrata no fue exitoso pues condujo a mucho menor emprendimiento, el desplazamiento de la creación de empleos en el sector privado y la erosión de los anteriormente fuertes valores del trabajo y beneficio. El cambio hacia altos impuestos, beneficios gubernamentales relativamente generosos y un mercado laboral regulado precedieron una situación en la cual la sociedad sueca tuvo dificultades para integrar incluso inmigrantes altamente educados y en que un quinto de la población en edad de trabajo es apoyada por diversas formas de transferencias del gobierno[49].

Una historia similar se dio en Dinamarca, país que, como Suecia, se convirtió en uno de los con mayor ingreso per cápita en el mundo hacia la década de 1950. En esa época, Dinamarca no era un Estado benefactor y tenía una carga de impuestos como porcentaje del PIB igual a la de Estados Unidos y menor a la de Gran Bretaña[50]. Según Otto Brøns-Petersen, «Dinamarca se hizo rica primero y luego creó los programas del Estado de bienestar»[51]. Fue recién en la segunda mitad de la década de 1960 que los políticos daneses comenzaron a expandir el tamaño del Estado y a redistribuir masivamente la riqueza subiendo en diez puntos la carga de impuestos sobre el PIB. Esta tendencia se desarrolló hasta que, la crisis que

se generó en la década de 1980, obligó a sucesivos gobiernos a reformar el Estado benefactor, bajando el gasto, reduciendo tasas marginales de impuestos y recortando beneficios sociales. En 2013, otra ola de reformas al Estado benefactor se propuso con el fin de reducir el costo que este generaba y fomentar mayor empleo. Según reportó The New York Times, uno de los problemas centrales del sistema danés fue la enorme cantidad de personas que vivían del Estado sin trabajar y que incluía a estudiantes, jubilados y receptores de beneficios sociales. Como sostuvo el mismo artículo, la generosidad de los beneficios que entregaba el Estado era financieramente insostenible. Por lo mismo, entre las propuestas de reformas se encontraban fundamentalmente la reducción de esos beneficios sociales[52]. En 2022, el nuevo gobierno de Mette Frederiksen, que incluyó fuerzas de centro derecha y centro izquierda, acordó una agenda de reformas al Estado benefactor. Entre ellas se incluía una disminución a los impuestos al trabajo de ciertos ingresos, eliminación de feriados y, nuevamente, importantes recortes de beneficios para gente que no trabaja[53]. Todo esto con el fin de aumentar el crecimiento económico, la tasa de ocupación y hacer sostenible el sistema en el largo plazo.

Cabe agregar a propósito de los casos de los países nórdicos que, a pesar de sus sistemas de transferencias y altos impuestos personales, estos se encuentran entre los países más capitalistas del mundo, totalmente al revés de lo que parece creer la izquierda chilena. En el ranking de libertad económica del Instituto Fraser en Canadá, que mide básicamente que tan comprometidos institucionalmente con el libre mercado están los distintos países del mundo, los nórdicos se encuentran en el grupo que lidera el ranking. En la edición publicada el año 2022, Dinamarca era el quinto país con más libertad económica del mundo entre 165, Noruega el número 32 y Suecia el número 33. Esto significa que, cuando se ponderan una serie de factores como la protección de los derechos de propiedad, moneda estable, libre comercio, tamaño del Estado y regulaciones, estos países están entre el cuarto de países con mejor puntaje[54]. De la misma forma, cuando se mide la facilidad para hacer negocios según el ranking Doing Business del Banco Mundial, Dinamarca aparece en el cuarto puesto entre 190 países, Noruega en el noveno y Suecia en el décimo. Chile, en cambio, aparece recién en el puesto 59, en la medianía de la tabla junto a México[55]. Ambos indicadores señalan claramente que los países nórdicos son mucho más capitalistas que

Chile y las demás naciones latinoamericanas, a pesar de que Chile aún tiene una posición relativamente alta en el ranking de libertad económica después de su desplome en ese indicador. Más interesante aun es observar la mentalidad económica de los diversos países. El ranking de mentalidad económica (GEMI) el que, según sus propias palabras, «cuantifica en qué medida las personas priorizan la iniciativa privada, la libre competencia y la responsabilidad personal, frente a una mayor intervención del gobierno, la redistribución del ingreso y un gobierno solidario»[56]. Según la edición publicada en 2021, Suecia ocupó la tercera posición con la mentalidad más capitalista entre 76 países, Dinamarca el octavo puesto y Noruega el lugar 29. Chile, en tanto, alcanzó el puesto 65, por debajo de Argentina y entre los últimos países de la muestra.

Clasificación del Índice Global de Mentalidad Económica

Rank	Country	GIEM	Rank	Country	GIEM
1	New Zealand	0.75	39	Jordan	0.49
2	Czechia	0.74	40	Finland	0.48
3	Sweden	0.72	41	Serbia	0.48
4	United States	0.70	42	Iceland	0.48
5	Bulgaria	0.66	43	Ecuador	0.47
6	Georgia	0.65	44	Thailand	0.47
7	Romania	0.65	45	Kyrguzstan	0.46
8	Denmark	0.61	46	Croatia	0.46
9	Poland	0.64	47	Lithuania	0.46
10	Australia	0.64	48	Nigeria	0.45
11	Estonia	0.63	49	Cyprus	0.45
12	Armenia	0.62	50	South Korea	0.43
13	Albania	0.62	51	China	0.43
14	Slovenia	0.61	52	Philippines	0.42
15	Belarus	0.60	53	Greece	0.42
16	Great Britain	0.60	54	Italy	0.42
17	Colombia	0.59	55	Bolivia	0.41
18	Taiwan	0.59	56	Zimbabwe	0.40
19	Guatemala	0.59	57	Iraq	0.39
20	Vietnam	0.58	58	Kazakhstan	0.39
21	Malaysia	0.58	59	Lebanon	0.39
22	Switzerland	0.57	60	Tajikistan	0.37
23	Hong Kong	0.56	61	Pakistan	0.35
24	Hungary	0.56	62	Turkey	0.35
25	Portugal	0.55	63	Spain	0.34
26	France	0.55	64	Argentina	0.34
27	Brazil	0.53	65	Chile	0.34
28	Nicaragua	0.53	66	Indonesia	0.33
29	Norway	0.52	67	Tunisia	0.32
30	N. Macedonia	0.52	68	Iran	0.32
31	Mexico	0.51	69	Egypt	0.31
32	Japan	0.51	70	Azerbaijan	0.31
33	Slovakia	0.51	71	Russia	0.31
34	Germany	0.51	72	Montenegro	0.30
35	Netherlands	0.51	73	Bangladesh	0.27
36	Peru	0.51	74	Ukraine	0.26
37	Ethiopia	0.50	75	Myanmar	0.26
38	Austria	0.49	76	Bosnia	0.23

Todo lo anterior nos permite concluir que alzas de impuestos para extraer recursos de los ricos y así financiar estados generosos en prestaciones sociales suelen tener impactos negativos en la calidad de vida de la población en el largo plazo, pues deterioran el fundamento de la prosperidad económica y social. Incluso la OCDE, que suele presionar por alzas de impuestos, ha publicado estudios mostrando cómo mayores gravámenes pueden perjudicar el bienestar de la ciudadanía. En palabras de la entidad los impuestos «pueden tener efectos sobre el estándar de calidad de vida material de los países al afectar los determinantes del PIB: trabajo, capital y productividad». Según la OCDE impuestos altos «distorsionan los precios y retornos a actividades de mercado y pueden alterar decisiones de los hogares y de producción, así como los incentivos de matricularse en la educación superior y los incentivos de las empresas de invertir y contratar empleados». Todo esto llevaría a una «asignación de recursos ineficiente y a menor productividad». Para los investigadores del estudio las conclusiones son claras: «los resultados de este paper sugieren que los impuestos tienen un efecto adverso en los niveles de inversión industrial. En particular el impuesto a las empresas reduce la inversión al incrementar el costo de uso del capital… Este paper encuentra nueva evidencia de que tanto los impuestos personales como a las empresas tienen un efecto negativo sobre la productividad»[57].

El economista y profesor de Harvard Robert Barro, concluyó hace años que la expansión de los gobiernos a través de mayores impuestos y regulaciones, lejos de permitir el crecimiento económico y disminuir la pobreza, lo obstaculiza. Según Barro, el gasto del gobierno tiene «un efecto negativo significativo» sobre el crecimiento económico (excluyendo gasto en defensa y educación). La conclusión de Barro, es que «un mayor volumen de gasto no productivo del gobierno y los impuestos asociados reducen la tasa de crecimiento…en este sentido un gobierno grande es malo para el crecimiento»[58]. Para que haya crecimiento económico dice Barro, lo fundamental es que exista un sólido Estado de derecho que proteja los derechos de propiedad, un consumo del gobierno más bajo e inflación baja[59]. En ningún lado, dice Barro, existe una correlación positiva entre más impuestos y menor pobreza o mayor crecimiento económico.

Respecto a la igualdad, el mismo Barro sostiene que el desarrollo económico en países pobres, al generar desigualdades antes desconocidas, va a provocar intentos redistributivos para calmar tensiones sociales. Esta redistribución estatal a su vez tendrá en general un efecto negativo sobre el crecimiento de la economía. La desigualdad podría, por esta vía indirecta, retardar el desarrollo económico en países pobres. Pero en países con nivel de ingresos más altos, Barro dice que la desigualdad no afecta negativamente el crecimiento económico, sino que lo promueve. En consecuencia, en estos países relativamente más ricos —Chile por ejemplo — dice Barro, el costo de mayor redistribución es una menor tasa de crecimiento[60]. Y si esto es así, los igualitaristas deben aceptar al menos que esta mayor redistribución implica sacrificar creación de riqueza, empleo y productividad afectando a las personas más necesitadas, que son quienes más dificultades tienen para incorporarse al mercado del trabajo.

¿BIENESTAR PARA QUIÉN?

Fueron los alemanes, específicamente el canciller Otto von Bismarck, quienes inventaron el Estado benefactor que después se expandió por el mundo, por lo que resulta esencial repasar brevemente su historia. Partamos diciendo que el llamado «milagro alemán» que ocurrió luego de la Segunda Guerra Mundial nada tiene que ver con la filosofía del Estado benefactor que se le atribuye a Alemania hoy en día, sino a las ideas liberales. Fue el ministro de economía Ludwig Erhard, un liberal clásico miembro de la sociedad Mont Pelerin fundada por Hayek, el autor de las reformas económicas que desmantelaron la economía estatista de los nazis y que venía desde tiempos de Bismarck. Gracias a eso en su momento Alemania se convirtió en la tercera potencia económica del mundo. Y Erhard tuvo que luchar contra casi todo el establishment intelectual y político alemán que, en la época, a pesar del desastre total que el socialismo había significado para Alemania, continuaba creyendo que el capitalismo era el problema. Según Erhard, los alemanes tenían un mal hereditario que era la envidia y que los llevaba a todos querer vivir «con la mano en el bolsillo de los demás»[61]. Erhard pensaba que el odio a los ricos se encontraba a la base de desastres sociales, por eso argumentaba que «cuántos millonarios haya en el país no me parece ni relevante, ni una medida de la consciencia social si en el mismo país más personas consiguen mayor bienestar y seguridad social»[62]. Al mismo tiempo, su idea de «seguridad social» dependía de los ingresos que la persona y su familia obtenían en el mercado. Erhard pensaba que el intervencionismo estatal causaba problemas que generaban aún más intervencionismo estatal hasta que eventualmente la espiral intervencionista podía terminar en una tiranía[63]. Y si bien no era partidario de un gobierno en que el Estado no asumiera ningún rol redistributivo, en general su posición era extremadamente minimalista comparada con las ideas prevalecientes en la época y que perduran hasta hoy. En su visión, «no existe asistencia del Estado que no implique una privación del pueblo» pues la palabra «libertad» y la palabra «social» se cubren mutuamente, ya que «mientras más libre es la

economía, más social es»[64]. El mercado era así para Erhard, no solo el instrumento por excelencia para alcanzar ese desarrollo sino el espacio central que surge de la libertad personal. En su clásica obra Bienestar para todos, Erhard explica que cada persona «debe tener la libertad de consumir y de organizar su vida según las posibilidades financieras, los deseos e ideas que tenga». Y continúa:

Estos derechos democráticos de la libertad de consumo deben tener su complemento lógico en la libertad de las empresas de producir y trabajar aquello que el mercado, es decir, las expresiones y necesidades de todos los individuos consideran necesarias y prometedoras para el éxito (…). Atentar contra estas libertades debe ser tratado como un atentado en contra de nuestro ordenamiento social. Democracia y economía libre se corresponden lógicamente tanto como dictadura y economía estatal[65].

Siguiendo esta filosofía, Erhard era contrario a la idea de «derechos sociales» que ha fundado todo el proyecto intelectual de la izquierda chilena por conducir a una economía estatizada que restringía la libertad y afectaba el desarrollo social y económico. Según Erhard:

Nada es por lo general más antisocial que el «Estado de bienestar» que adormece la responsabilidad humana y reduce el desempeño individual. Es un engaño que al final se paga con la maldición de la inflación salvo que una política igualitarista impida el aprovechamiento del progreso tecnológico destruyendo así la competitividad de la economía, caso en el cual el mal es aún mayor[66].

La historia de la inflación como salida al excesivo gasto social de los estados se ha visto mil veces y Argentina sigue siendo un ejemplo dramático de ella. Pero para Erhard no solo se trataba de un problema económico y social, sino que había esencialmente una razón ética para oponerse a lo que se conoce como «Estado social de derechos» que se contempló como parte del proyecto constitucional chileno. Identificando en la clase media alemana el fuerte de su capacidad productiva y la estabilidad del orden social, Erhard apelaba, como lo hicieran los padres fundadores de Estados Unidos mucho antes, a la autonomía en el amplio sentido de la palabra. Nada puede ser peor para un país, pensaba Erhard, que tener a la población dependiendo del Estado para satisfacer las necesidades propias: «las cualidades que la clase

media debe erigir como valores son: la responsabilidad personal por el propio destino, la independencia de la propia existencia, el coraje de vivir del propio desempeño y el querer afirmarse en una sociedad y un mundo libre»[67]. Erhard insistiría en este punto sosteniendo que el ideal en su visión era la fortaleza del individuo de decir «me quiero validar con mi propio esfuerzo, quiero llevar el riesgo de la vida yo mismo y ser responsable por mi propio destino». Según Erhard «el llamado no puede ser: tú Estado ven en mi asistencia, cuídame y ayúdame…; el llamado debe ser al revés: tú Estado no te metas en mis asuntos, sino que dame tanta libertad y déjame tanto del producto de mi trabajo como para que yo pueda determinar mi destino y el de mi familia»[68].

Nada puede estar más alejado que la filosofía igualitarista y estatista que plantea la izquierda hoy en Chile y América Latina. E incluso de lo que Alemania es actualmente, con todo tipo de transferencias y un sistema de seguridad social literalmente quebrado. El mismo Erhard se quejaría de la evolución que experimentaba Alemania hacia un Estado cada vez más interventor y redistribuidor, lujo que el país, por cierto, se pudo dar y sigue dándose gracias al sistema económico liberal legado por Erhard y a la enorme capacidad tecnológica de los alemanes, los que combinados permitieron una creación de riqueza formidable. Lo interesante es que cuando Erhard tuvo que referirse al origen intelectual del llamado «milagro alemán» que él generó, su reconocimiento a Hayek, el «neoliberal» que tanto ataca la izquierda chilena, fue explícito y reiterativo. Quien también llegara a ser canciller de Alemania diría que Hayek había hecho una contribución gigantesca a la sociedad libre y que las ideas del economista habían sido una de las fuentes fundamentales de su propio pensamiento y de la economía social de mercado responsable del éxito alemán[69].

Ahora bien, es importante notar que los estados de bienestar de los que hablaba Vallejo no se encuentran exentos de graves problemas. Un completo estudio realizado por Jagadeesh Gokhale ya en 2009 sobre las obligaciones sociales de los países europeos llegó a una conclusión alarmante[70]. Para poder financiar las pensiones y gastos sociales en el futuro, los países europeos (Unión Europea) en promedio deberían tener ahorrado un 434 por ciento de su PIB ganando intereses al mismo o mayor nivel al cual se endeuda el gobierno. Ello además de los ingresos por concepto de impuestos ya existentes. Como el mismo informe recalcó, ninguno de esos países tiene

los recursos y solo podrán salir del problema reduciendo drásticamente el gasto social. Y es que, la deuda implícita de Alemania, superaba ya hace una década en cuatro veces su PIB al igual que en Suecia e Inglaterra, mientras en Francia superaba cinco veces el PIB.

Desequilibrio fiscal en 2004

% del PIB anual

Country	GDP 2005 (billions of euros)	FI (billions of euros)	As % of Annual GDP
Belgium	288	854	296.50%
Denmark	197	754	382.50%
Germany	2215	9263	418.20%
Greece	168	1470	875.20%
Spain	837	2045	244.30%
France	1659	9111	549.20%
Ireland	148	600	405.20%
Italy	1388	5054	364.10%
Luxemburg	27	102	376.70%
Netherlands	489	2556	522.80%
Austria	236	967	409.80%
Portugal	143	703	491.90%
Finland	152	820	539.30%
Sweden	282	1215	430.70%
United Kindom	1734	7666	442.10%
Cyprus	13		
Czech Republic	87	514	590.80%
Estonia	9	41	455.60%
Hungary	81		
Lithuania	18	90	497.20%
Latvia	11	68	619.10%
Malta	4	19	467.50%
Poland	204	3163	1550.40%
Slovakia	34	391	1149.10%
Slovenia	26	197	758.50%
EU-25 Benchmark	454	1971	434.20%

Estados Unidos no es una excepción a la crisis fiscal de los estados benefactores. Y aunque su Estado es menos interventor que los europeos en muchos sentidos, las cargas y el gasto social son gigantescas. Tanto así que más del 60 por ciento del presupuesto combinado de los estados, gobiernos locales y del gobierno central se gasta en lo que podrían denominarse «derechos y transferencias sociales» de diverso tipo si sumamos salud,

educación y pensiones[71]. Así, el crónico problema de endeudamiento está directamente relacionado con el gasto social. Según el profesor de la Universidad de Boston Laurence Kotlikoff, Estados Unidos está «totalmente quebrado» con más de 12 veces el PIB en obligaciones sociales a futuro que no se podrán pagar. Kotlikoff dice que hay una verdadera «guerra de generaciones» en que la generación actual, para recibir todo tipo de beneficios del gobierno, está destruyendo el futuro de sus hijos y nietos que deberán pagar deudas astronómicas llevando a un deterioro considerable en su calidad de vida[72]. Según Kotlikoff, el gobierno estadounidense, con su endeudamiento es «peor que la pirámide ponzi de Madoff» (2009). Esto se aplica a casi todos los países industrializados dice el académico, los que especialmente debido a sus sistemas de pensiones de reparto verán colapsar estás pirámides «como un castillo de naipes»[73]. En 2023, Kotlikoff insistió en su diagnóstico afirmando que Estados Unidos se dirigía al default y que los extranjeros ya se estaban deshaciendo de la deuda estadounidense, pues anticipaban que, debido a los problemas fiscales, posiblemente el gobierno iba a decidir no pagarla en algún momento[74]. Parte importante de esta crisis se debe, según Kotlikoff, a que el sistema de seguridad social está «quebrado». En la misma línea, el Financial Report del gobierno de Estados Unidos, publicado en 2022 y que evalúa la sostenibilidad del gasto fiscal en ese país, concluyó que en los próximos 75 años los ciudadanos estadounidenses enfrentarán, en valor presente, 80 millones de millones de dólares de obligaciones sociales no financiadas, de las cuales el 95 por ciento corresponden solo al sistema de seguridad social —pensiones— y los beneficios de salud entregados a población mayor. Ante estos datos, el reporte gubernamental concluye que «el actual ritmo de gasto fiscal es insostenible»[75].

Chile no tiene el problema en seguridad social porque privatizó su sistema de pensiones después de una quiebra estrepitosa, por lo que hoy es solvente y paga mejores pensiones que nunca en la historia del país. Sin embargo, la izquierda se encuentra obsesionada con meter al Estado nuevamente en el negocio de pensiones mientras el resto del mundo está viendo desesperadamente cómo salir de la trampa estatal y dejar el asunto en manos privadas para evitar un desastre fiscal.

Las obligaciones no financiadas ascenderán a 80 billones de dólares en 75 años (2022)

Fuente: Departamento del Tesoro, «The 2022 Financial Report of the U.S. Government» 24 de marzo de 2023.

Nota: El gráfico muestra el gasto y los ingresos totales no relacionados con intereses proyectados en términos de valor presente para 2022.

Lo cierto entonces, es que casi todos los estados de bienestar, incluso en los países más ricos del mundo, están enfrentando serios problemas. Por eso es una ilusión lo que pretende la izquierda chilena al crear un sistema incluso más intervencionista que el de países avanzados. Si occidente entero está ahogado en deudas es precisamente porque los políticos llevan cincuenta años prometiendo y otorgando todo tipo de beneficios que son cada vez más difíciles de pagar. No está demás decir que, en América Latina, los estados

benefactores se caracterizan por su rampante despilfarro, populismo y corrupción como ilustra claramente el caso de las fundaciones vinculadas al partido Revolución Democrática fundado por Giorgio Jackson entre otros. Pretender que Chile, un país de baja productividad, con un aparato de burócratas y políticos muy ineficiente y más deshonesto de lo tolerable, puede crear algo así como un Estado benefactor a la nórdica y sostenerlo haciendo que lo paguen los ricos, es simplemente una ilusión.

LAS BONDADES DE LA DESIGUALDAD

Un aspecto totalmente ausente del debate nacional dice relación con los efectos positivos que puede tener la desigualdad económica, especialmente para los más pobres. El economista Finis Welch observó hace mucho tiempo que «sin desigualdad de prioridades ni capacidades, no habría comercio, ni especialización, ni excedentes producidos por la cooperación. Por cierto, no habría economía…»[76]. Esta afirmación resulta bastante evidente, pues si todos fuéramos iguales en todo sentido no existirían las diferencias que nos impulsan a crear cosas distintas, a querer ser como otros, a diferenciarnos de los demás y a producir bienes y servicios para intercambiarlos por otros distintos que han sido producidos por personas que ni siquiera conocemos. De lo anterior se sigue que la desigualdad es, fundamentalmente, causa de progreso en un contexto de personas libres. Tal como afirmó el economista francés del siglo XIX Jean Gustave Courcelle-Seneuil, quien fuera invitado a Chile en 1855 por el gobierno de Manuel Montt, convirtiéndose en el primer profesor de economía del país, la desigualdad es «causa de imitación y de progreso» porque los pobres, «impulsados por la necesidad, se esfuerzan por alcanzar la comodidad y luego enriquecerse»[77]. Según Courcelle-Seneuil, la desigualdad «lejos de ser un mal, ha sido una causa primaria del progreso y el factor central de la civilización»[78]. Courcelle-Seneuil concluyó que la desigualdad tenía que ser «respetada porque es útil y porque no se puede intentar combatirla sin cometer injusticia y sin introducir desigualdades artificiales mucho más chocantes que las que se originan en la naturaleza humana»[79]. En la misma línea, Hayek argumentaría en el siglo siguiente que la igualdad ante la ley y la igualdad material eran «no solo diferentes» sino que también estaban «en conflicto entre sí». Para Hayek, «podemos lograr lo uno o lo otro, pero no ambos al mismo tiempo. La igualdad ante la ley que exige la libertad conduce a la desigualdad material»[80]. En otras palabras, una cosa es la igualdad ante la ley y otra muy diferente e incluso opuesta, con la que se obsesionó Chile, es la igualdad a través de la ley.

Desafortunadamente, estas reflexiones se han encontrado ausentes del debate chileno en las últimas décadas. La tesis que se ha instalado es aquella según la cual hay una contradicción entre el interés público y la desigualdad, lo que no es necesariamente correcto. Un caso reciente y emblemático que ilustra este punto es China, que ha experimentado una disminución masiva de las tasas de pobreza en las últimas décadas, mientras que la desigualdad de ingresos ha aumentado sustancialmente[81]. La razón de esto es que el progreso económico nunca beneficia a todas las personas al mismo tiempo y al mismo ritmo. Como ha explicado Deirdre McCloskey, si bien «los pobres han sido los principales beneficiarios del capitalismo», los beneficios que provienen de la innovación en un mercado abierto en línea con las instituciones liberales van primero a los ricos que los generaron. Luego benefician a los menos privilegiados al hacer que los precios bajen en relación con los salarios, generando más oportunidades de trabajo y mayor movilidad social y, en consecuencia, conduciendo a una mejor distribución del ingreso[82]. Así, incluso las desigualdades naturales y sociales, cuando se dan en el marco de instituciones más liberales, permiten que los más privilegiados beneficien a los menos privilegiados. Ya que el progreso social es producido en gran medida por individuos libres que persiguen sus propios fines, cualquier intento serio de cambiar los resultados de este proceso con el fin de producir una mayor igualdad tendrá que interferir con el proceso mismo que permite el progreso. Como resultado, el avance de las grandes mayorías se vería afectado. En palabras de Hayek, «evitar que unos pocos disfruten primero de ciertas ventajas bien puede impedir que el resto de nosotros las disfrute»[83]. En la misma línea, el Nobel de economía Angus Deaton ha argumentado que las desigualdades en salud, por ejemplo, deben tolerarse durante algún tiempo para permitir la masificación de nuevos tratamientos y tecnologías costosas[84]. Según Deaton, sería absurdo, desde la perspectiva del interés público, impedir que unos pocos se beneficien primero para lograr una mayor igualdad. Y, sin embargo, este igualitarismo primitivo es exactamente lo que propone la izquierda chilena. El libro El otro modelo afirma literalmente que no se pueden tolerar «diferencias en el ingreso que hagan diferencias en la vida o la muerte»[85]. Así, agregan, no podemos permitir que el hijo de una familia rica que se enferma se salve porque tiene dinero mientras el de una sin dinero muera porque no puede acceder al mismo tratamiento. Por desgracia, no son infinitos los recursos, lo cual significa que, si hay más personas con

una enfermedad grave que recursos disponibles, aun en un sistema enteramente estatal, alguien tendrá que decidir quien recibe el tratamiento y quien no. Frente a esa realidad, la idea igualitarista de que es mejor que nadie se salve a que se salven solo algunos, es lejos la más inmoral de las alternativas. Más inmoral aún si se entiende que el aumento de recursos en una sociedad, también para la salud, está estrechamente vinculado con los incentivos para crearlos y la capacidad de gasto que tienen quienes están en la cima de la pirámide económica. Es como dice Deaton, de la capacidad de pago de unos pocos que depende que las innovaciones en salud que salvan vidas, lleguen a los muchos lo que confirma, nuevamente, la tesis de que la desigualdad facilita el progreso.

Lo mismo se aplica, por cierto, a la desigualdad salarial. Como concluyó Welch, la dispersión salarial en Estados Unidos tuvo efectos positivos para la sociedad. Más específicamente, el aumento de la desigualdad salarial producido por mayores retornos salariales educativos creó nuevas oportunidades para las personas y un mercado laboral más educado con salarios más altos. Además, la mayor desigualdad dentro de los grupos étnicos y por sexo, hizo que la desigualdad disminuyera entre estos grupos[86]. Esto se explica porque más individuos dentro de los grupos, al ver el éxito de sus semejantes, buscaron educarse para así obtener mejores salarios llevando como consecuencia a un aumento del ingreso promedio de los grupos.

Ahora bien, si existe un caso emblemático de creación de desigualdad es el sector tecnológico, donde en muy poco tiempo un par de muchachos, sin un peso, pueden convertirse en las personas más ricas del mundo. Este enorme éxito de un número creciente de emprendedores ha motivado a muchos otros a innovar mejorando la calidad de vida de miles de millones de personas en el mundo. Gracias, a los gigantescos retornos que ofrece la innovación, un grupo cada vez más grande de personas capacitadas y talentosas se han dedicado a ella[87].

El clamor por la intervención del gobierno para corregir las desigualdades económicas en nombre del bien público no solo existe en Chile desde luego. Muchos filósofos, científicos sociales, políticos y economistas creen que la desigualdad no solo es dañina sino moralmente incorrecta. El Nobel de

economía y admirador del sistema cubano, Joseph Stiglitz, por ejemplo, argumenta que, si se examinan los países de todo el mundo, se vuelve obvio que la desigualdad lleva a las personas a vivir en «comunidades cerradas atendidas por hordas de trabajadores de bajos ingresos», y que crea «inestabilidad política donde los populistas prometen a las masas una vida mejor solo para decepcionar». Peor aún, agrega Stiglitz, la desigualdad provoca una «ausencia de esperanza»[88]. Stiglitz, cae en la misma confusión que Peña, pues estos son problemas típicos de países que son pobres y su causa suele ser la intervención estatal excesiva. Como ha señalado William Easterly, la verdadera causa de la pobreza es el «poder desenfrenado del Estado contra los pobres sin derechos»[89]. La pobreza, insiste Easterly, «es la ausencia de un sistema político y económico libre que encuentre soluciones técnicas a los problemas de los pobres»[90].

Si las preocupaciones de Stiglitz fueran un mero producto de la desigualdad de riqueza en lugar de una ausencia de libertad económica y política en la línea que postula Easterly, la solución a los problemas que detecta, podría consistir simplemente en expropiar al 1 por ciento más rico. Esto seguramente crearía sociedades mucho más igualitarias, pero ninguna de las patologías sociales y políticas que señala Stiglitz desaparecería. De hecho, podría ocurrir lo contrario. Un ejemplo de ello es Zimbabue, donde una revolución populista de izquierda contra los terratenientes blancos liderada por el dictador Robert Mugabe causó efectos devastadores en la economía de la nación[91]. Podría decirse que Zimbabue era más igualitario después de la expulsión de los agricultores, pero como resultado la calidad de vida de la gente quedó completamente destruida.

Ahora bien, la búsqueda de la igualdad no solo puede producir efectos negativos en países como Chile, sino también en naciones desarrolladas. La mayoría de los países avanzados practican actualmente una redistribución masiva de la riqueza para corregir la desigualdad en nombre de la «justicia social». Los resultados, sin embargo, no permiten concluir que estas intervenciones necesariamente promuevan el interés público en el largo plazo o incluso en el mediano plazo. Las consecuencias no deseadas de las políticas típicas de los estados de bienestar occidentales van, desde cargas fiscales insostenibles, hasta efectos negativos en el mercado laboral, erosión de normas sociales como la ética y la honestidad del trabajo, menores

ingresos promedio, más delincuencia, desintegración familiar y sociedad civil más débil, entre otras. La evidencia también muestra que la provisión universal de servicios sociales en estados de bienestar como Dinamarca podría reducir la desigualdad de ingresos simplemente como resultado de impuestos y transferencias, es decir, de manera puramente cosmética. Esto es así porque la provisión de estos servicios no mejora las habilidades ni el potencial humano de los niños, para permitirles tener mayores ingresos autogenerados o mejores resultados sociales más adelante en la vida[92]. Así las cosas, ni siquiera en Dinamarca se daría el caso de que la redistribución estatal realmente incrementa la «autonomía» de las personas para tener un mejor futuro con su propio esfuerzo. Todo lo que hace es igualar matemáticamente los ingresos quitándole a unos para darles a otros.

Finalmente, hay que señalar que las intervenciones gubernamentales, muchas de ellas realizadas en nombre de la igualdad, podrían generar problemas que luego se atribuyen al mercado que es exactamente lo que ocurrió en Chile en la última década y que condujo a la crisis de octubre de 2019. Como hemos visto, fueron esencialmente las reformas de Bachelet II las que minaron el potencial de creación de riqueza y oportunidades para los chilenos. Y esas reformas fueron hechas bajo el pretexto de disminuir la desigualdad supuestamente generada por el «neoliberalismo» al que se culpaba de dejar a demasiadas personas rezagadas. Los negativos efectos de las políticas de Bachelet II llevaron a una creciente frustración social que explotó bajo el gobierno de Piñera II. Esto es comprensible, pues cuando se estrangula el mercado y se incrementa el Estado surgen problemas antes inexistentes que perjudican a la población. El asunto es que, como no cambia la narrativa, esos mismos problemas se atribuyen al mercado con lo que se justifican todavía más intervenciones estatales dañinas. Luigi Zingales observó que incluso en Estados Unidos, la falta de competencia —en gran parte debido a la regulación gubernamental— y las distorsiones creadas por los subsidios gubernamentales son la razón principal de los problemas económicos ya que socavan la confianza en el sistema de mercado allanando el camino para el populismo[93].

El problema del igualitarismo que ve la desigualdad como un mal en sí misma, es que está impulsado por la envidia. Y la envidia es una fuerza persistente en la vida social que, como hemos aprendido en Chile, tiene un

enorme potencial de destrucción. Los políticos disfrazan la envidia de humanitarismo e implementan políticas que buscan castigar a los individuos más exitosos por la simple razón de que han logrado más que otros. La fiscalidad progresiva es un claro ejemplo de cómo opera la envidia: los individuos más ricos están obligados a pagar proporcionalmente más, aunque desde el punto de vista fiscal la cantidad marginal de dinero recaudado sea irrelevante. Además, se cobran impuestos al lujo y al patrimonio cuya recaudación también suele ser baja.

Nada de lo anterior significa necesariamente que el gobierno no tiene ningún papel que desempeñar en términos de redistribución. Milton Friedman, por ejemplo, propuso un impuesto sobre la renta negativo como una forma de mejorar la situación de aquellos que caen por debajo de un umbral de ingresos. En todo caso, la propuesta de Friedman implica la sustitución total del Estado de bienestar usualmente capturado por grupos de interés[94]. Más recientemente, Zingales ha argumentado que una red de seguridad mínima es esencial para la supervivencia de la economía de mercado porque fomenta la asunción de riesgos al hacer que el fracaso sea menos costoso[95]. Y Hayek diría que un mínimo de provisiones materiales podría ser un papel posible para el gobierno[96]. Ninguno de estos argumentos, sin embargo, pretende crear más igualdad sino ofrecer soluciones a problemas prácticos de pobreza. El tipo de justificación de estas intervenciones marca toda la diferencia con el argumento igualitarista estándar. Y es que, si el objetivo de la política pública es la igualdad, entonces la redistribución se convierte en un fin en sí mismo y el gobierno tendrá que involucrarse en programas sustanciales de impuestos y transferencias con una provisión universal de servicios sociales. Si, en cambio, la política pública se limita a solucionar problemas sociales específicos, entonces el gobierno no tiene que involucrarse en una redistribución sustancial de arriba hacia abajo, ni debe proporcionar servicios sociales universales. Basta con centrar el gasto en los grupos desfavorecidos, lo que puede hacerse subvencionando la demanda de determinados servicios proporcionados por el mercado. El primer enfoque socava el progreso porque es incompatible con el Estado de derecho y las fuerzas del mercado responsables de la prosperidad. El segundo enfoque, si se implementa correctamente, podría favorecer el interés público al acelerar

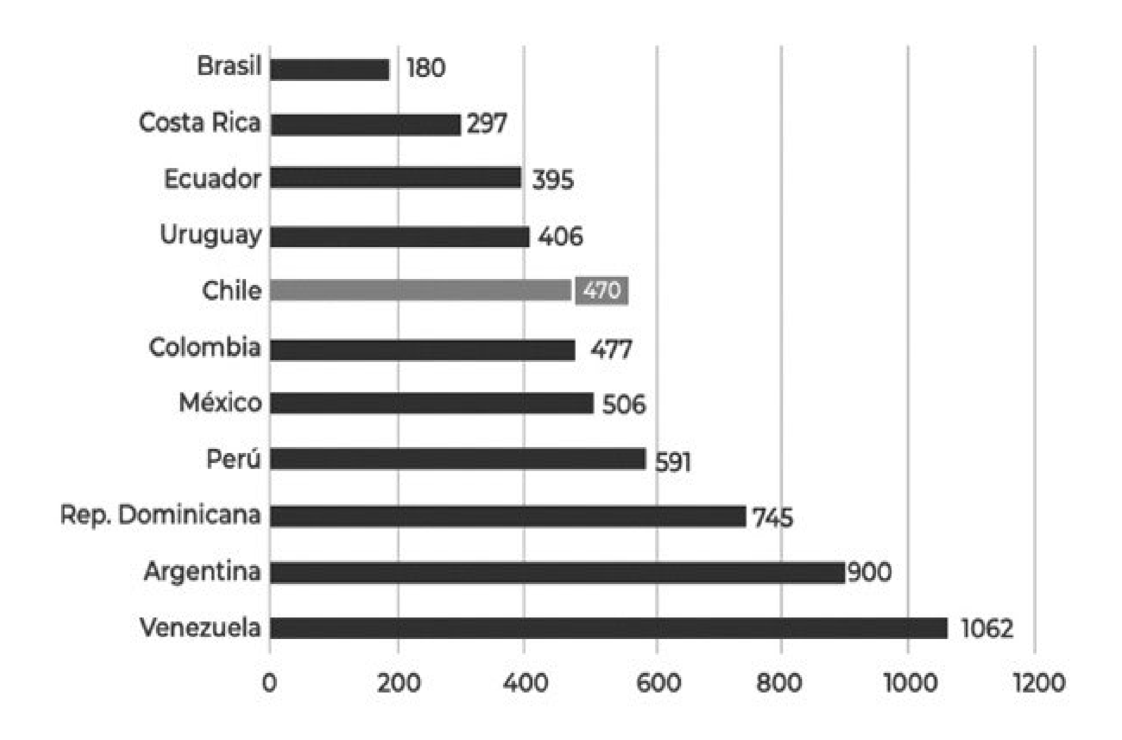
la incorporación de algunos grupos desfavorecidos al proceso de progreso, independientemente de los niveles de desigualdad que este pueda producir.

LOS RICOS NO PUEDEN PAGAR MÁS

Hemos dicho que Chile es un país obsesionado con la idea de que hay que cobrarles más impuestos a los ricos, a pesar de los negativos efectos que han tenido las sucesivas reformas tributarias «antirricos» en términos económicos y sociales. El columnista Daniel Matamala, por ejemplo —un vocero no declarado del gobierno de Boric— sostenía en agosto de 2023 que si había algo en que los expertos coincidían era que en Chile los impuestos «tienen una estructura injusta y regresiva, que castiga a los más pobres»[97]. Según Matamala, vivimos en el mundo de Hood Robin, pues se sacaría proporcionalmente más a los pobres que a los ricos, llevando la distribución más de abajo hacia arriba que de arriba hacia abajo. Más allá de que Matamala mostró desconocer la historia de Robin Hood, pues este recuperaba impuestos extraídos por el Estado corrupto y abusivo para devolverlo a sus legítimos dueños, la verdad es que Chile, como hemos visto, es un país de impuestos altos que recaen desproporcionadamente en los sectores de mayores ingresos y que se gastan muy mal. En Chile solo el 25 por ciento de mayores ingresos paga impuesto a la renta mientras en los países OCDE lo hace la gran mayoría. Para decirlo, en otros términos, en Chile se comienza a pagar impuesto a la renta con un ingreso equivalente a un 180 por ciento del ingreso mediano, mientras en la OCDE se paga cuando este alcanza un 40 por ciento del ingreso mediano[98]. Pero hay más, porque el 0,8 por ciento de mayores ingresos paga el 60 por ciento del total de lo recaudado por impuesto a los ingresos personales, algo también anómalo dentro de la OCDE[99]. El 0,01 por ciento que tanto obsesiona a la izquierda, por su parte, que son 9700 personas, pagan el 25 por ciento de todo lo recaudado por impuesto a la renta[100]. Cabe agregar que, en 2022, este impuesto fue el que más recaudó en Chile con casi un 50 por ciento del total de los ingresos fiscales superando al IVA[101]. Difícilmente hay otro país de la OCDE en que el 0,01 por ciento paga esa cantidad de impuestos como proporción del total recaudado por renta. Adicionalmente, el impuesto a las empresas, que, como ya hemos visto, duplica en recaudación al promedio de

la OCDE, si se analiza en relación con el PIB de cada país, sitúa a Chile en la posición 12 dentro de un conjunto de más 100 países, con 4,9 por ciento del producto en recaudación mientras en la OCDE el promedio es de 3 por ciento[102]. Si a todo lo anterior sumamos otros impuestos como el IVA y calculamos qué porcentaje de la recaudación total de Chile paga el 1 por ciento o 0,01 por ciento más rico, hay pocas dudas de que esta resultará mayor que en casi cualquier país desarrollado. Y esto, hay que repetir, es sin contabilizar como impuestos los pagos por educación, salud y otros que en países avanzados se proveen con los impuestos pagados y que en Chile los segmentos de mayores ingresos cubren adicionalmente, lo que constituye un subsidio que los más «ricos» dan a un Estado incapaz de garantizar siquiera niveles razonables de seguridad pública. En cuanto al gasto público este es sumamente deficiente. En el ranking 2022 de Competitividad Global de IMD Business School, la eficiencia del gobierno alcanzó el mediocre puesto 30 entre 63 economías medidas[103]. Chile es también un país extremadamente burocrático que pone trabas a la inversión y la creación de empresas. Como consecuencia, una empresa pequeña dedica en promedio 470 horas al año para cumplir con todos los trámites necesarios para poder operar sus negocios. Lo anterior equivale a 52 jornadas laborales mientras en Brasil se destinan 180 horas, menos de la mitad, y en Costa Rica, 297 lo que implica un ahorro de casi un 40 por ciento de las jornadas[104].

Índice Burocracia en América Latina 2022 (número de horas en el cumplimiento de los trámites burocráticos exigidos por año)



Fuente: Índice de burocracia en América Latina, Atlas Network.

Datos del Banco Interamericano del Desarrollo (BID) señalan por su parte que en Chile se desperdician 5 mil millones de dólares anuales[105]. A ello se deben agregar otros 855 millones de dólares anuales que podrían ahorrarse si se mejorara el sistema de compras públicas según las Fiscalía Nacional Económica[106]. Solamente sumando esas cifras se obtienen un total de casi 6 mil millones de dólares, un 2 por ciento del PIB, que la clase política podría ahorrar a los pagadores de impuestos mejorando su gestión. ¿Por qué entonces se insiste en subir impuestos a los ricos? Incluso luego de que fuera rechazada la reforma tributaria de Gabriel Boric, que el economista Klaus Schmidt-Hebbel calificara como «la peor reforma tributaria en la historia de los países de la OCDE»[107], su ministro de Hacienda, Mario Marcel insistió en un «pacto fiscal» que constituía una nueva alza de impuestos. Y además lo hizo en uno de los peores momentos posibles. El mismo Schmidt-Hebbel explicó:

Plantear una reforma tributaria recaudatoria de 8 por ciento, más seis puntos adicionales de pago de aportes al ente estatal o a las AFP, con una inversión privada que está por el suelo, con sectores enteros que están quebrando, léase la construcción en particular, yo creo que es el peor momento coyuntural para anunciar una reforma tributaria, especialmente de la magnitud de tres puntos del PIB que quiere pasar contra viento y marea el ministro Marcel[108].

El mismo Marcel ofrecía claves para entender las razones, cuando en mayo de 2022 defendió el impuesto a los «súper ricos» propuesto por la comunista Camila Vallejo. Según Marcel, no se trataba de un impuesto a los «super ricos» sino de uno a la riqueza como si hubiera una diferencia entre ambas cosas[109].

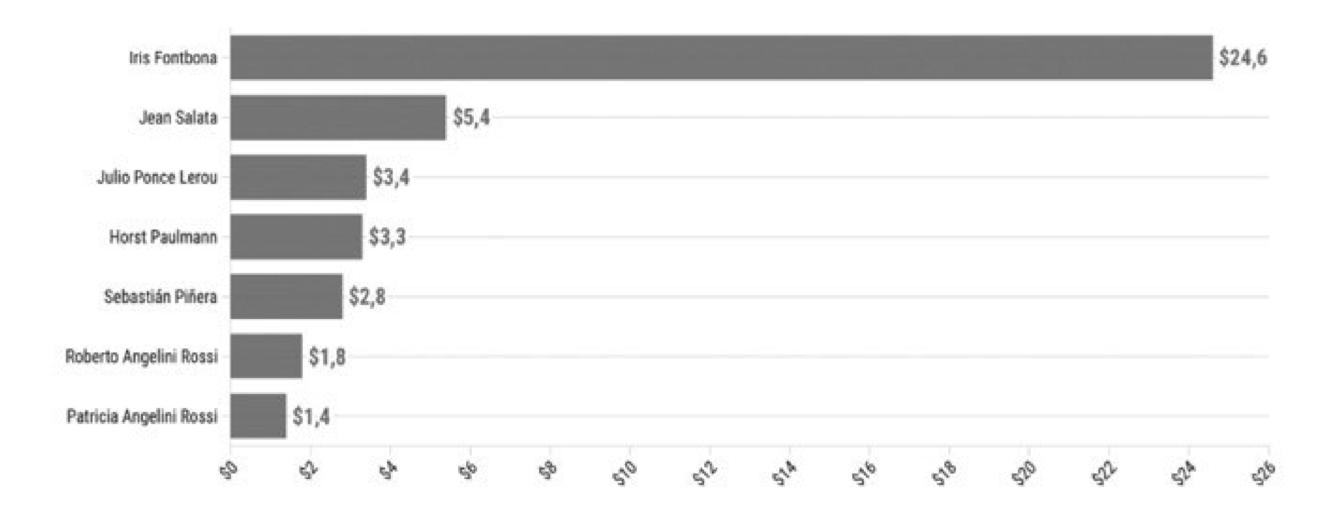
No es imposible pensar, entonces, que, siendo funcional a la agenda del gobierno de Boric, Marcel insistiera tanto en sacar adelante una reforma tributaria de modo de engrosar el Estado fundamentalmente a expensas de los sectores pudientes. Se trató, como fue la tónica de su sector, una vez más, de utilizar el régimen de impuestos como forma de castigo a quienes poseen ingresos elevados. De hecho, sobre el eufemísticamente llamado «pacto fiscal», Marcel declararía que se trataba de que solo pagarían las personas de mayores ingresos, específicamente «aquellos que pertenezcan al 5 por ciento más rico de la población» dijo[110]. Como en el caso de la reforma de Bachelet II, Marcel prometió que, con cargo a los «ricos», todo el mundo estaría mejor como si hubiera espacio para seguir subiendo impuestos en ese segmento y como si no tuviera repercusiones en la calidad de vida del resto de la población el atacar a las personas más productivas.

Producto del fracaso de su primera propuesta de reforma tributaria, el gobierno de Boric tuvo que abandonar el impuesto al patrimonio de los «súper ricos». Aunque originalmente estos se definían como personas con bienes de un valor superior a los 22 millones de dólares, la propuesta de Marcel lo redujo a 4,9 millones de dólares, algo previsible dado que el concepto «ricos» es sumamente elástico y depende siempre del punto de referencia. Así y todo, vale la pena preguntarse cuántas grandes fortunas efectivamente existen en Chile, pues ellas son utilizadas como símbolo por parte de la izquierda para justificar alzas de impuestos con negativos efectos

sobre el bienestar de la ciudadanía. En efecto, Matamala calificaba una indicación presentada por el Partido Republicano en el consejo constituyente según la cual la ley no podía establecer impuestos que gravaran el patrimonio de las personas, como la «enmienda Luksic» o la «enmienda Angelini» en referencia a dos de los grupos económicos más grandes de Chile. Según Matamala y la izquierda que representa, estos deberían ser gravados con ese impuesto para beneficiar a los que tienen menos. La pegunta es cuántas personas existen con más de mil millones de dólares en Chile y cuánto dinero tienen si combinamos sus fortunas como para suponer que harían una diferencia en términos de recaudación de impuestos. Según el ranking Forbes de 2022, solo había siete personas chilenas con un patrimonio superior a mil millones de dólares: Iris Fontbona de la familia Luksic con 22,8 mil millones, Julio Ponce Lerou con 3,6 mil millones, Horst Paulmann con 3,3 mil millones, Jean Salata con 2,9 mil millones, Sebastián Piñera con 2,8 mil millones, Roberto Angelini con 1,8 mil millones y Patricia Angelini con 1,4 mil millones. La fortuna combinada de todos ellos ascendió a 38,6 mil millones de dólares[111]. ¿Cómo se compara esto, por ejemplo, con el gasto estatal de Chile? El año 2022 este fue de 80 mil millones de dólares aproximadamente.

Ranking de los empresarios más ricos en Chile en enero de 2023, según su patrimonio neto

(miles de millones de dólares estadounidenses)



Fuente: Statista (2023).

Esto significa que si le expropiáramos absolutamente todo a los más ricos de Chile no nos alcanzaría ni siquiera para cubrir seis meses de gasto estatal. Más aún, si tomamos la cifra del BID que estima en 5 mil millones de dólares al año el mal gasto estatal y la llevamos a un período presidencial de cuatro años, tenemos que solo en esto el Estado ha desperdiciado 20 mil millones de dólares, lo que es equivalente a la fortuna de todos los ricos de la lista Forbes después de Iris Fontbona, más siete mil millones de dólares. Esto ni siquiera contempla desastres en políticas públicas como el Transantiago, que en 2020 tuvo un déficit de 800 millones de dólares[112]. En una década esto equivale a 8 mil millones de dólares, más que cualquiera de las fortunas de la lista salvo Fontbona. Pero ciertamente hay cientos de casos que podríamos usar en la misma línea incluyendo el deficiente desempeño de empresas estatales. Solo Codelco acumula una deuda de 18 mil millones de dólares en 2023 y se estima que podría llegar a 30 mil millones de dólares en 2027. Ya se habla incluso de una posible insolvencia de la cuprífera estatal[113]. Más aún, hoy en día la minería privada deja más recursos para el fisco que la estatal caracterizada por ser un botín de grupos de interés. Otro caso es Enami con pérdidas de cientos de millones de dólares, la misma empresa que despidió a dos subgerentes pagándoles una indemnización de 850 millones de pesos para luego volver a contratarlos[114]. Ferrocarriles del Estado es otra empresa que solo en 2022 perdió 267 millones de dólares. Y

así se pueden sumar otros casos, aun cuando algunas obtienen utilidades[115]. Todas, sin embargo, son objeto de cuoteo político.

Ahora bien, es importante reparar aquí en que las grandes fortunas de Chile, contrario a lo que se suele sugerir, son casi todas de primera generación. Paulmann, Angelini, Piñera, Ponce Lerou y muchas otras que no figuran en la lista son ejemplos de ello. Pero incluso la familia Luksic es de nuevos ricos, pues fue el marido de Iris Fontbona, Andrónico Luksic Abaroa quien creó la fortuna familiar. No es verdad entonces que Chile sea una «sociedad de herederos» cuando no hay casi nadie entre los más ricos hoy que no haya sido pobre una o dos generaciones atrás. Y todos los que se han hecho ricos lo hicieron principalmente en condiciones de libre mercado, compitiendo nacional y globalmente. Aunque aún se puedan hacer muchas críticas y deban abrirse todavía más espacios para la competencia, lo cierto es que las reformas económicas liberales de los Chicago boys permitieron, por primera vez en más de medio siglo, que el país se enriqueciera gracias al espíritu empresarial de muchos chilenos y que los ricos nacionales no lo fueran esencialmente por sus redes de influencia política como era la regla general antes de las reformas de libre mercado, sino por su capacidad de crear valor y mejorar la calidad de vida de las mayorías.

LA MENTALIDAD ANTICAPITALISTA

Hemos visto los dañinos efectos que ha tenido en Chile la obsesión de atacar a los ricos y hacer del sistema tributario un instrumento que sobre carga a las personas de mayores ingresos bajo el pretexto de combatir la desigualdad. La clase política particularmente de izquierda insiste en ese camino a pesar de que la desigualdad de ingresos prácticamente no varía luego de impuestos y transferencias, debido a la mala gestión de los recursos. La pregunta que cabe hacerse es por qué Chile ha mostrado una trayectoria antirricos tan marcada en los últimos tiempos aun cuando el consenso técnico señalaba que varias de las reformas tributarias aprobadas y propuestas eran contraproducentes para el bienestar de la mayoría de la población. Un informe Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) elaborado hace décadas podría arrojar algunas luces. Luego de un extenso análisis llegaba a la siguiente conclusión sobre los chilenos: «la sociabilidad conflictiva tiene uno de sus orígenes en la dificultad para reconocer el valor del otro sin sentir una desvalorización de lo propio: la envidia. El chileno reacciona mediante el descrédito del otro como manera de asegurar su propia estima»[116]. Este aspecto de la cultura nacional se refleja en el hecho de que la Real Academia Española de la Lengua haya incorporado el concepto chileno de «chaquetear» bajo la siguiente definición: «impedir por malas artes, normalmente el desprestigio, que alguien se destaque o sobresalga».

Aunque la envidia es un problema universal y sus expresiones políticas se encuentran en todos los países, no puede dejar de observarse que, en el caso chileno, esta se encuentra en el corazón de proyectos políticos completos. En efecto, bien podría decirse que la izquierda de Bachelet y de Boric hicieron de la envidia, o, más concretamente, del odio a los ricos, la fuerza psíquica central de su causa transformadora. Esto no es una sorpresa, pues la envidia en contra de quienes tienen más, constituye un ingrediente esencial del anticapitalismo que anima a personas que provienen de

corrientes ideológicas derivadas del marxismo como son el caso de Boric y Bachelet. Refiriéndose al socialismo, en su obra sobre la mentalidad anticapitalista, Ludwig von Mises explicaría que «las ideas revolucionarias y reformadoras fueron acogidas de forma entusiasta por la inmensa mayoría de los ignorantes, impulsadas por las dos pasiones más poderosas: la envidia y el odio»[117]. El mismo Mises argumentó que una causa central del odio en contra de los exitosos bajo el capitalismo era el hecho de que, a diferencia de las sociedades precapitalistas en que la posición en la jerarquía social se encontraba completamente predeterminada por circunstancias sobre las que las personas no tenían ningún control, bajo el capitalismo esta dependía fundamentalmente del mérito individual según es evaluado por los pares. Según Mises, esto hace que quienes no logran llegar al nivel en el que les gustaría estar deban confrontar su propio fracaso, pues a diferencia de épocas anteriores en nadie podía reprochar a otro el hecho de no ser duque o príncipe, bajo el capitalismo el no ser rico si es atribuible a cada individuo. En palabras de Mises, bajo el capitalismo «el autoestima y equilibrio moral de todos se ve minada por el espectáculo de aquellos que han probado tener mayores capacidades y habilidades. Todos se encuentran conscientes de su propia derrota e insuficiencia»[118]. No es que el hombre común se descargue con alguien concreto dice el economista austriaco, sino que proyecta su odio sobre abstracciones como «la clase empresarial» o «Wall Street» que no son más que representaciones de los ricos.

Si Mises tiene razón, entonces el odio al sistema capitalista es inseparable del odio a los ricos, pues son ellos quienes reflejan de mejor manera lo que ese mismo sistema hace posible. En el caso de Chile hemos visto que este fue exactamente el caso, pues desde Bachelet II a Boric, las reformas tributarias e institucionales propuestas buscaban acabar con el «neoliberalismo» —que es otra forma para referirse al capitalismo— mientras se atacaba odiosamente a los «súper ricos» o simplemente a «los ricos» bajo el pretexto de que extrayéndole más recursos a ellos se financiarían las necesidades de todos los demás chilenos. Lo mismo puede afirmarse del proyecto de Constitución rechazado el 4 de septiembre de 2022 en el que sus autores explícitamente declaraban querer terminar con el mercado en diversas áreas abriendo las puertas a un estatismo desbocado que, en su inspiración intelectual, reflejaba de cuerpo entero la mentalidad anticapitalista que denunciara Mises. Según el politólogo Claudio Fuentes,

el bloque de izquierda que dominaba la convención buscaba la superación definitiva del «neoliberalismo» el que define como «una fase particular del capitalismo que entiende de un modo particular el manejo de los problemas colectivos: los gobiernos deben activamente crear condiciones para que sectores enteros de las relaciones sociales se organicen en torno al mercado»[119]. No es de extrañar que haya sido la izquierda extrema y quien planteó esta propuesta anticapitalista, la misma que permanentemente ataca a los ricos y que busca aprobar medidas para afectar su riqueza. Cabe agregar que, como se expondrá más adelante en este libro, el promedio de la población chilena no tiene una imagen tan negativa de los ricos como la que tiene la gente que se identifica con la izquierda. Esto demuestra una vez más que la ideología constituye un factor crucial a la hora de evaluar las percepciones, tanto sobre el sistema de mercado, como de quienes logran encumbrarse en la cima de la pirámide económica y social.

CAPÍTULO II

LOS CHILENOS Y LOS RICOS:

UN ESTUDIO SOBRE SUS PERCEPCIONES

¿QUÉ PIENSAN LOS CHILENOS DE LOS RICOS?

¿Por qué las percepciones que se forjan en la sociedad en relación con los ricos son relevantes para el conjunto de la sociedad? En esencia, porque las primeras chispas de crecimiento económico se encienden, a menudo, cuando esa sociedad comienza a ver a los ricos de manera positiva.

Así lo demuestra la historia de Estados Unidos. Y también la de China posterior a 1980, cuando Deng Xiaoping pidió «dejar que algunas personas se enriquezcan primero» como un paso hacia el desarrollo general. Pues bien, la incidencia de la pobreza extrema en el país asiático cayó del 88 por ciento en 1981 a una tasa inferior al 1 por ciento en la actualidad[120]. Durante ese mismo período, la cantidad de multimillonarios aumentó más que en cualquier otro país. De hecho, hoy hay más multimillonarios viviendo en Pekín que en Nueva York.

En la actualidad, Vietnam es el país donde los ricos son percibidos de forma más positiva[121]. Al calor de las reformas económicas introducidas a partir de 1986, el PIB per cápita de Vietnam se ha multiplicado por seis. Pues bien, mientras que el 80 por ciento de su población vivía en la pobreza en 1993, hoy dicha tasa es inferior al 5 por ciento[122].

Por el contrario, otras sociedades empezaron a recorrer el camino del sufrimiento y la decadencia cuando lanzaron políticas dirigidas contra los ricos, como sucedió en China durante lo que se conoció como la Revolución Cultural entre 1966 y 1976 o en Venezuela después de la elección del socialista Hugo Chávez en 1999 y la puesta en marcha de su Revolución Bolivariana.

Como ha demostrado el ejemplo reciente de Venezuela, no solo los ricos son quienes sufren con las políticas que se dirigen explícitamente contra ellos, sino que también los pobres salen perdiendo. El resentimiento contra los ricos también conduce a resultados económicos negativos en estados democráticos donde incluso esta retórica tiende a ser más suave. Los ejemplos de Suecia y Reino Unido en la década de 1970 son reveladores, puesto que las confiscaciones, las nacionalizaciones y el empeño en aplicar impuestos excesivamente altos llevaron a una disminución masiva de la riqueza de toda la sociedad[123]. Por todo lo expuesto,

es fundamental analizar y entender cómo cada sociedad percibe a los ricos, porque de ello depende la prosperidad general.

Del 19 al 30 de agosto de 2022, el prestigioso instituto Ipsos MORI realizó en Chile una encuesta representativa a gran escala en la que entrevistó a mil chilenos para conocer en detalle qué piensan de los ricos. Este sondeo formó parte del proyecto global de «The Rich in Public Opinion», en el cual Ipsos MORI ha repetido las mismas preguntas formuladas en Chile, en otros países como Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia, Italia, España, Suecia, China, Japón, Corea del Sur, Polonia y Vietnam, logrando una visión internacional al respecto. Estos cuestionarios fueron realizados entre mayo de 2018 y noviembre de 2022.

Así, esta investigación es la primera en su tipo que permite comparar las actitudes sociales hacia los ricos en una amplia baraja de países[124]. Si bien, se han realizado muchos estudios sobre los prejuicios existentes hacia otros grupos minoritarios, nunca ha habido un análisis exhaustivo de los estereotipos y los prejuicios sociales reales que hay sobre los ricos. Ya en 2020, con parte de la información recaudada, Zitelmann, coautor de este libro, publicó el primer estudio completo sobre este tema y lo puso a disposición en varios idiomas, incluido el español[125].

A lo largo de los años, las investigaciones basadas en encuestas sobre los prejuicios sociales han demostrado su dificultad a la hora de medir estas percepciones sobre las minorías, esto porque muchas personas no se atreven a expresar opiniones críticas sobre ciertos grupos, incluso cuando la encuesta es anónima. Para comprobar si ese efecto también se aplicaba en Chile sobre los prejuicios a los ricos, Ipsos MORI preguntó a sus encuestados lo siguiente: «A veces se dice que existen ciertos grupos de personas a los que hay que tener cuidado de no criticar en público. ¿A cuáles de estos grupos, si a alguno, usted cree que aplica esta afirmación?».

La lista de opciones de respuesta incluía a distintos colectivos de minorías tales como: «personas homosexuales», «personas con discapacidades», «personas de color», «personas de pueblos originarios», «inmigrantes de otras regiones de Sudamérica», «mujeres», «personas adultas mayores», «personas muy pobres», «judíos», «personas desempleadas» y «personas ricas».

Los resultados revelaron que el 57 por ciento de los chilenos piensa que hay que tener cuidado de no criticar a las «personas homosexuales» en público. Lo mismo se aplica a las «personas con discapacidades» (51 por ciento) y las «personas de color» (47 por ciento). El 42 por ciento de los chilenos cree que hay que tener cuidado de no criticar en público a «personas de pueblos originarios» o a

«inmigrantes de otras regiones de Sudamérica». Hasta un 31 por ciento confiesa tener cuidado al hacer declaraciones críticas sobre «personas muy pobres». En cambio, cuando se trata de hablar negativamente sobre las «personas ricas», existe menos temor de ofender a alguien públicamente por hacer comentarios críticos. Para ser precisos, solo el 15 por ciento de los chilenos piensa que es preciso andarse con cuidado al criticar a las «personas ricas» en público, lo que supone, con diferencia, un porcentaje mucho menor que el imputable a cualquier otro grupo de la sociedad (gráfico 1).

Gráfico 1. ¿A quién hay que tener cuidado de no criticar en público?

«A veces se dice que existen ciertos grupos de personas a los que hay que tener cuidado de no criticar en público. ¿A cuáles de estos grupos, si a alguno, usted cree que aplica esta afirmación?».



Nota: los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Los hallazgos de esta respuesta deberían invitarnos a la reflexión. Cuando se trata de ciertas minorías, la sociedad se muestra muy sensible e, incluso, hipersensible. Una palabra «incorrecta» puede desencadenar una tormenta de indignación. En cambio, cuando se refiere a los ricos la sociedad actúa de modo diferente e incluso se acepta el discurso de odio, con eslóganes populares que hablan de «matar a los ricos» (kill the rich) o «comerse a los ricos» (eat the rich). Nadie se alarmó, por ejemplo, cuando en agosto de 2020 un grupo de «activistas» montó una guillotina frente a la casa del fundador de Amazon, Jeff Bezos en Estados Unidos.

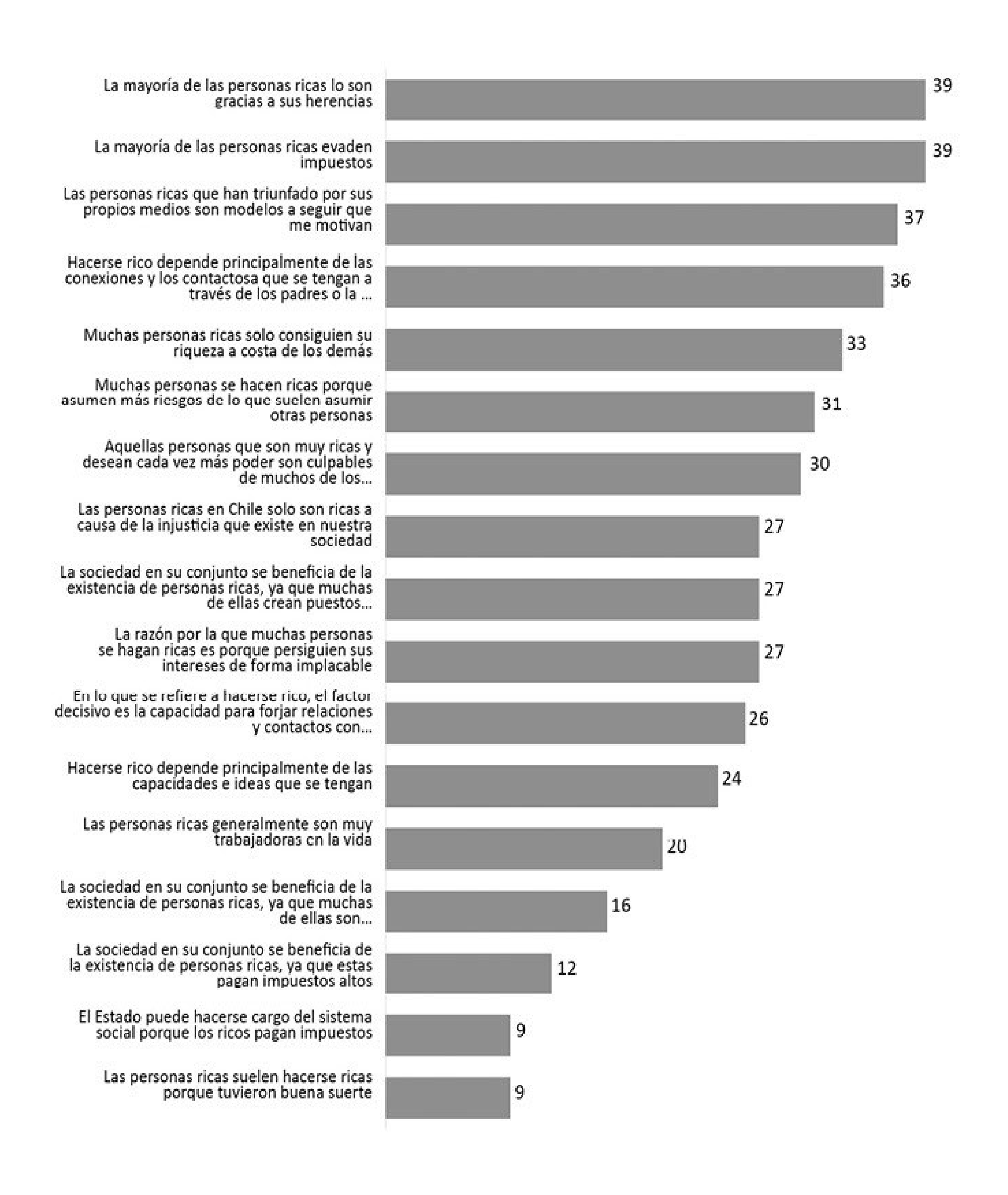
Es importante inferir con la respuesta anterior que las encuestas de opinión no son un vehículo perfecto para medir las verdaderas actitudes de las personas hacia la mayoría de los colectivos minoritarios, sin embargo estos cuestionarios sí son un instrumento fiable para medir las actitudes sociales hacia los ricos, ya que hay pocas razones para temer que los entrevistados puedan alterar sus respuestas.

Sabemos, por otras encuestas, que las personas tienen percepciones muy diferentes de lo que es ser «rico»[126]. Hay algunos que puede considerar «rico» a aquel que gana el doble que el asalariado promedio y otros quienes solo etiquetan como «ricos» a los multimillonarios. Esta diferencias de criterio, podrían generar distorsiones en las encuestas, porque no todas las personas consideran los mismo a la hora de hablar sobre ciertas cuestiones. Por lo tanto uno de los mayores desafíos, antes de enfrentar el sondeo fue el de evitar estas deficiencias, de modo de no sufrir las carencias que se observan en encuestas anteriores[127]. Por eso, Ipsos MORI precisó claramente, que en esta encuesta «rico» significaba tener activos por un valor mínimo de 200 millones de pesos, sin incluir en dicho cálculo la casa o el departamento en el que viven. En los países de Europa y Estados Unidos, donde también se realizó la encuesta, se estipuló que la cantidad requerida para ser clasificado como «rico» sería equivalente a poseer un patrimonio de al menos un millón de euros/libras/dólares. Aunque 200 millones de pesos es una cifra significativamente menor cuando se convierte a otras monedas (alrededor de 200.000 dólares estadounidenses), es importante tener en cuenta que la proporción de chilenos que poseen activos por un valor equivalente a un millón de dólares es significativamente menor que en Europa o Estados Unidos. En cualquier caso, la cifra que se precisó como criterio de referencia no es el factor más importante: lo relevante fue que los encuestados respondieran a partir de una definición homogénea de lo que es ser «rico», es decir de un mismo criterio.

Y para saber realmente qué piensan los chilenos sobre los ricos, se les presentaron una serie de afirmaciones positivas, críticas y neutrales y se les preguntó con cuáles estaban de acuerdo. Así, a los encuestados en Chile, y en los otros doce países donde se realizó el sondeo, se les mostraron diecisiete afirmaciones sobre personas ricas. De todas ellas, las declaraciones que obtuvieron un mayor apoyo fueron las que señalan que «la mayoría de las personas ricas lo son gracias a sus herencias» y que «la mayoría de las personas ricas evaden impuestos», dos enunciados que obtuvieron el apoyo del 39 por ciento de los chilenos. En cambio, hay un 37 por ciento que suscribe la afirmación de que «las personas ricas que han triunfado por sus propios medios son modelos a seguir que me motivan». De las diez afirmaciones que generaron un mayor consenso entre los chilenos, solo tres son positivas (gráfico 2).

Gráfico 2. Actitudes hacia los ricos. Grado de acuerdo en torno a 17 afirmaciones sobre los ricos.

«A continuación, verá una serie de afirmaciones que hace la gente sobre las personas ricas. ¿Con cuáles de las afirmaciones estaría de acuerdo?».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Si establecemos un análisis de los niveles de respaldo a las afirmaciones positivas sobre los ricos, encontramos que el porcentaje medio de aprobación suscitado por estos enunciados entre la sociedad chilena ronda el 22 por ciento. En cambio, las afirmaciones negativas logran un apoyo medio del 30 por ciento (ver gráfico 3).

Gráfico 3. Actitudes hacia los ricos. Grado de acuerdo en torno a 17 afirmaciones positivas y negativas sobre los ricos.

«A continuación, verá una serie de afirmaciones que hace la gente sobre las personas ricas. ¿Con cuáles de las afirmaciones estaría de acuerdo?».

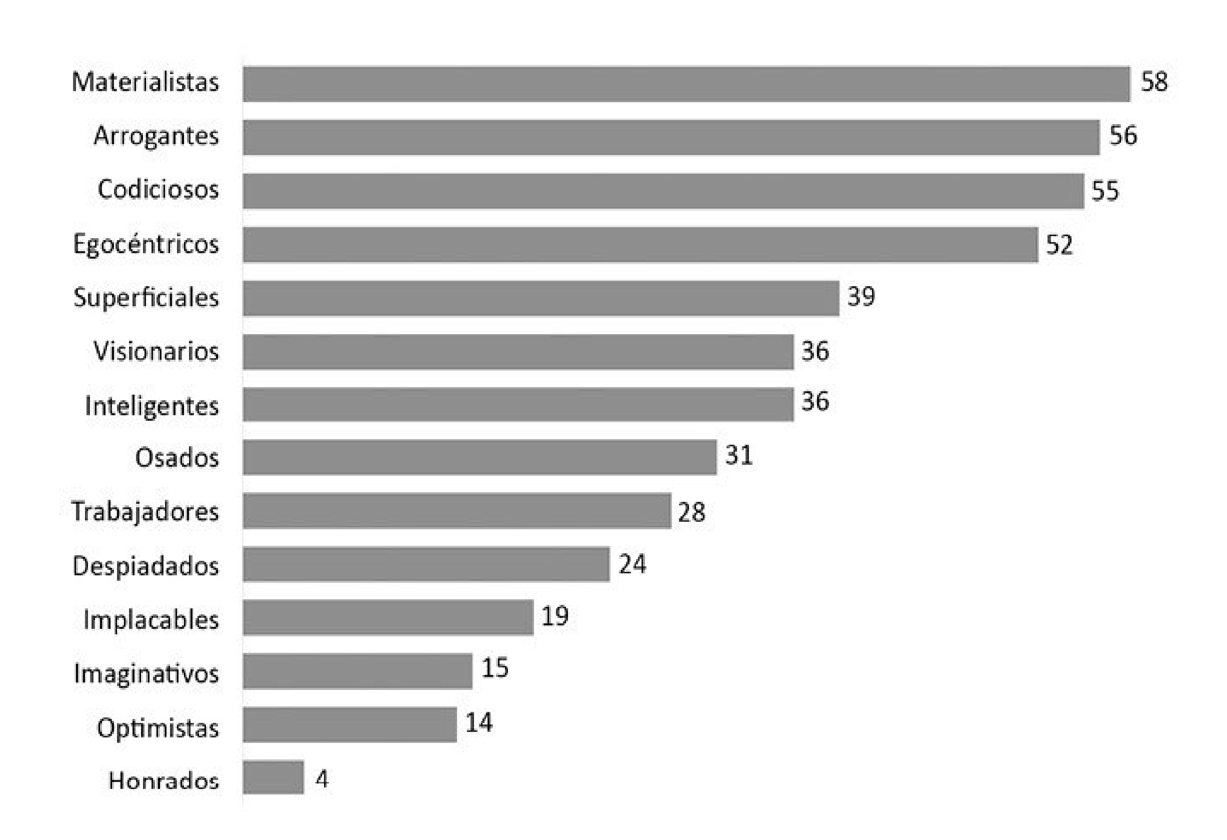


Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

La imagen abrumadoramente negativa de los ricos que suscriben muchos chilenos puede determinarse más claramente si tomamos en consideración los rasgos que los encuestados le asignan a los ricos. Los cinco rasgos mencionados con más frecuencia por los chilenos son todos negativos: el 58 por ciento cree que los ricos son «materialistas», el 56 por ciento opina que son «arrogantes», el 55 por ciento los considera «codiciosos», el 52 por ciento dice que son «egocéntricos» y el 39 por ciento los define como «superficiales». Los atributos positivos obtienen menores niveles de apoyo: «visionarios» (36 por ciento), «inteligentes» (36 por ciento), «atrevidos, osados» (31 por ciento) y «trabajadores» (28 por ciento). El rasgo asociado con los ricos con menos frecuencia es el de la honradez: solo el 4 por ciento cree que quienes más tienen son «honrados» (ver gráfico 4).

Gráfico 4. ¿Qué rasgos de personalidad asocian los chilenos con los más ricos?



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

La atribución de rasgos de competencia a grupos externos a los que se les niegan rasgos morales (rasgos M) positivos puede tener consecuencias de gran alcance. Sabemos, por la investigación de la percepción, que las impresiones sobre otras personas y grupos generalmente se basan más en rasgos M que en rasgos de competencia. Bogdan Wojciszke, Róza Bazinska y Marcin Jaworski explican que la «información relacionada con la moralidad» juega un papel más importante en la percepción que la «información relacionada con la competencia». Estos investigadores confirman que la moralidad y la competencia son los dos factores clave para determinar nuestras percepciones de otros grupos y encuentran que alrededor de las tres cuartas partes de nuestras percepciones están determinadas por estos dos componentes[128].

En esta línea, Wojciszke, Bazinska y Jaworski llevaron a cabo experimentos orientados a medir si las percepciones de los grupos externos se basan más en categorizaciones relacionadas con la «moralidad» (por ejemplo, si una persona es «justa», «generosa», «bondadosa», «servicial», «honesta», «sincera», «tolerante», «veraz» o «comprensiva») o la «competencia» (por ejemplo, si una persona es «inteligente», «hábil», «creativa», «eficiente», «enérgica», «previsora», «talentosa», «ingeniosa», «culta» o «emprendedora»). Sus investigaciones apuntan que, de los siete principales rasgos identificados durante la investigación, seis eran rasgos de moralidad («servicial», «sincero», «justo», «comprensivo», «veraz» y «honesto»), mientras que solo uno era un rasgo de competencia («ingenioso»). Por eso, afirman que «los juicios de rasgos morales (rasgos M) emergen claramente como un predictor mucho mejor de la impresión global que los juicios de rasgos de competencia (rasgos C)»[129].

Los investigadores explican este hallazgo en términos de biología evolutiva. Todos los organismos tenemos al menos un mecanismo que nos permite diferenciar entre ambientes agradables y adversos. «Si la función principal de las impresiones evaluativas globales gira en torno a distinguir a qué personas se debe abordar y a qué personas conviene evitar, está claro por qué las categorías M ocupan una posición privilegiada en la formación de impresiones. Estas categorías son fundamentales para ubicar a otros en la dimensión acercamiento-evitación, sin duda mucho más que cualquier otro concepto (rasgos C incluidos), porque una decisión sobre si una persona es moral equivale a acordar si esa persona es favorable o peligrosa para nosotros»[130]. Solo después de que una persona ha tomado esta decisión básica respecto a otros, entran en juego los rasgos C, porque

ayudan a decidir cuán beneficiosos o peligrosos pueden ser estas personas o grupos.

Por eso, aunque puede ser que los ricos sean percibidos como personas inteligentes y trabajadoras, lo cierto es que tal atribución de rasgos C de corte positivo no llega a compensar las vinculaciones negativas que también se establecen sobre ellos y que asignan a los ricos numerosos rasgos de tipo M, etiquetando a quienes tienen más como personas deshonestas, egoístas o codiciosas.

Si tomamos el porcentaje medio de rasgos negativos atribuidos a las personas ricas por los chilenos (43 por ciento) y el porcentaje promedio de respuestas que les asignan rasgos positivos (23 por ciento) y, a continuación, dividimos ambos resultados, encontramos que el resultado es un coeficiente de 1,9 (ver gráfico 5). Esta cifra recoge lo que denominaremos Coeficiente de Rasgos de Personalidad (Personality Trait Coefficient o PTC), que usaremos para comparar las actitudes hacia los ricos en Chile con las que se observan en otros países. Además, este indicador PTC será incorporado también en nuestro cálculo posterior del Índice de Percepción Social de los Ricos (Rich Sentiment Index, RSI).

Gráfico 5. Coeficiente de Rasgos de Personalidad (Personality Trait Coefficient o PTC).

«¿Cuáles de los siguientes adjetivos suelen aplicarse con más frecuencia a las personas ricas?».

El PTC se calcula dividiendo el porcentaje medio asociado a rasgos negativos de personalidad entre la media de respuestas asociada a rasgos positivos de personalidad.

Porcentaje de respuestas negativas	43%
Porcentaje de respuestas positivas	23%
Coeficiente de Rasgos de Personalidad (Personality Trait Coefficient o PTC)	1,9

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Después de preguntar a los chilenos sobre sus actitudes hacia los ricos, se intentó averiguar cuántos de ellos conocen realmente a una persona rica (de nuevo, definiendo «rico» como alguien que posee activos por valor de 200 millones de pesos, sin incluir en dicho cálculo el valor de la casa en la que reside tal persona), con independencia del tipo de relación entre las partes (familiar, amigo, conocido, etc). Esta parte del sondeo pone de manifiesto que la mayoría de la gente forma su criterio sobre los ricos sin conocerlos personalmente. Así, solo el 21 por ciento de los encuestados reconoció conocer personalmente a más de una persona rica y el 16 por ciento aseguró conocer solo a una.

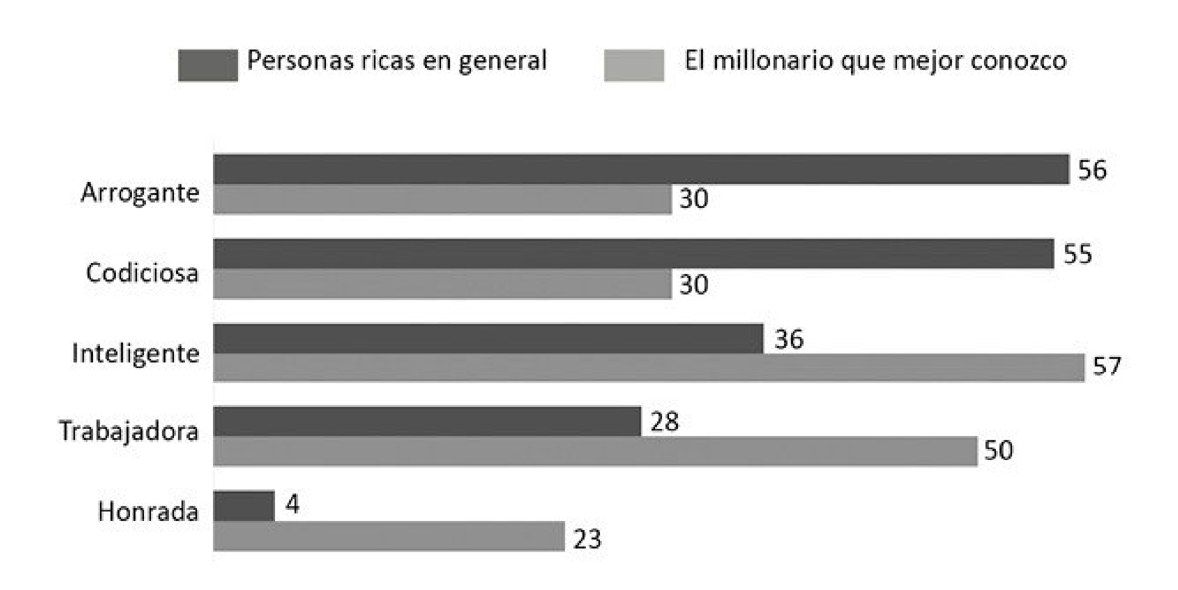
Los resultados de anteriores sondeos enmarcados en este proyecto mostraron que es muy probable que aquellos que conocen personalmente a una, o más personas ricas tengan una opinión más positiva de esos individuos a quienes han tratado personalmente, que de los ricos en general.

Como se evidenció, cuando se ofreció a los encuestados una lista de rasgos de personalidad y se preguntó cuáles de dichos atributos son aplicables a las personas ricas, vimos que los chilenos seleccionaban rasgos negativos de forma generalizada y mayoritaria. En cambio, la situación cambia y es bastante diferente cuando se le pregunta a los chilenos qué creen de aquellos ricos a los que sí han tratado de forma directa. En este caso, un 57 por ciento habla de ellos como personas «inteligentes» y otro 50 por ciento los identifica como individuos «trabajadores», frente al 36 y 28 por ciento que suscribía tales afirmaciones en la pregunta referida a los ricos en general. El mayor contraste se aprecia, en cualquier caso, en el número de personas que define a los ricos como «honrados». Frente al 4 por ciento que se obtenía en la pregunta acerca de los ricos en general, el porcentaje sube al 23 por ciento cuando se pregunta por ricos a quienes los chilenos conocen de forma directa.

Gráfico 6. Percepciones generales y personales de los ricos.

En primer lugar, se formuló la pregunta: «¿Cuáles de los siguientes adjetivos suelen aplicarse con más frecuencia a las personas ricas?». En segundo lugar, se

pidió una nueva respuesta a aquellas personas que dicen conocer personalmente a alguien considerado rico (con activos de más 200 millones de pesos), mediante la siguiente pregunta: «Piense en una persona muy rica, que posee más de 200 millones y a la que conoce en persona. ¿Cuáles de los siguientes calificativos se aplican mejor a esa persona?».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

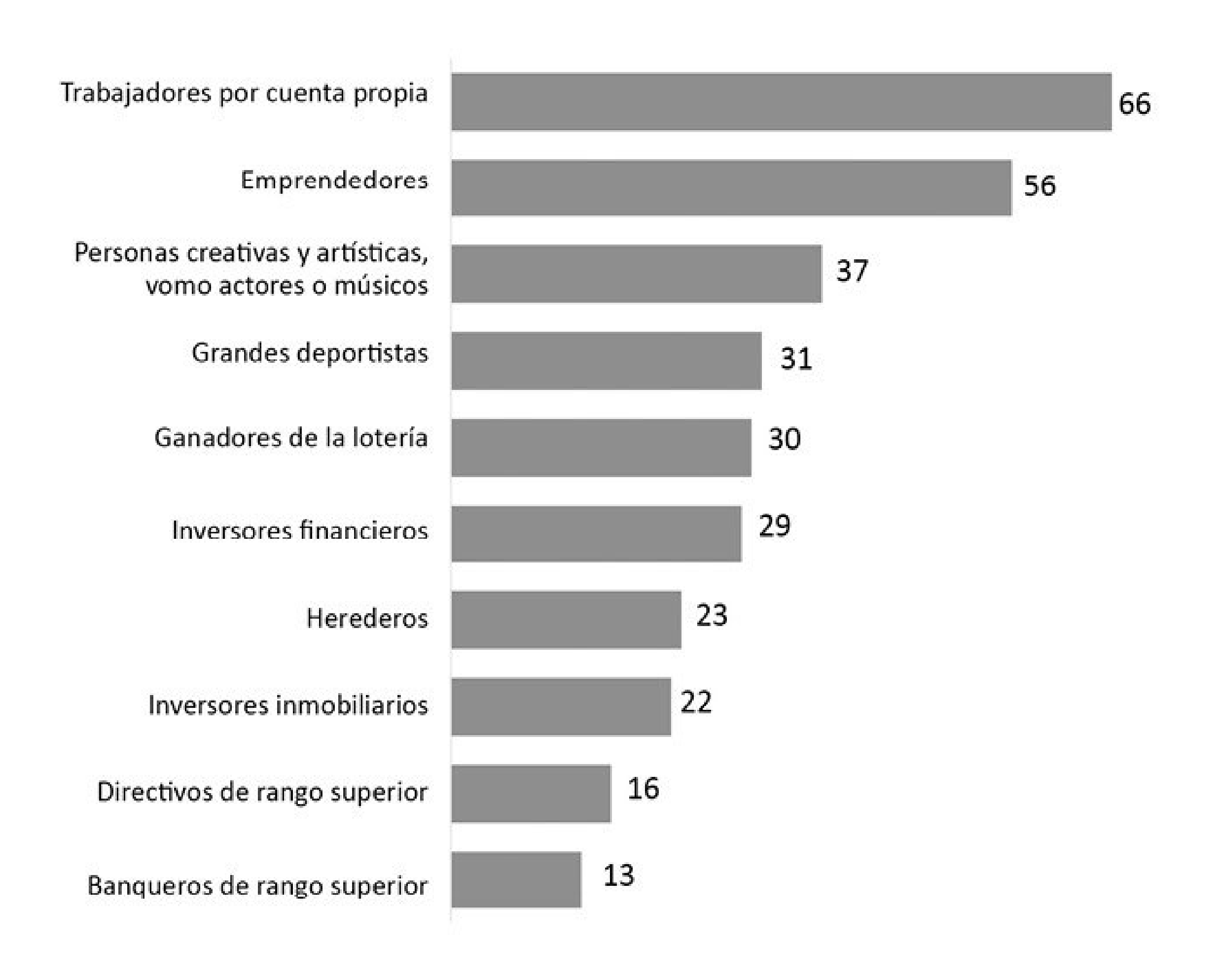
Así y todo, estos resultados no resultan tan sorprendentes. La literatura acerca de los prejuicios que tienen aquellas personas que no tienen contacto personal con los miembros de grupos minoritarios demuestra que tienen muchas más probabilidades de juzgar a tales colectivos de manera desfavorable que las personas que sí mantienen contacto personal con dichos grupos minoritarios.

Por otra parte, las actitudes hacia los ricos varían ampliamente también dependiendo de cómo adquirieron su riqueza. Cuando se pregunta a los encuestados qué grupos de personas son más merecedores de ser ricos, sus respuestas difieren considerablemente. Los grupos que logran un mayor respaldo

son los emprendedores (56 por ciento) y los «trabajadores por cuenta propia» (66 por ciento). El 37 por ciento de los chilenos cree que las «personas creativas y artistas, como actores o músicos» merecen su riqueza, mientras que el 31 por ciento opina que los «grandes deportistas» merecen ser ricos y otro 30 por ciento piensa lo mismo respecto de los «ganadores de la lotería». Como en la mayoría de los demás países, los «directivos de rango superior» (16 por ciento) y los «banqueros de rango superior» (13 por ciento) aparecen al final de la lista de personas que los chilenos creen que merecen ser ricos (gráfico 7).

Gráfico 7. ¿Quién merece ser rico?

«¿Cuáles de los siguientes grupos de personas considera personalmente que merecen ser ricos?».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

EL ROL DE LA ENVIDIA SOCIAL

¿Qué papel juega la envidia en las actitudes sociales hacia los ricos? Lamentablemente, no podemos medir la envidia preguntando simplemente a cada persona si es o no envidiosa, puesto que sabemos por distintas investigaciones científicas sobre la envidia, que este es un rasgo negativo que la mayoría de las personas considera muy difícil de admitir[131]. «Hoy en día somos generalmente reticentes e inhibidos cuando se trata de imputarnos motivaciones envidiosas», señaló el sociólogo Helmut Schoeck en su libro Envy: A Theory of Social Behaviour[132]. Por lo mismo, la envidia es la emoción más comúnmente negada, reprimida y «enmascarada».

En un artículo de 1972 titulado The Anatomy of Envy: A Study in Symbolic Behavior («La anatomía de la envidia: un estudio del comportamiento simbólico»), George M. Foster afirma que, en todas las culturas, la gente tiende a ser muy reacia a la hora admitir que siente envidia. Durante un período de varios años, Foster preguntó a sus estudiantes universitarios sobre sus sentimientos de envidia. Alrededor del 50 por ciento dijo que prácticamente nunca sentía algo así, el 40 por ciento dijo que solo era moderadamente u ocasionalmente envidioso y apenas un 10 por ciento se describió a sí mismo con bastante o muy envidioso»[133].

Dado que es más probable que las personas nieguen la envidia que cualquier otra emoción, entonces la envidia no se puede medir preguntando si alguien lo es. Solo se pueden lograr resultados más realistas, haciendo preguntas indicativas cuyas respuestas sugieran que la persona tiene envidia.

El ensayista y político español Gonzalo Fernández de la Mora también subraya que la envidia es una emoción fuertemente negada: «se puede admitir la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula y la pereza y hasta se puede presumir de ellas. Solo hay un pecado capital que nadie admite: la envidia. Este es el pecado oscuro, escondido, eternamente enmascarado. Uno

trata de ocultarlo a los demás con múltiples disfraces; su símbolo debería ser una máscara. El envidioso evita ver esta emoción tal cual es y la entierra en el subconsciente o la racionaliza para distorsionarla. Las personas ocultan su envidia y, además, la repudian»[134].

Una de las razones de este ocultamiento sería que cuando alguien admite públicamente estar motivado por la envidia, cualquier acción que tome para eliminar la causa de su envidia se consideraría socialmente ilegítima. Cuando la envidia se vuelve reconocible como tal, o se comunica abiertamente, entonces el envidioso automáticamente descalifica la intención de satisfacerla o eliminarla»[135].

Foster explica que la envidia está cargada de miedo. Las personas temen ser envidiadas por lo que tienen y quieren protegerse de las consecuencias de la envidia de los demás. Al mismo tiempo, las personas también temen ser acusadas de envidiar a los demás y tienen miedo de admitirse a sí mismas que tienen envidia[136].

De igual modo, Foster se pregunta por qué las personas pueden admitir sentimientos de culpa, vergüenza, orgullo, codicia e incluso ira sin perder la autoestima, pero les resulta casi imposible admitir sentimientos de envidia. Él ofrece la siguiente explicación: cualquiera que admita ante sí mismo y ante los demás que tiene envidia también está admitiendo que se siente inferior. Precisamente por eso es tan difícil reconocer y aceptar la propia envidia. «Pero al reconocer la envidia en sí mismo, una persona está reconociendo inferioridad con respecto a otra; se mide a sí mismo con otra persona y se encuentra deficiente. Creo que es esta admisión implícita de inferioridad, más que la admisión de envidia, lo que nos resulta tan difícil de aceptar»[137].

Foster cita al psicólogo Harry Stack Sullivan para plantear un tema clave para explorar la cuestión de la envidia dirigida a las personas ricas. La envidia comienza cuando una persona reconoce que otra persona tiene algo que también le gustaría tener. Este reconocimiento nos conduce necesariamente a una serie de preguntas complejas. Así lo explica Sullivan: «¿por qué yo no tengo lo que él/ella tiene?», ¿por qué otros han tenido éxito a la hora de lograr lo que yo no he conseguido?», etc. Ese debate interno explica por qué la mayoría de la gente no quiere admitir que tiene envidia:

«la envidia no es agradable porque cualquier formulación de la misma y cualquier proceso implícitamente relacionado con ella comienza necesariamente con el reconocimiento de que necesitamos o queremos algo, alguna cosa material, que, desafortunadamente, no tenemos y, en cambio, alguien más sí tiene. Esto nos lleva fácilmente a la siguiente pregunta: «¿por qué no lo tengo?». Y tal debate interno es suficiente, en algunos casos, para provocar inseguridad o ansiedad, porque aparentemente el otro es mejor que nosotros a la hora de hacerse con eso que deseamos, lo que nos hace sentir aún más inferiores»[138].

La encuesta de Ipsos MORI sobre las actitudes hacia los ricos contenía tres afirmaciones que recogen aspectos propios de la envidia y el schadenfreude. Las dos primeras son las siguientes:

1- «¿En qué medida está usted de acuerdo o en desacuerdo con esta afirmación: Creo que sería justo aumentar los impuestos considerablemente para los millonarios que poseen más de 200 millones de pesos, incluso si no me beneficiara personalmente de ello».

2- «¿En qué medida, si es el caso, está de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente afirmación?: «Cuando oigo a una persona muy rica que posee más de 200 millones de pesos decir que ha perdido mucho dinero porque tomó una decisión empresarial arriesgada, pienso: ¡Se lo merece!». ¿Está usted de acuerdo, más bien de acuerdo, más bien en desacuerdo, en desacuerdo o ni de acuerdo ni en desacuerdo?

A ambas se suma una tercera afirmación:

3- «¿Estaría a favor de reducir drásticamente los salarios de esos directivos y redistribuir el dinero de forma más equitativa entre los empleados, incluso si eso significara que solo ganasen unos pocos de pesos más al mes?».

Pedir un posicionamiento ante estas afirmaciones es relevante porque, como ya mencionamos, la envidia social se caracteriza porque el envidioso no quiere mostrarse así ni mejorarse a sí mismo, sino que más bien exhibe envidia en relación con lo que el otro tiene y él desea arrebatarle, incluso si ello no se traduce en un beneficio directo para el envidioso. En consecuencia, como han demostrado las investigaciones acerca de estos

temas, la envidia y el schadenfreude están estrechamente relacionados. Sin embargo, es posible que mostrarse de acuerdo con uno solo de estos tres elementos no sea necesariamente una reacción que se pueda explicar en base a la envidia. Es posible que otros motivos desempeñen un papel y expliquen las respuestas ofrecidas puesto que, de forma aislada, ninguna de estas tres afirmaciones puede ser tomada como un indicador definitivo de que, en efecto, estamos ante sentimientos propios de la envidia. En cambio, si alguien está de acuerdo con dos o tres de estas afirmaciones, es mucho más probable que la envidia forje la imagen que tiene esa persona de los ricos —especialmente en comparación con alguien que no está de acuerdo con ninguna o con solo una de estas afirmaciones—. Por eso, para categorizar a los encuestados, puede ser más útil determinar con cuántas de estas declaraciones están de acuerdo, en vez de estudiar con cuáles de estas declaraciones están específicamente de acuerdo.

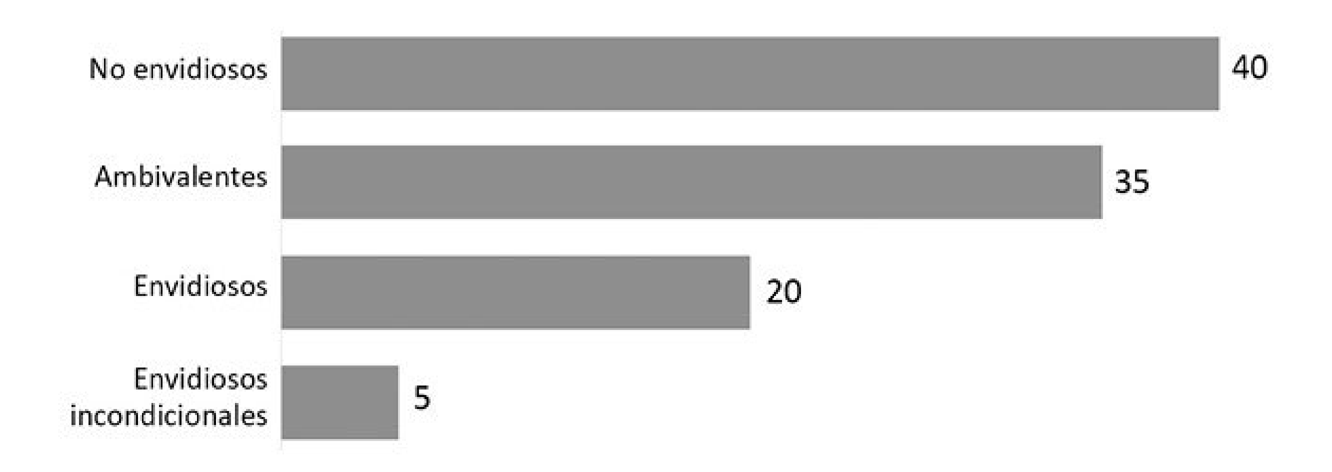
Para facilitar el análisis, las tres preguntas y afirmaciones mencionadas se combinan para formar una suerte de escala, de manera que cada encuestado recibe una puntuación sobre la base de sus respuestas a estas tres preguntas[139]. De esto se derivan tres grupos:

1.Personas con envidia social. Estos son los participantes en el sondeo que se muestran de acuerdo con al menos dos de las tres preguntas anteriores. La cuarta parte (25 por ciento) de los chilenos pertenecen a este grupo. Dentro de este colectivo, hay un subgrupo de personas incondicionalmente envidiosas que se mostraron de acuerdo con las tres preguntas (son el 5 por ciento de los chilenos y nos referiremos a ellos como «incondicionalmente envidiosos»).

2.Personas ambivalentes. Estos encuestados estuvieron de acuerdo con una de las afirmaciones que nos permiten medir la envidia. Este grupo representa aproximadamente a un tercio de los chilenos (35 por ciento).

3.Personas no envidiosas. Son los participantes en la encuesta que no se pronunciaron de acuerdo con ninguna de las afirmaciones formuladas. Este es el grupo más grande (40 por ciento de los chilenos).

Gráfico 8. Distribución de los encuestados chilenos según su posición en la Escala de Envidia Social.



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que entran en cada categoría.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Las respuestas que ofrecen estos tres grupos difieren considerablemente en casi todos los puntos. Para ilustrar estas diferencias, comparemos las posturas expresadas por los envidiosos sociales (que se mostraron de acuerdo con al menos dos de las tres preguntas) con las de los no envidiosos (que no estuvieron de acuerdo con ninguna de las preguntas sobre envidia).

El Coeficiente de Envidia Social, que se desarrolló específicamente para este estudio, indica la proporción de envidiosos y no envidiosos que hay en cada país. Para Chile, este cálculo arroja un coeficiente de 0,6. Su valor será importante más adelante, porque será utilizado para establecer la comparación con los demás países. Para determinar las actitudes generales hacia los ricos y comparar los datos a nivel internacional, también se ha construido el Índice de Percepción Social de los Ricos (Rich Sentiment Index, RSI), que combina el Coeficiente de Envidia Social (Social Envy

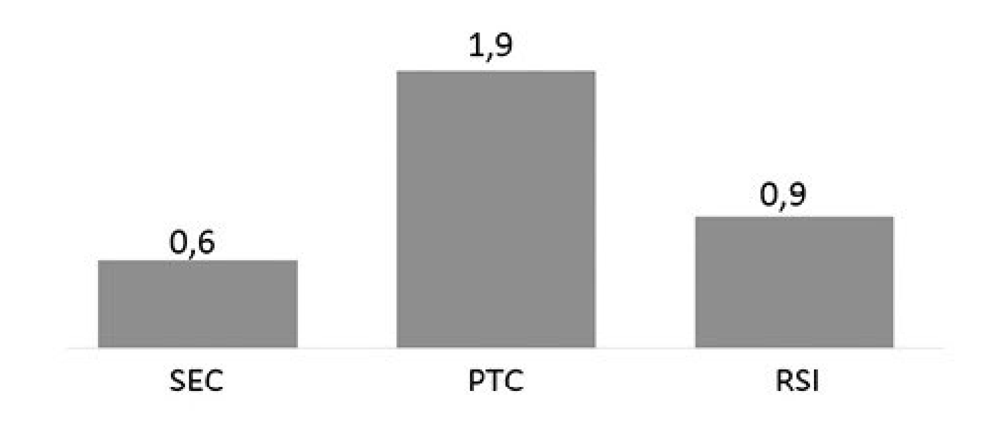
Coefficient, SEC) con el Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC), como se muestra en el gráfico 9.

Gráfico 9. Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI). ¿Qué piensan los chilenos de los ricos?

Coeficiente de Envidia Social, ajustado según el Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC): RSI = (3SES + PTC): 4.

Si IPSR > 1 -> Los aspectos negativos superan a los positivos.

Si IPSR <1 -> Los aspectos positivos superan a los negativos.

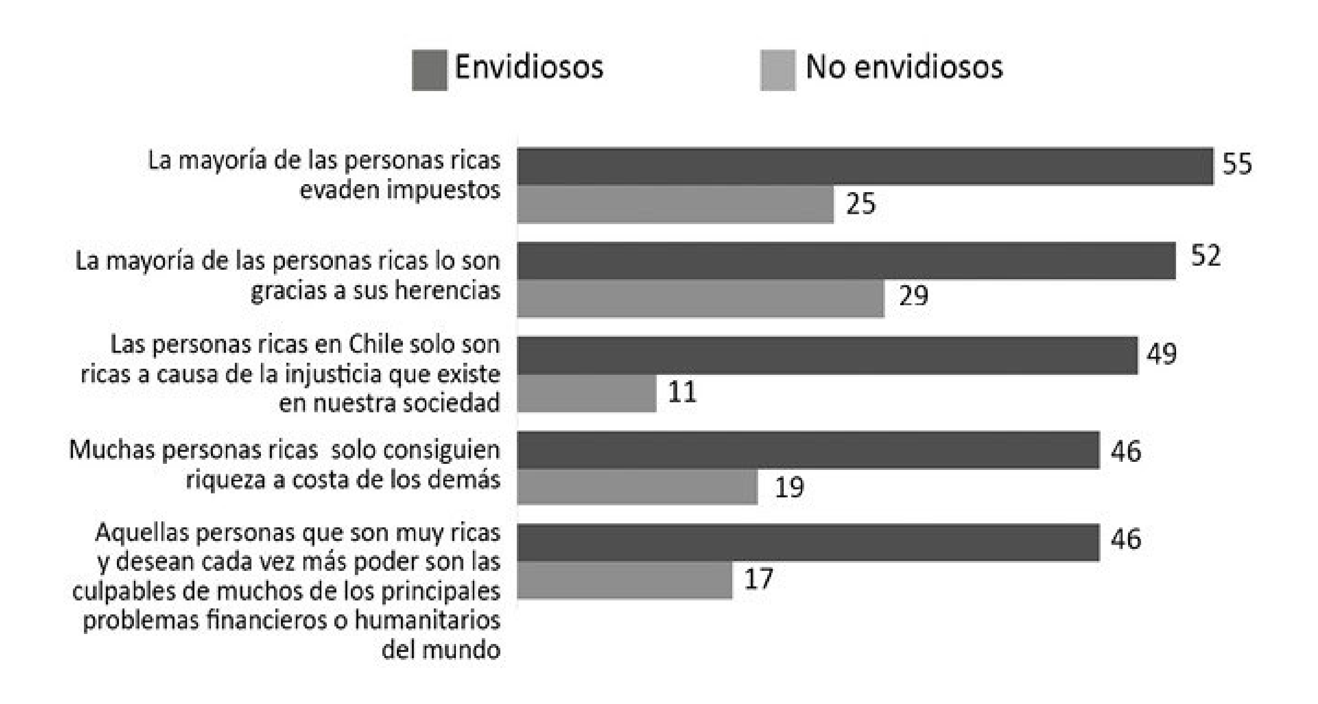


Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

El gráfico 10 muestra qué elementos provocaron mayores diferencias en las respuestas de los envidiosos y los no envidiosos:

Gráfico 10. Respuestas a las afirmaciones sobre los ricos, en la Escala de Envidia Social.

«A continuación, verá una serie de afirmaciones que hace la gente sobre las personas ricas. ¿Con cuáles de las afirmaciones estaría de acuerdo?».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Es natural que los grupos sociales que perciben a un colectivo como un segmento de personas con mayor éxito económico y una inteligencia superior desarrollen estrategias de compensación orientadas a mantener su propia autoestima. También es natural que los miembros de los estratos sociales más altos puedan aceptar más fácilmente los criterios para las

clasificaciones sociales, por ejemplo, el éxito económico o la educación, porque ellos mismos están en la parte superior de la jerarquía.

Sabemos que las personas se comparan con los demás constantemente y de forma automática, a menudo incluso inconscientemente. Si los resultados de esta comparación son desfavorables, aquella persona que se siente inferior desarrollará estrategias para compensar ese sentimiento. «Incluso si nos vemos obligados a compararnos con los demás, podemos actuar sobre una decepción al bajar nuestros estándares, dejar de compararnos tanto o directamente cambiar de tema. Por eso podemos ver que, por ejemplo, lo académico de repente pase a importar menos y lo deportivo sea súbitamente más valorado», apunta Fiske[140].

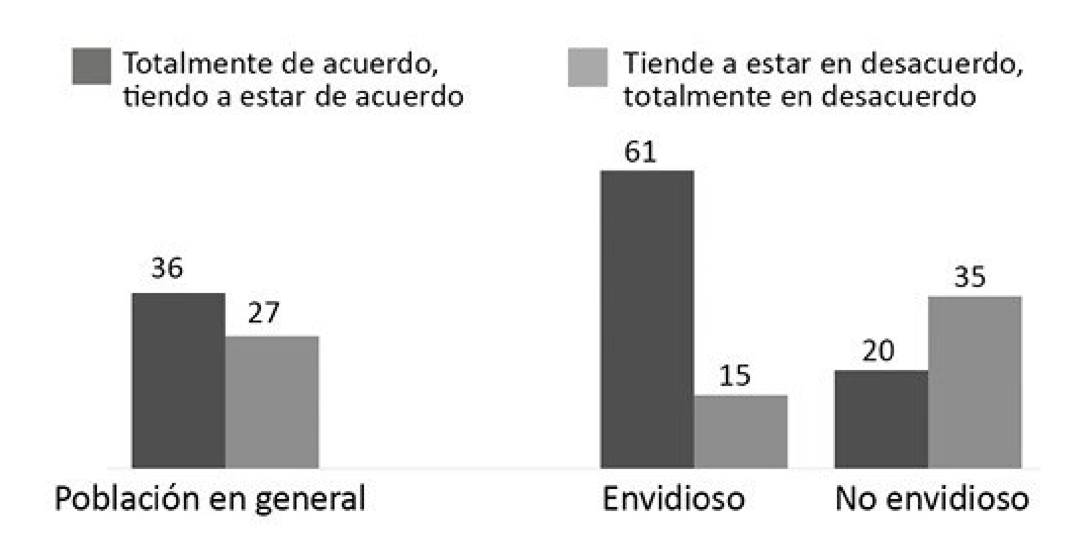
Una posible estrategia para blindar la autoestima es cambiar la base de comparación. Cuando alguien reconoce que los resultados de la comparación son desfavorables, siempre puede reaccionar decidiendo que la categoría en la que se ha establecido la medición no es tan relevante. Tal estrategia está orientada a compensar la superioridad de la otra persona en ese dominio[141].

Los estudios muestran que los miembros de las clases sociales más altas tienen una mayor tendencia a diferenciarse de otros grupos por motivos socioeconómicos y culturales, mientras que los miembros de las clases sociales más bajas tienen una mayor tendencia a basarse en criterios morales. El énfasis en los criterios morales sirve como criterio alternativo para los las personas ligadas a las clases medias o bajas, al permitirles ubicarse por encima de quienes los superan en las dimensiones socioeconómica y cultural[142].

Los envidiosos sociales tienden a menospreciar a los exogrupos por motivos morales porque esto les ayuda a proteger su propia autoestima frente a la superioridad (económica) del otro colectivo. En suma, un 36 por ciento de la población chilena considera que «los ricos son buenos para ganar dinero, pero por lo general no son personas decentes». En términos de posición en la Escala de Envidia Social, el 61 por ciento de los envidiosos sociales respaldan esta afirmación, frente al 20 por ciento de los que no pueden considerarse envidiosos según el sondeo (ver gráfico 11).

Gráfico 11. Envidia social y tendencia a negar que los ricos suelen ser gente decente.

Indique en qué medida está usted de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente afirmación: «A las personas ricas se les da bien ganar dinero, pero no suelen ser personas decentes».



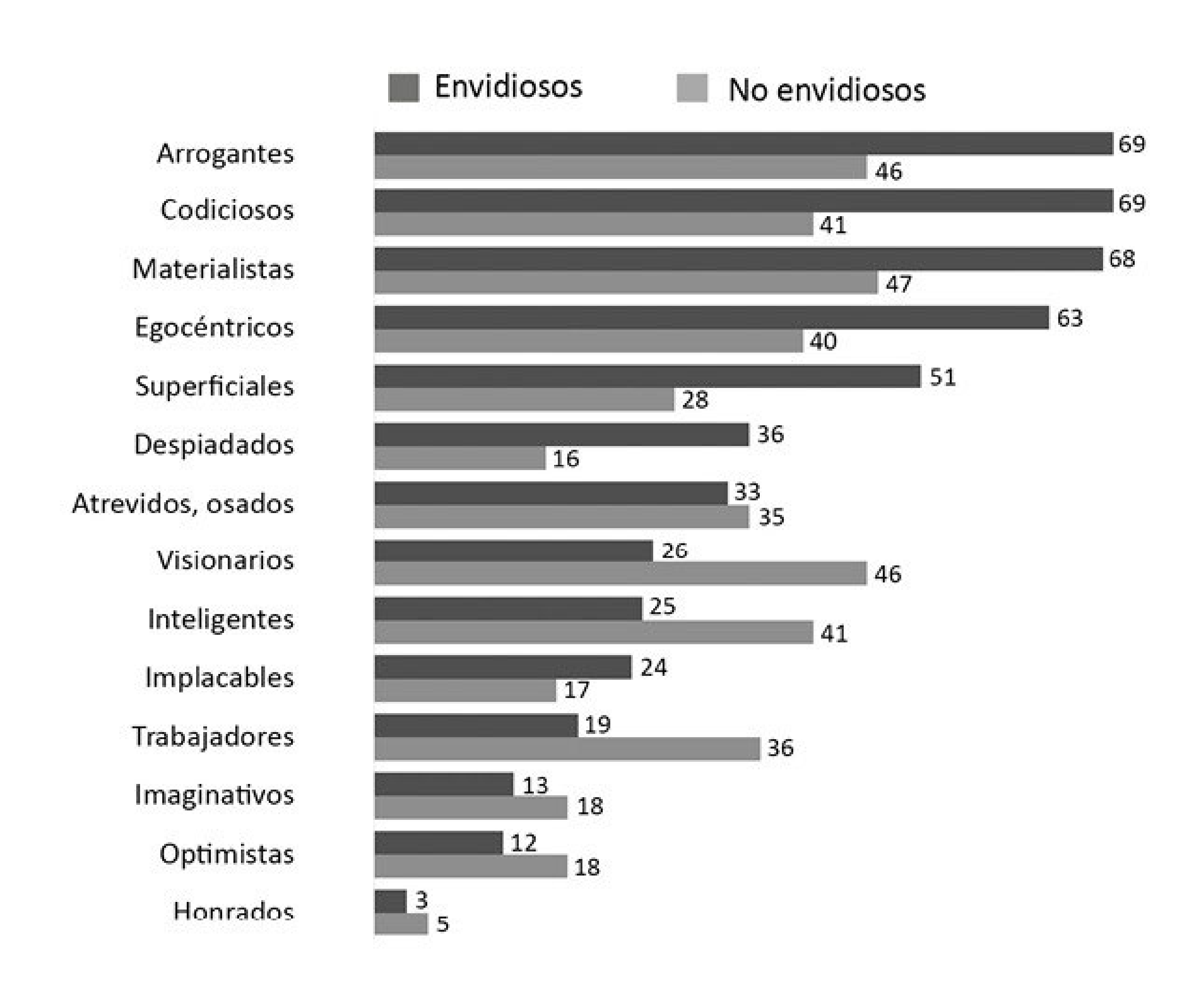
Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

En todas las demás cuestiones existe también una marcada división entre los envidiosos sociales y los no envidiosos. Esto es evidente, por ejemplo, en los rasgos de personalidad que ambos grupos atribuyen a los ricos: el 69 por ciento de los envidiosos cree que las personas ricas son «codiciosas», en comparación con el 41 por ciento de los no envidiosos. Otro ejemplo: el 19 por ciento de los envidiosos sociales dicen que las personas ricas son «trabajadoras», en comparación con el 36 por ciento de los no envidiosos (ver gráfico 12).

Gráfico 12. Rasgos de personalidad atribuidos a los ricos, según posición en la Escala de Envidia Social.

«¿Cuáles de los siguientes adjetivos suelen aplicarse con más frecuencia a las personas ricas?».

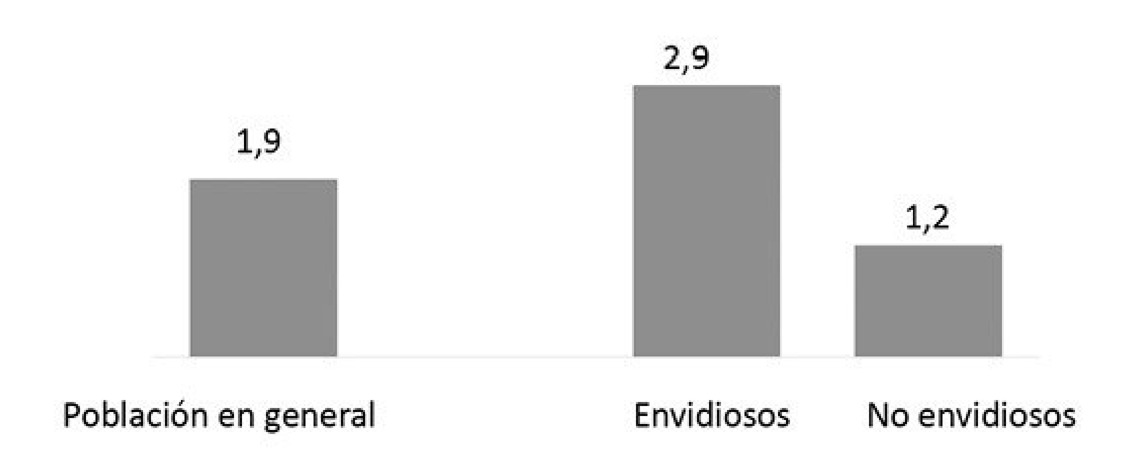


Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

En consecuencia, existe una significativa diferencia entre los coeficientes de rasgos de personalidad (que representan las evaluaciones de los encuestados sobre los rasgos de personalidad de las personas ricas) que obtienen los envidiosos y los que reciben los no envidiosos. Como ya hemos visto, el coeficiente para Chile en su conjunto es de 1,9 puntos. Pues bien, mientras que para los envidiosos es de 2,9, en el caso de los no envidiosos es de 1,2, casi tres veces menos (ver gráfico 13).

Gráfico 13. Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) según posición en la Escala de Envidia Social.



Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Los ricos sirven a menudo como chivos expiatorios. Muchas personas tienden a explicar eventos complejos (como crisis económicas y otros episodios negativos) atribuyendo la culpa a ciertas personas o grupos que creen que ejercen tanto poder que pueden haber causado deliberadamente tales sucesos adversos.

El científico social Peter Glick cita el modelo de contenido estereotipado y concluye que «aquellas minorías que detentan un elevado estatus social o que son consideradas poderosas (por ejemplo, los ricos) están sujetas a prejuicios envidiosos en la medida en que se considera que compiten o amenazan al grupo dominante. Aunque puedan ser admirados por su éxito, también pueden sufrir el resentimiento de quienes ocupan una posición inferior. Así, serán estereotipados como personas altamente competentes pero con motivaciones maliciosas u hostiles. Como las minorías envidiadas tienen el poder y la intención de causar daño, corren el riesgo de ser culpadas de causar frustraciones a nivel de grupo»[143].

Según Glick, es especialmente en situaciones de crisis cuando las personas buscan chivos expiatorios, porque la mayoría de las personas no llegan a comprender las verdaderas causas complejas de tales situaciones:

En su búsqueda colectiva de explicaciones plausibles y posibles cursos de acción, muchas personas pueden llegar a conclusiones inexactas, incluso aquellos que tienen información de mejor calidad o simplemente diferente pueden caer en estos planteamientos objetivamente ridículos que convierten a un grupo inocente en un chivo expiatorio. Tales atribuciones incorrectas pueden darse porque la información y las capacidades cognitivas de las personas para procesar esa información son limitadas, especialmente si hablamos de problemas a gran escala en sociedades modernas y complejas. Por ejemplo, incluso los economistas profesionales pueden ser incapaces de explicar adecuadamente una crisis económica (…). Por eso, los chivos expiatorios atraen más seguidores, al ofrecer explicaciones y soluciones más simples y culturalmente plausibles que pretenden explicar eventos negativos que ha enfrentado la sociedad»[144].

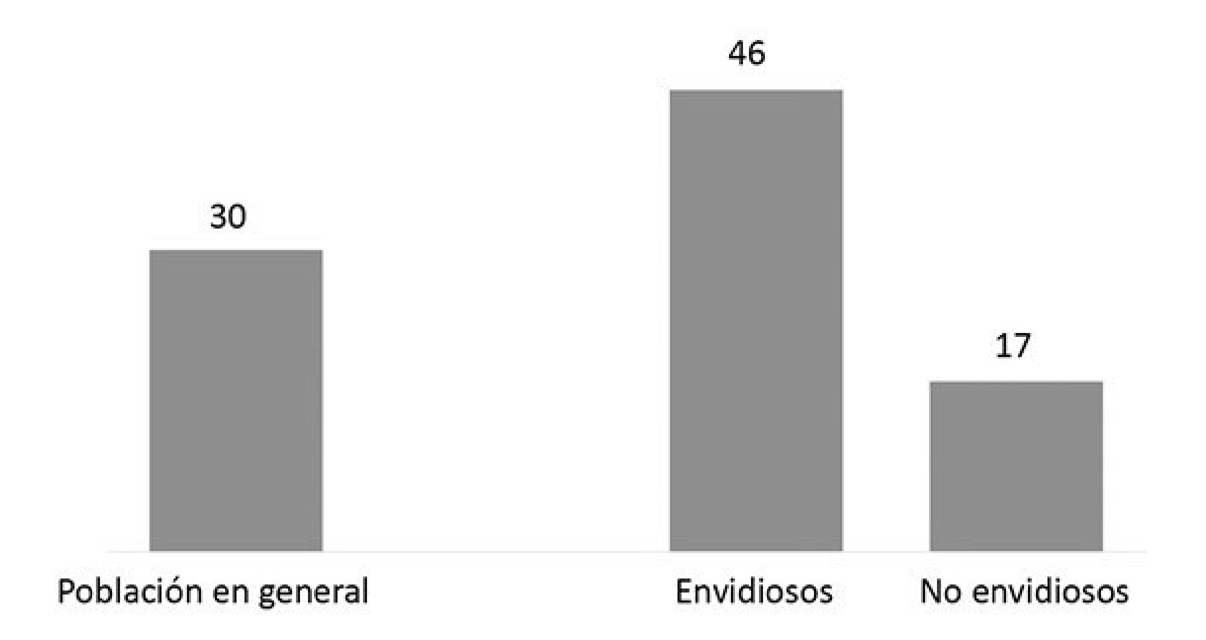
Glick rechaza la tesis según la cual las minorías débiles e indefensas siempre son elegidas como chivos expiatorios. De hecho, afirma que suele ocurrir justo lo contrario: «es precisamente el poder percibido de un grupo (y no su debilidad percibida) lo que hace que sea más probable que se convierta en un chivo expiatorio»[145]. Como ejemplos, Glick cita lo ocurrido con los armenios en Turquía, los judíos en Alemania, los tutsis en Ruanda o los ricos e intelectuales en Camboya. En todos estos casos, los grupos económicamente exitosos fueron erigidos en chivos expiatorios que luego terminaron siendo asesinados[146]. «¿Es la vulnerabilidad percibida un factor

clave, entonces? No, de hecho ocurre precisamente lo contrario: los grupos elegidos como chivos expiatorios son aquellos a los que se percibe (a menudo falsamente) como poderosos y malévolos»[147].

La investigación sobre la percepción de los chilenos sobre los ricos, describe un vínculo claro entre la envidia y el señalamiento de chivos expiatorios. En general, el 30 por ciento de los chilenos se adhiere a tesis basadas en la identificación de chivos expiatorios a los que endosar los problemas: «aquellas personas que son muy ricas y desean cada vez más poder son las culpables de muchos de los principales problemas financieros o humanitarios del mundo». Solo el 17 por ciento de los chilenos no envidiosos suscriben esta tesis del chivo expiatorio, en comparación con el 46 por ciento de sus compatriotas que pueden clasificarse como envidiosos sociales (ver gráfico 14).

Gráfico 14. Envidia social y tendencia a identificar chivos expiatorios.

Porcentaje de personas que están de acuerdo con la siguiente afirmación: «Aquellas personas que son muy ricas y desean cada vez más poder son las culpables de muchos de los principales problemas financieros o humanitarios del mundo».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Los envidiosos exhiben una tendencia mucho mayor a creer que la vida es un juego de suma cero. En psicología, un juego de suma cero es aquel en el que la suma de los pagos que cruzan los distintos jugadores es cero. Dicho de otro modo, la ganancia de un jugador supone automáticamente una pérdida para otro participante. Los juegos de suma distinta de cero o suma positiva son, en cambio, aquellos en los que la suma de pagos que cruzan los jugadores no es constante. En tales juegos, una parte puede salir ganando sin que la otra pierda y también podemos ver que ambas partes salgan ganando como resultado del intercambio.

Los investigadores que han abordado estos temas creen que la tendencia a considerar la vida en términos de suma cero hunde sus raíces en sociedades pasadas en las que las estrecheces derivadas de unos recursos muy limitados eran la norma. «Cuando los recursos son limitados, la asignación de recursos

deseables significa que esos recursos se agotarán más rápidamente», escribe Paul H. Rubin[148].

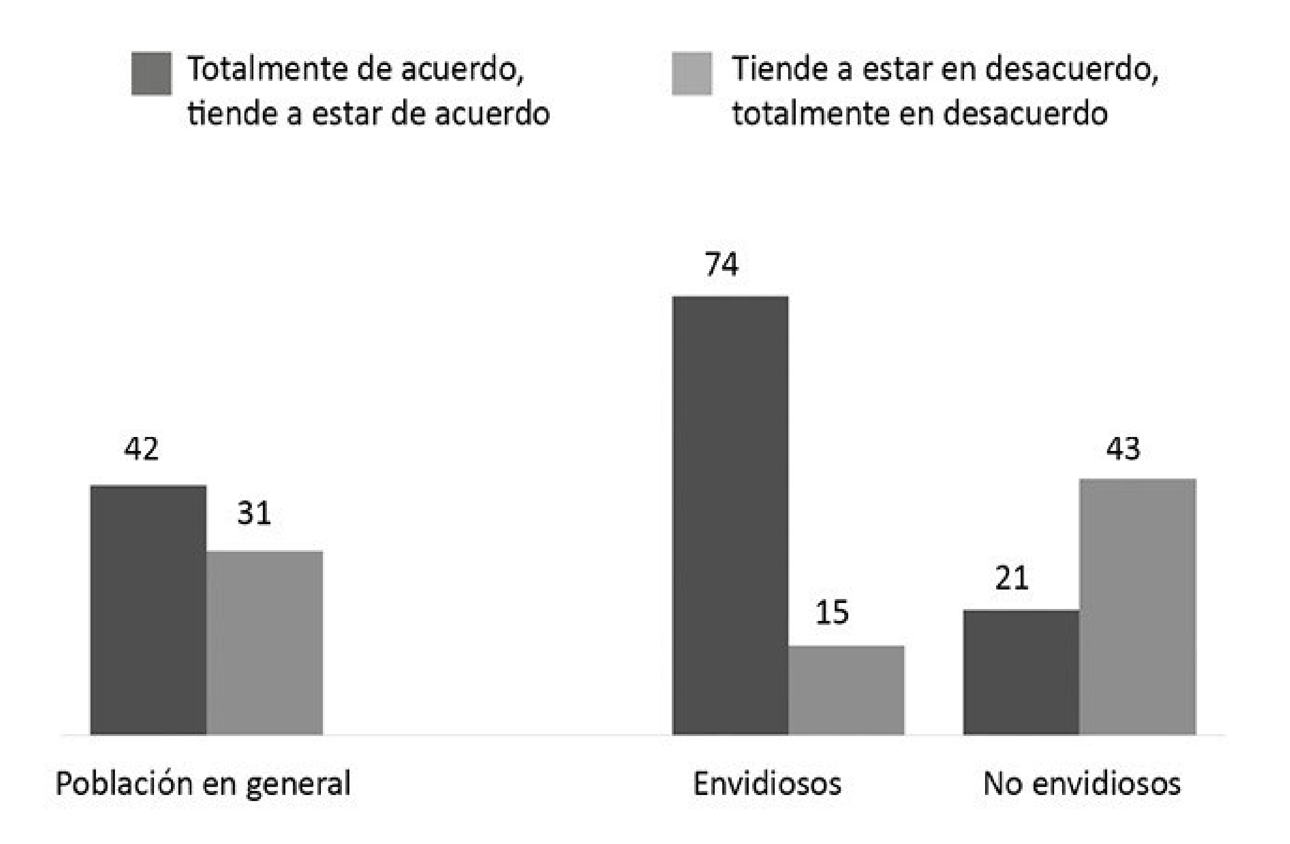
Este economista estadounidense ha demostrado que los debates económicos populares se centran casi por entero en la cuestión de la distribución de la riqueza, ignorando el proceso de creación de esa riqueza[149]. Como apunta Rubin:

La conversación cotidiana sobre la economía gira en torno a la asignación de la riqueza, ignorando la cuestión de su producción. Personas ingenuas o carentes de formación específica en economía piensan que los precios asignan la riqueza pero no influyen en la asignación de recursos ni en la producción de bienes y servicios. En esa forma de entender la economía, la cantidad comercializada de un bien es fija y no depende del precio. Además, cada individuo se ocupa de la distribución de la riqueza y la renta, y no de las ganancias de eficiencia derivadas de la actividad económica. Se concibe la economía, pues, como un juego de suma cero en el que el principal problema económico de cada individuo es maximizar su riqueza. Uno de los bienes comercializados es el trabajo, por lo que el número de puestos de trabajo también se considera fijo y, si una persona consigue un trabajo, entonces tendemos a creer que otra persona deberá perderlo[150].

En Chile, hay un 42 por ciento de los ciudadanos que creen que, «cuanto más tienen los ricos, menos hay para los pobres». Esta afirmación es rechazada por el 31 por ciento de la sociedad. Entre los no envidiosos, solo el 21 por ciento está de acuerdo con esta declaración de suma cero, mientras que el 43 por ciento la rechaza. Por el contrario, entre los envidiosos sociales, el 74 por ciento suscribe esta declaración propia de un pensamiento de suma cero y solo el 15 por ciento la rechaza (gráfico 15).

Gráfico 15. Envidia social y creencia en la economía como un juego de suma cero.

«Indique en qué medida está usted de acuerdo o en desacuerdo con la afirmación: ‘Cuanto más tienen los ricos, menos hay para los pobres?’».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

IMPUESTOS, SALARIOS DE DIRECTIVOS Y FILANTROPÍA

Respecto al tema de los impuestos y las personas que tienen más, los chilenos están divididos. El 41 por ciento de los chilenos opina que «los ricos no solo deberían pagar impuestos elevados, sino muy elevados. De esta manera, el Estado puede garantizar que la brecha entre los ricos y los pobres no se agrande excesivamente en nuestro país». En cambio, el 38 por ciento piensa que «los impuestos a los ricos deben ser altos, pero no excesivamente, ya que, por lo general, han trabajado duramente para ganarse su riqueza y el Estado no debería quitarles demasiado».

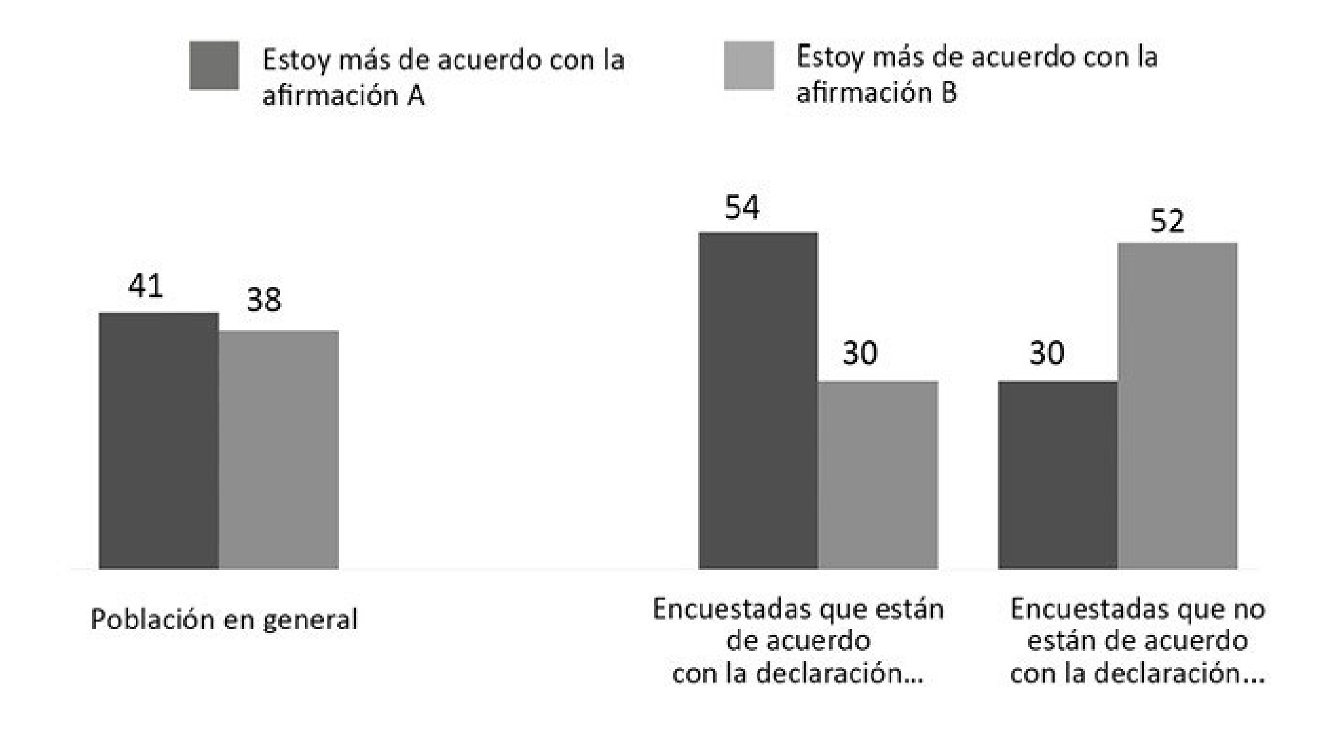
Entre las personas que se adhieren al pensamiento de suma cero, un 54 por ciento está a favor de aplicar subidas drásticas de impuestos a los ricos y, por tanto, suscriben la primera declaración, en comparación con el más reducido porcentaje del 30 por ciento que da por buena esta propuesta entre los participantes en la encuesta que no se adhieren a las creencias de suma cero (ver gráfico 16).

Gráfico 16. ¿Hay que aplicar impuestos altos o muy altos a los ricos?

«En conjunto, ¿con cuál de las siguientes afirmaciones está más de acuerdo?»

A: «Los ricos no solo deberían pagar impuestos elevados, sino muy elevados. De esta manera, el Estado puede garantizar que la brecha entre los ricos y los pobres no se agrande excesivamente en nuestro país».

B: «Los impuestos a los ricos deben ser altos pero no excesivamente ya que, por lo general, han trabajado duramente para ganarse su riqueza y el Estado no debería quitarles demasiado».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Los altos salarios de los gerentes empresariales son criticados en muchos países, no solo en Chile. Como hemos visto, cuando se preguntó quién merece ser rico, encontramos que los altos directivos están muy abajo en el ranking. Así pues, se planteó a los encuestados dos declaraciones acerca de la remuneración de los cargos dirigentes del sector productivo que se detallan a continuación. Basándose en ambos casos en el supuesto comúnmente citado desde voces críticas que hablan de directivos ganando diez veces más que sus empleados:

-«Creo que no es apropiado que los directivos ganen tanto porque no trabajan mucho más tiempo ni se esfuerzan más que sus empleados».

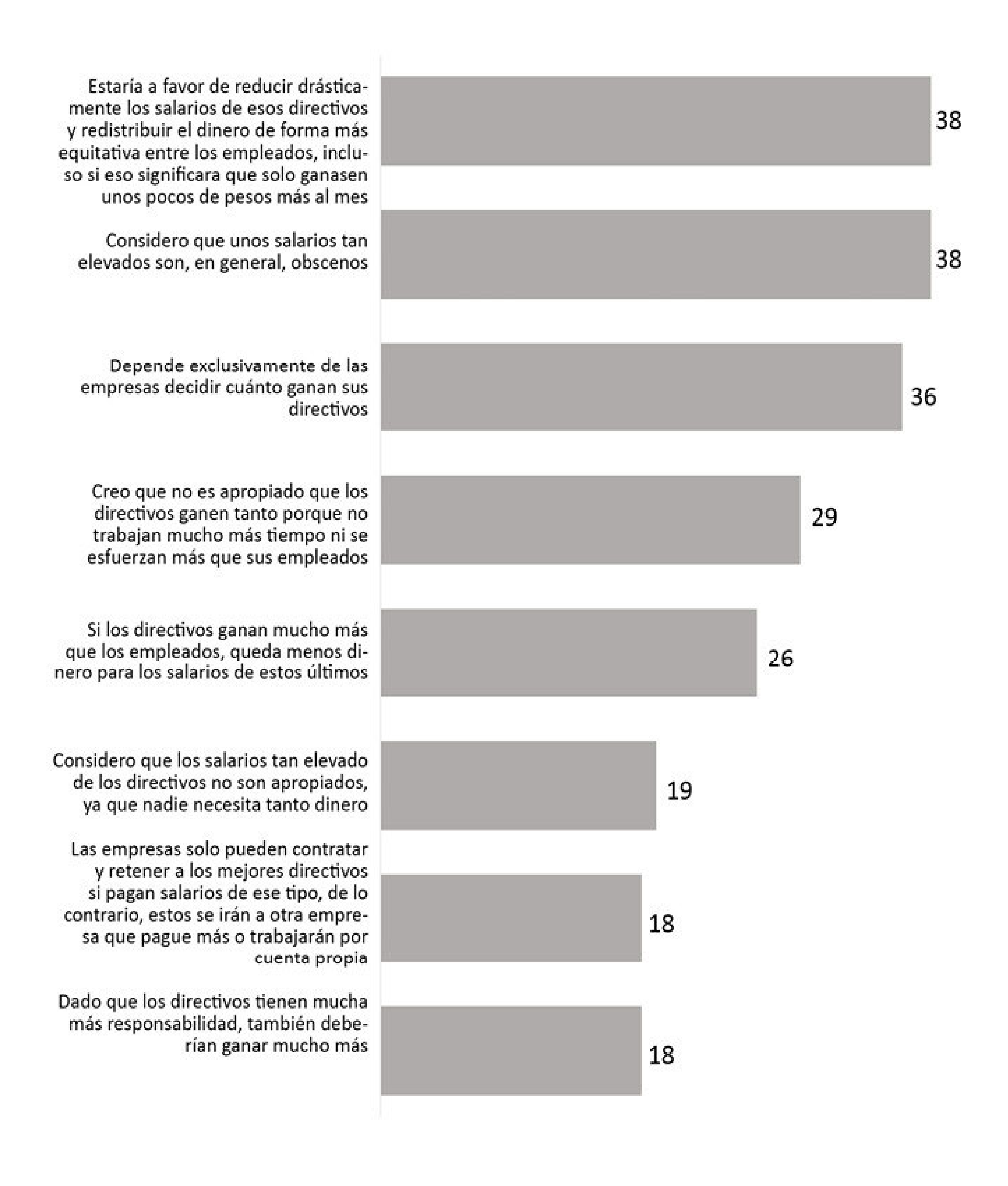
-«Las empresas solo pueden contratar y retener a los mejores directivos si pagan salarios de este tipo, de lo contrario, estos se irán a otra empresa que pague más o trabajarán por cuenta propia».

En Chile, el 29 por ciento de los encuestados está de acuerdo con la primera afirmación (es decir, casi un tercio considera inapropiado que los gerentes ganen tanto porque, después de todo, opinan que no trabajan tanto más, ni mucho más duro que sus empleados). Esto refleja la típica «mentalidad de trabajador», según la cual los salarios se determinan (o deberían determinarse) principalmente sobre la base de cuánto tiempo y cuánta cantidad trabaje alguien.

Los empleados, por lo tanto, proyectan sus propios parámetros de desempeño y remuneración a los gerentes de alto nivel y creen que debe haber una estrecha relación entre la intensidad y la duración de su jornada laboral, por un lado, y el salario obtenido, por el otro. Con respecto a los salarios de los gerentes de alto nivel, los encuestados claramente no aprecian que exista tal vínculo. Por lo tanto, concluyen que los salarios de los gerentes son excesivos, porque ningún gerente trabaja cien veces más tiempo o cien veces más duro que un empleado promedio. Asimismo, los encuestados no parecen tomar en consideración que los salarios de los gerentes de alto nivel están determinados por la oferta y la demanda en el mercado de ejecutivos de primer nivel, mucho más competitivo que el de contratación de trabajadores al uso. Solamente el 18 por ciento de los encuestados chilenos se mostró de acuerdo con la afirmación de que «las empresas solo pueden contratar y retener a los mejores directivos si pagan salarios de este tipo», puesto que «de lo contrario, estos se irán a otra empresa que pague más o trabajarán por cuenta propia» (ver gráfico 17).

Gráfico 17. Actitudes hacia los directivos empresariales.

«A continuación hay una serie de afirmaciones sobre las diferencias en las ganancias observadas en los cargos directivos, que ganan 100 veces más que sus empleados. ¿Con cuáles de estos enunciados está de acuerdo?».



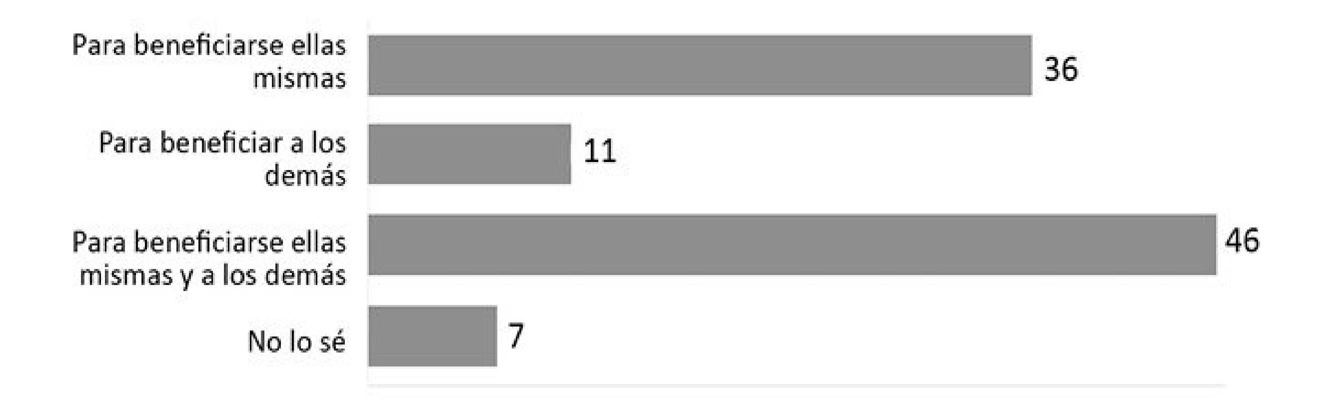
Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

¿Pueden los ricos mejorar al menos su imagen si donan a acciones de filantropía y caridad parte de sus ganancias? De acuerdo con los resultados de la encuesta, parte importante de los chilenos creen que estas acciones se explican por interés propio y no por actitudes altruistas (creen, por ejemplo, que tales desembolsos buscan reducir sus cargas fiscales o mejorar su reputación). Así, el 36 por ciento de los encuestados chilenos cree que los ricos donan dinero «para beneficiarse ellos mismos» y solo un 11 por ciento opina que los ricos donan principalmente «para beneficiar a los demás». El resto de los encuestados no cree que ninguno de los dos motivos desempeñe un papel significativo a la hora de tomar este tipo de decisiones (ver gráfico 18).

Gráfico 18. ¿Por qué donan dinero los ricos a causas caritativas o filantrópicas?

«Algunas personas ricas donan gran cantidad de dinero a causas benéficas. En su opinión, ¿cuál es la razón principal por la que la gente hace eso? ¿Realizan donaciones principalmente porque quieren beneficiar a otras personas, o sobre todo porque quieren beneficiarse a sí mismos (por ejemplo, para reducir los impuestos, mejorar su reputación, etc.)?».



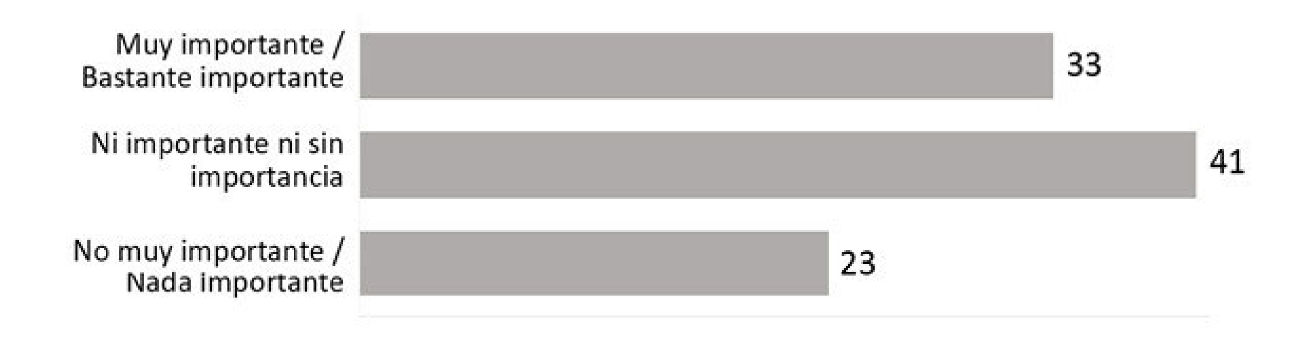
Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

A título personal, ¿desean los chilenos ser ricos o acaso esta no es una de sus prioridades o deseos? Teniendo en cuenta que millones de personas juegan a la lotería con regularidad (y presumiblemente no lo hacen con el sueño de ganar unos pocos pesos, sino con la esperanza de ganar el premio mayor), es sorprendente que solamente el 9 por ciento de los encuestados diga que para ellos es «muy importante» llegar a ser ricos, porcentaje al que podríamos sumar el 24 por ciento que dice que es «bastante importante» llegar a tener un gran patrimonio (33 por ciento en total, ver gráfico 19). Sin embargo, como veremos más adelante, las respuestas a esta pregunta difieren considerablemente según la edad de las personas encuestadas.

Gráfico 19. ¿Consideran importante los chilenos el llegar a ser ricos?

«Para algunas personas es importante ser rico. ¿Qué importancia le da personalmente a ser rico?».



Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta. Un 2 por ciento optó por la respuesta «no lo sé». Y en este caso existe un porcentaje de aproximación.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

GRUPOS SOCIODEMOGRÁFICOS: ANÁLISIS POR RENTA, EDAD, GÉNERO, NIVEL EDUCATIVO Y ORIENTACIÓN POLÍTICA

En teoría, uno esperaría que las personas con ingresos bajos tengan actitudes muy diferentes hacia los ricos que las personas de rentas más altas. En efecto, en muchos países ocurre esto. Para Chile en cambio, si bien hay diferencias, estas no son tan sustanciales como se podría llegar a prever.

En la investigación realizada a más de mil chilenos, los encuestados fueron clasificados en los siguientes tramos de ingresos, midiendo esta variable a partir del ingreso familiar anual:

-Menos de 400.000 pesos: renta baja.

-De 400.001 a 750.000 pesos: renta media-baja.

-De 750.001 a 999.999 pesos: renta media.

-De 1 a 1,5 millones de pesos: renta media-alta.

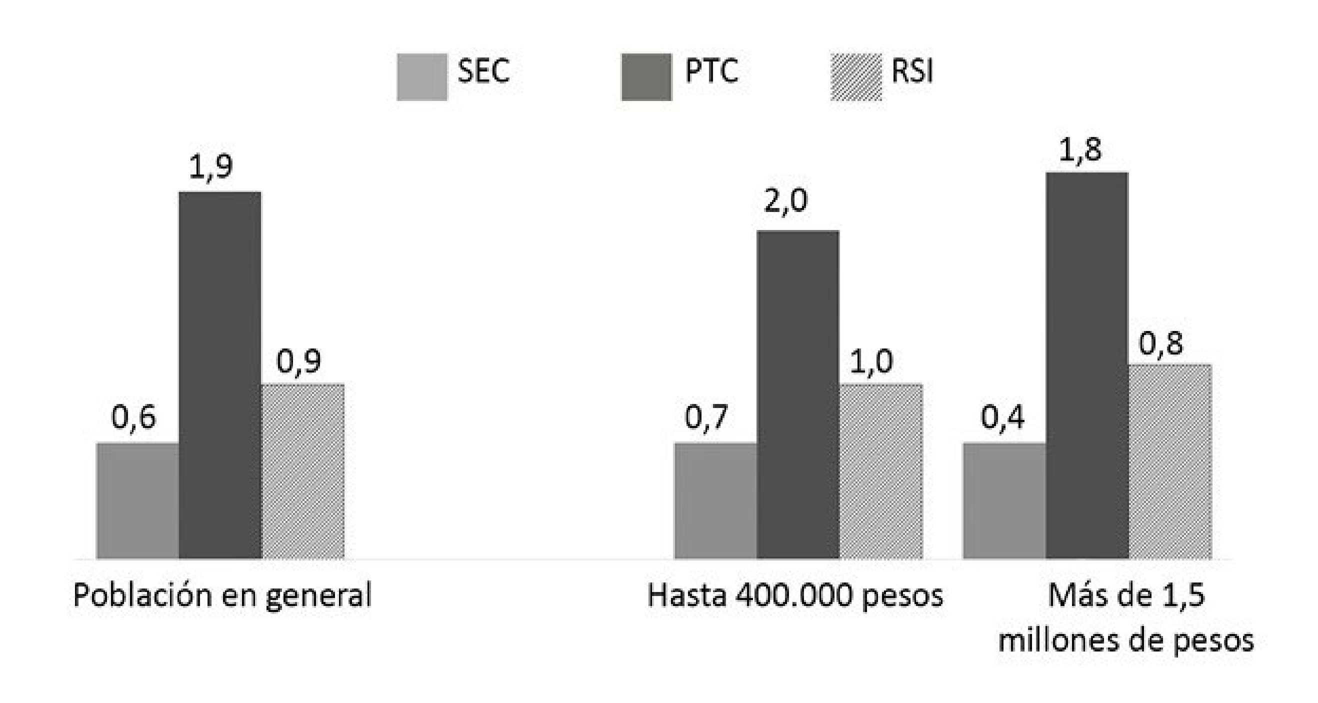
-Más de 1,5 millones de pesos: renta alta.

Las diferencias entre las actitudes y percepciones de los chilenos hacia los ricos de las personas con ingresos bajos y de quienes tienen rentas altas son más evidentes cuando analizamos las respuestas obtenidas a partir de los niveles de envidia social de cada grupo y de los rasgos de personalidad que atribuyen unos y otros a las personas ricas. Como ya hemos visto, este estudio desarrolló el Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) para representar las evaluaciones de los encuestados acerca de los rasgos de personalidad de las personas ricas. Así, la población chilena en su conjunto obtiene un PTC de 1,9 puntos, con 2,0 entre las personas de rentas bajas y

1,8 entre las de más altos ingresos. Por lo tanto, no hay diferencias significativas.

Las diferencias son un poco más pronunciadas cuando tomamos en cuenta el Coeficiente de Envidia Social (SEC), que es de 0,6 para la población chilena en su conjunto, de 0,7 para los ciudadanos de ingresos bajos y de 0,4 quienes ganan más. Cuando combinamos estas cifras para construir el RSI, con el que se miden las actitudes predominantes hacia los ricos, vemos que las personas con bajos ingresos tienen un coeficiente de 1,0 (es decir, un poco más negativo que el promedio, que se sitúa en 0,9), mientras que las personas con ingresos altos tienen un coeficiente RSI de 0,8 (algo más positivo que el promedio), como se muestra en el gráfico 20.

Gráfico 20. Resultados por nivel de ingresos (SEC, PTC y RSI para grupos de ingresos altos y bajos).



Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Hay mayores variaciones en las respuestas cuando comparamos las respuestas que ofrecen las personas de ingresos bajos y altos en otros elementos de la encuesta. Por ejemplo, el 44 por ciento de quienes ganan más dicen que «las personas ricas que han triunfado por sus propios medios son modelos a seguir que me motivan», frente al 29 por ciento que suscribe tal afirmación en el segmento de ingresos más bajos.

Los resultados del PTC son similares para los dos grupos, puesto que no hay grandes diferenciales en los rasgos de personalidad atribuidos a las personas ricas por unos y por otros, aunque sí hay un rasgo en particular en el que se puede ver una diferencia importante: solamente el 29 por ciento de las personas con ingresos bajos describiría a los ricos como «visionarios», en comparación con el 40 por ciento de los chilenos de altos ingresos que suscriben tal asociación.

También vemos diferencias en cuanto a las opiniones de las personas con ingresos altos y bajos cuando se pregunta a los chilenos quién merece más ser rico. Solo el 18 por ciento de las personas con ingresos bajos cree que los «inversores inmobiliarios» son merecedores de ello, un resultado significativamente menor que el 30 por ciento de las personas con ingresos altos que aprueban esta forma de enriquecimiento.

De igual modo, las personas con ingresos altos también son más propensas a considerar que «las empresas solo pueden contratar y retener a los mejores directivos si pagan salarios de este tipo, de lo contrario, estos se irán a otra empresa que pague más o trabajarán por cuenta propia». Esta declaración suscita el acuerdo de apenas uno de cada diez trabajadores de ingresos bajos (13 por ciento), en comparación con uno de cada cuatro profesionales de ingresos altos (25 por ciento).

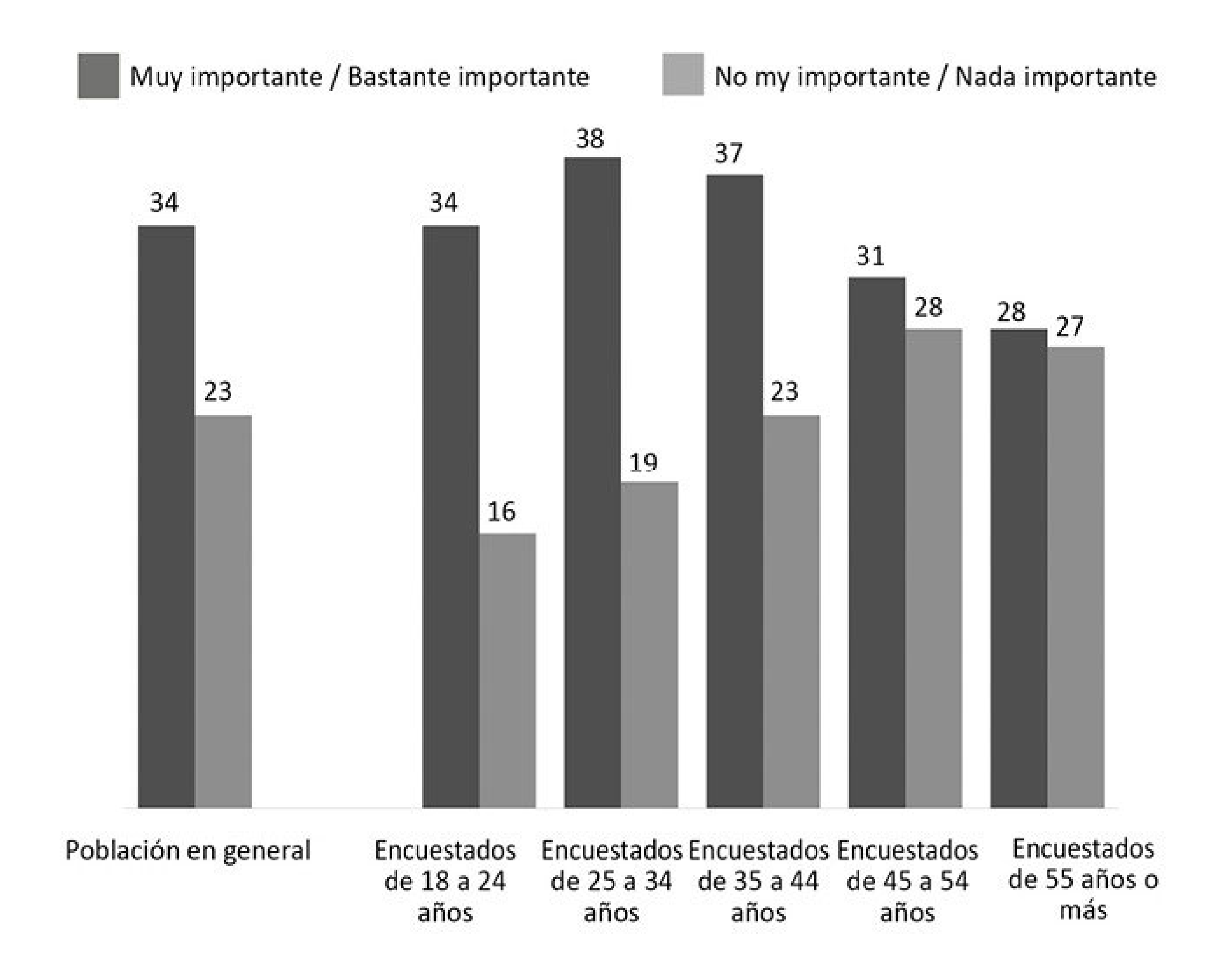
También observamos que las personas con ingresos altos tienen más probabilidades de conocer al menos a una persona rica, puesto que solo el 25 por ciento de las personas con ingresos bajos afirma haber tratado con alguien que acumule un patrimonio más grande, mientras que el 55 por ciento de las personas de ingresos altos dicen que conocen personalmente a una o más personas ricas.

¿Y qué imagen emerge cuando analizamos las actitudes hacia los ricos en términos de la edad de los encuestados chilenos? En primer lugar, los chilenos más jóvenes son más propensos a querer ser ricos que los chilenos mayores. El 34 por ciento de los encuestados entre las edades de 18 y 24 años (los chilenos que denominaremos «más jóvenes») dicen que para ellos es importante llegar a ser ricos. El porcentaje sube al 38 por ciento entre los chilenos que tienen entre 25 y 44 años. En contraste, solo el 28 por ciento de los mayores de 55 años (chilenos a los que denominaremos «mayores») piensa eso mismo.

Por supuesto, este hallazgo no es del todo sorprendente. Las personas más jóvenes todavía tienen toda una vida por delante, pero muchos de los que no son ricos a la edad de 55 años dan por sentado el hecho de que, incluso si quisieran alcanzar una gran riqueza, probablemente nunca lo lograrán (gráfico 21).

Gráfico 21. ¿Considera importante ser rico? Análisis por grupos de edad.

«Para algunas personas es importante ser rico. ¿Qué importancia le da personalmente a ser rico?».



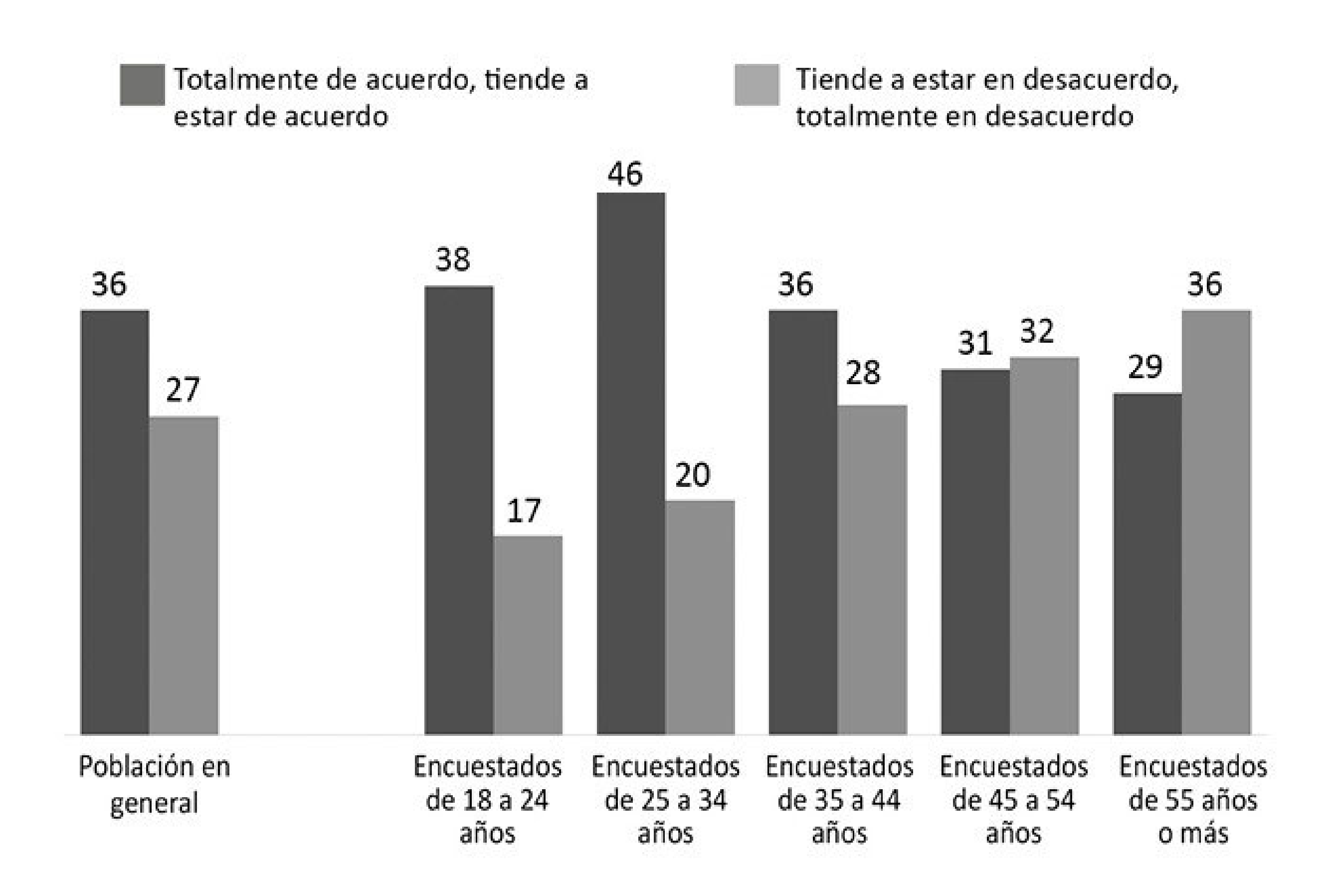
Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta. Los porcentajes no suman 100 por ciento porque también se permitía responder «ni es algo importante ni es algo sin importancia» o «no lo sé».

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

A menudo se dice que los chilenos más jóvenes están mucho más a la izquierda del espectro político que sus mayores, por lo que parece natural esperar que, en un sondeo como este, sus opiniones sean mucho más escépticas y negativas hacia los ricos. En efecto, en algunas de nuestras preguntas vemos cómo emergen grandes diferencias de forma clara,

especialmente cuando se trata de evaluar los rasgos morales de los ricos. Un ejemplo: la afirmación de que «a las personas ricas se les da bien ganar dinero, pero no suelen ser personas decentes» obtiene el acuerdo del 38 por ciento de los chilenos de entre 18 y 24 años y el 46 por ciento de los que tienen entre 25 y 34 años. En cambio, solo el 31 por ciento de los chilenos de entre 45 y 54 años está de acuerdo con esta afirmación, porcentaje que cae al 29 por ciento para los que tienen entre 55 y 65 años (ver gráfico 22).

Gráfico 22. «Indique en qué medida está usted de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente afirmación: 'A las personas ricas se les da bien ganar dinero, pero no suelen ser personas decentes'».



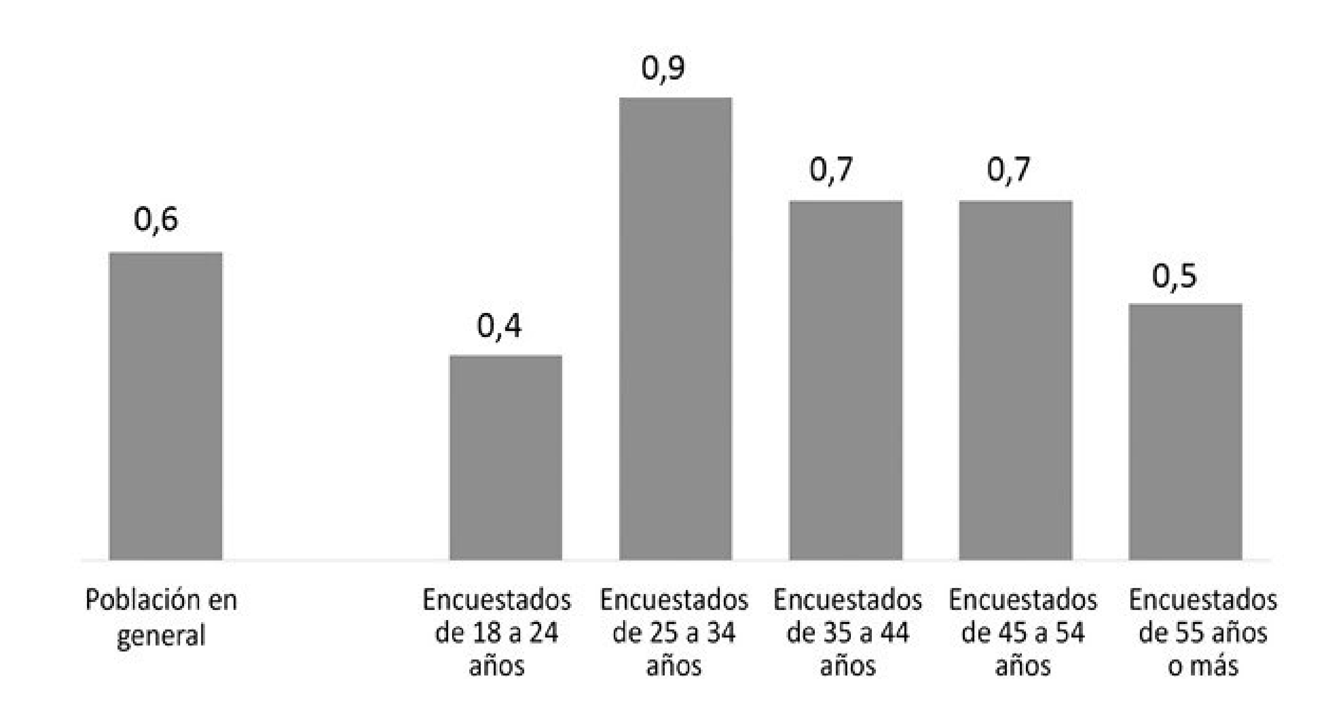
Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta. Los porcentajes no suman 100 por ciento

porque también se permitía responder «ni es algo importante ni es algo sin importancia» o «no lo sé».

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Pero no vemos diferencias tan claras en todas las preguntas. Por ejemplo, entre los chilenos más jóvenes, la envidia social (SEC: 0,4) no es significativamente más ni menos pronunciada que entre los chilenos mayores (SEC: 0,5). De hecho, la envidia social es más frecuente entre los chilenos de 25 a 34 años (SEC 0,9), como vemos en el gráfico 23.

Gráfico 23. Coeficiente de Envidia Social (SEC). Análisis por grupo de edad.

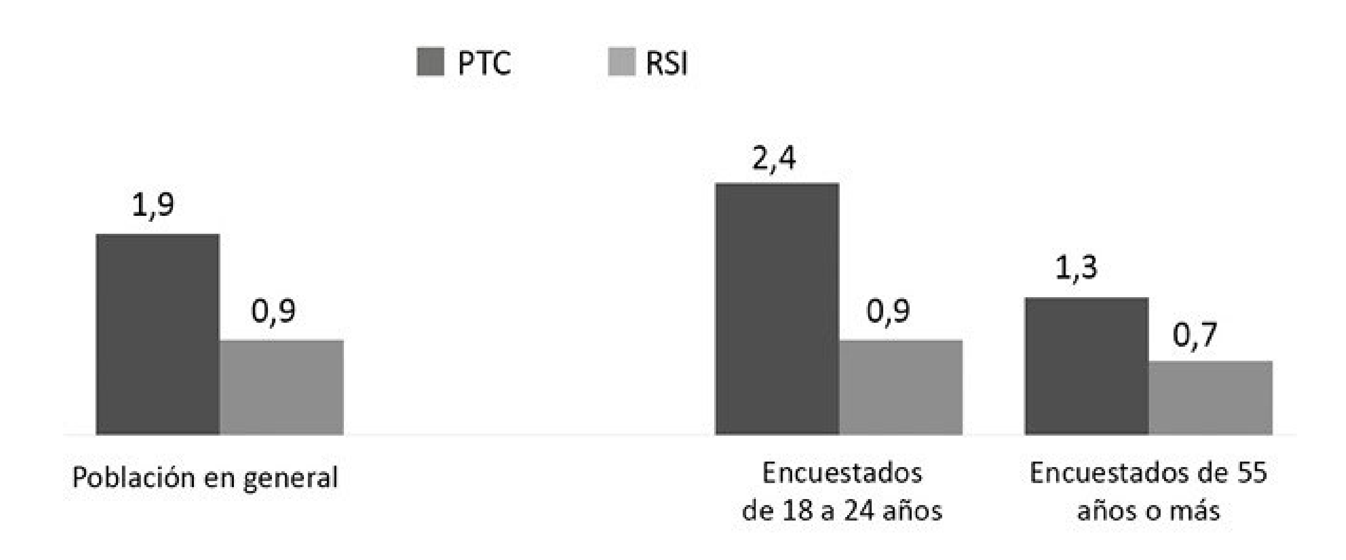


Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Como ya hemos visto, el Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) se utiliza para medir la atribución de rasgos de personalidad positivos y negativos a los ricos. De su cálculo se deduce que los jóvenes chilenos tienen una opinión más negativa de las personalidades que tienen las personas con más patrimonio. El PTC para los encuestados entre 18 y 24 años es de 2,4 puntos, en comparación con el resultado de 1,3 que se observa entre los mayores de 55 años.

Fijándonos en el Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI), vemos nuevamente que las actitudes de los chilenos jóvenes hacia los ricos son más negativas o críticas, aunque las diferencias en esta medición son menores. Así, los encuestados entre las edades de 18 y 24 años tienen un coeficiente RSI de 0,9 que se compara con el resultado de 0,7 para los mayores de 55 años (ver gráfico 24).

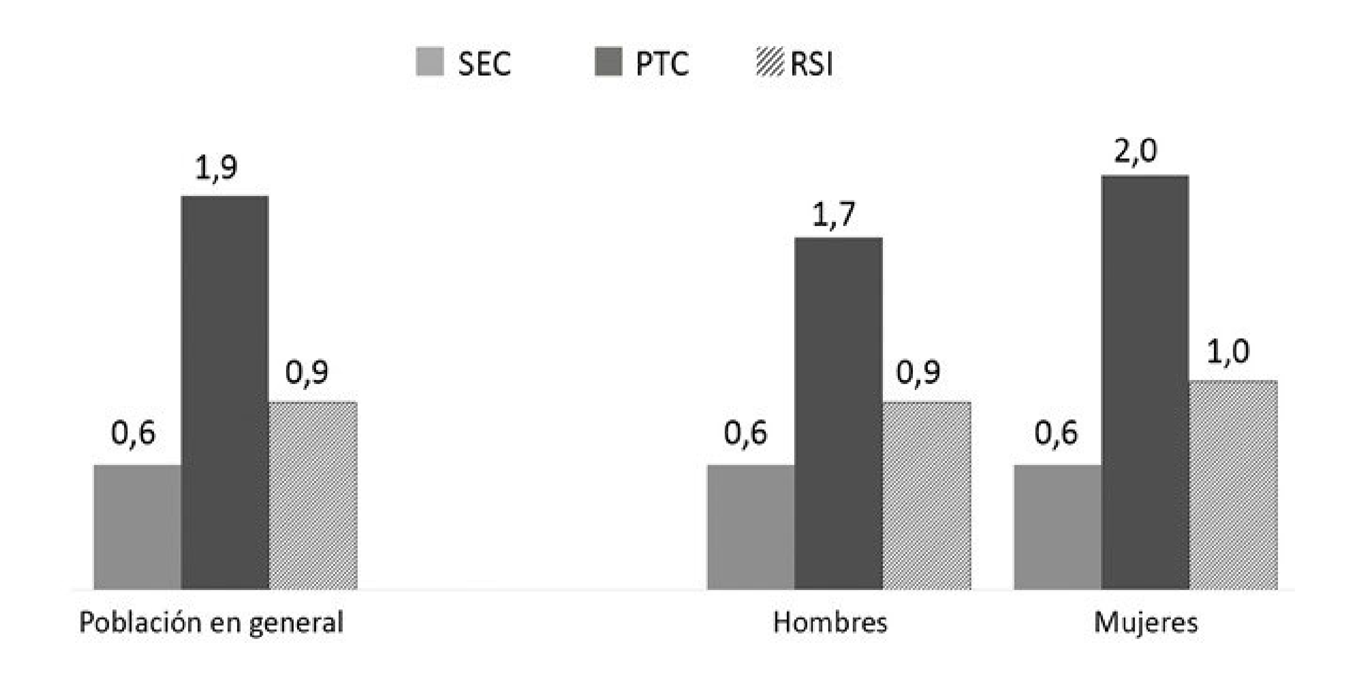
Gráfico 24. Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) e Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI) para chilenos de 18 a 24 años y de 55 a 65 años.



Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

¿Hay diferencias si separamos a los encuestados según su género? Como muestran los datos, apenas hay variaciones entre las respuestas que ofrecen hombres y mujeres cuando se les pregunta por sus actitudes hacia los ricos. El Coeficiente de Envidia Social (SEC) para los hombres es de 0,6, idéntico al resultado para las mujeres (0,6). El Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) es de 2,0 entre la población femenina y de 1,7 entre la masculina. Por otro lado, el Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI) es de 0,9 para el conjunto de la población, de 1,0 entre las mujeres y de 0,9 entre los hombres (ver gráfico 25).

Gráfico 25. Las actitudes sociales de los chilenos hacia los ricos apenas muestran diferencias cuando se analizan por género del entrevistado.

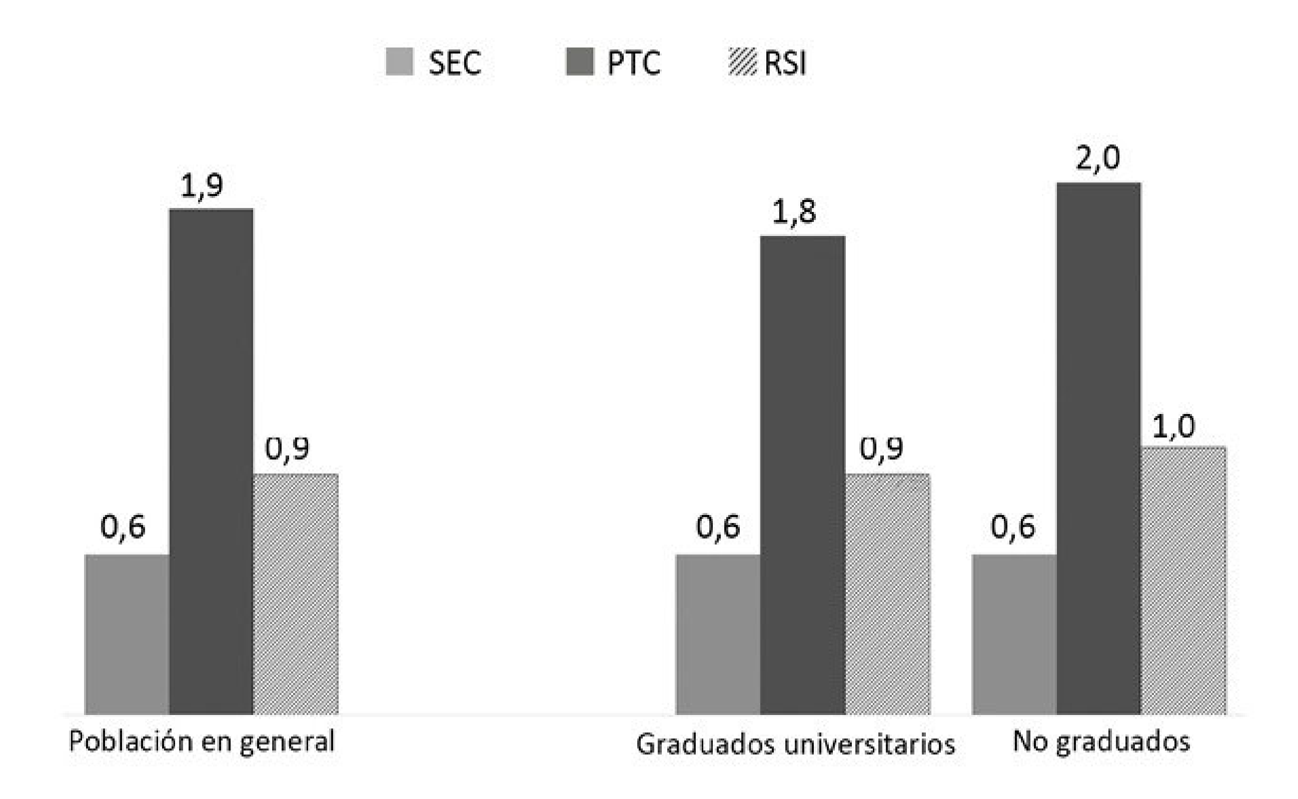


Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

En muchas preguntas solo se encontraron diferencias muy pequeñas entre hombres y mujeres, salvo en la afirmación que plantea que «los impuestos a los ricos deben ser altos pero no excesivamente ya que, por lo general, han trabajado duramente para ganarse su riqueza y el Estado no debería quitarles demasiado», elegida mayoritariamente por los hombres, frente a un pluralismo de mujeres que declara que «los ricos no solo deben pagar impuestos elevados, sino muy elevados. De esta manera, el Estado puede garantizar que la brecha entre los ricos y los pobres no se agrande excesivamente en nuestro país».

Al analizar las respuestas a las distintas preguntas de la encuesta según el nivel de educación formal alcanzado por los encuestados, apenas encontramos diferencias. El Coeficiente de Envidia Social (SEC) para los licenciados es de 0,6, idéntico al que se alcanza entre quienes no tienen un título de educación superior (0,6). El Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) es de 2,0 entre los chilenos con menor preparación académica, pero este resultado solo es ligeramente superior al de los chilenos con mayores cualificaciones formales (1,8). De igual manera, el Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI) es de 0,9 para los graduados y de 1,0 para quienes no cuentan con un título universitario (ver gráfico 26).

Gráfico 26. Las actitudes sociales de los chilenos hacia los ricos apenas muestran diferencias cuando se analizan por nivel educativo del entrevistado.



Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Solo en unas pocas preguntas vemos algunas variaciones según el nivel de educación. Por ejemplo, el 21 por ciento de los graduados chilenos dicen que los «directivos de rango superior» merecen ser ricos, frente a solo el 11 por ciento de quienes no cuentan con una licenciatura universitaria.

La encuesta también pidió a todos los participantes que se clasificaran en una escala política de izquierda a derecha que iría de 0 a 10. Una nota de 0-2 significa que el encuestado se identifica con el «extremo izquierdo» del mapa político, mientras que 3-4 sería el espacio «moderadamente a la izquierda», 5 sería el «centro» del espectro electoral, 6-7 sería la posición propia de quienes están «moderadamente a la derecha» y 8-10 se correspondería con quienes se posicionan en el «extremo derecho» de la distribución.

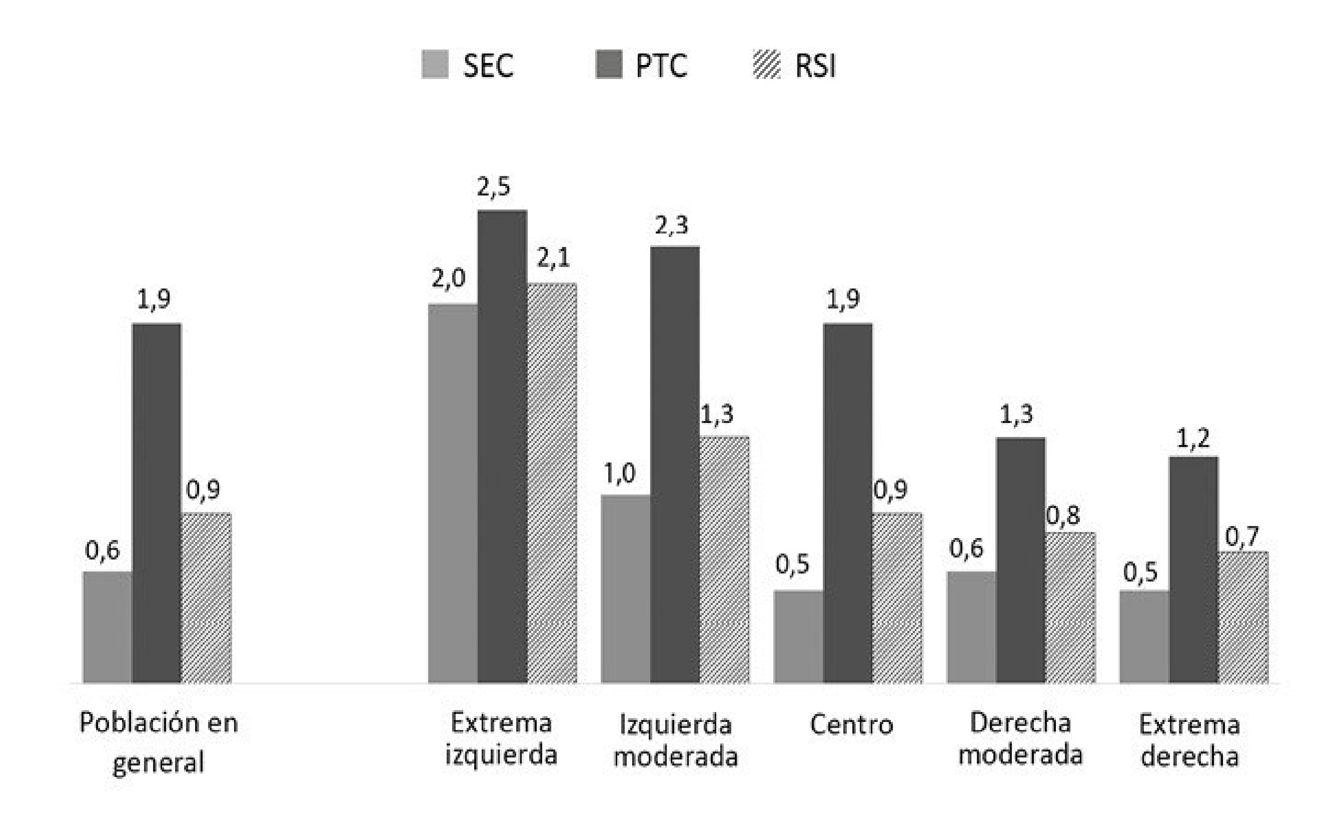
Como era de esperar, las diferencias por orientación política son significativamente mayores que las que se revelan en el análisis en función de la edad, el género, el nivel de ingresos o el grado de educación alcanzada.

Esto resulta evidente en el Coeficiente de Envidia Social (SEC), que es mucho más alto entre los encuestados de extrema izquierda (2,0), frente al 1,0 de los izquierdistas moderados. Quienes están en el centro (0,5) presentan actitudes similares a las que se observan entre la derecha moderada (0,6) y la extrema derecha (0,5), de modo que, más allá de la izquierda, no se observan diferencias significativas.

La encuesta confirma que, cuanto más a la izquierda del espectro político se ubica el encuestado, más negativa tiende a ser su evaluación de los rasgos de personalidad de los ricos. Así, el Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) para los chilenos de extrema izquierda es de 2,5, mientras que el resultado para la izquierda moderada es de 2,3. En el centro del espectro político, la nota es de 1,9, mientras que la derecha moderada se anota un 1,3 y la extrema derecha, un 1,2.

El Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI) proporciona una evaluación general de las actitudes hacia los ricos y confirma que aquellos que se identifican con la izquierda política en Chile tienen una visión extremadamente negativa de los ricos, siendo sus resultados de 2,1 en el caso de la extrema izquierda y de 1,3 entre la izquierda moderada. El valor general para el conjunto de la población es de 0,9, calificación idéntica a la que reciben quienes se identifican con el centro político. La derecha moderada (0,8) y la extrema derecha (0,7) aparecen cerca del promedio, como vemos en el gráfico 27.

Gráfico 27. Coeficiente de Envidia Social (SEC), Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) e Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI). Análisis por orientación política.



Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Entre los chilenos de extrema izquierda, el 60 por ciento dice que «la mayoría de las personas ricas evaden impuestos», en comparación con el 31 por ciento de los chilenos de derecha moderada o derecha extrema. De igual modo, un 49 por ciento de los chilenos de extrema izquierda están de acuerdo en que «las personas ricas solo consiguen riqueza a costa de los demás», porcentaje que supera holgadamente el resultado observado en la misma pregunta realizada a las personas de derecha, como podemos ver en el gráfico 28.

Gráfico 28. Opiniones de los chilenos sobre los ricos, según su orientación política: extrema izquierda vs extrema derecha.

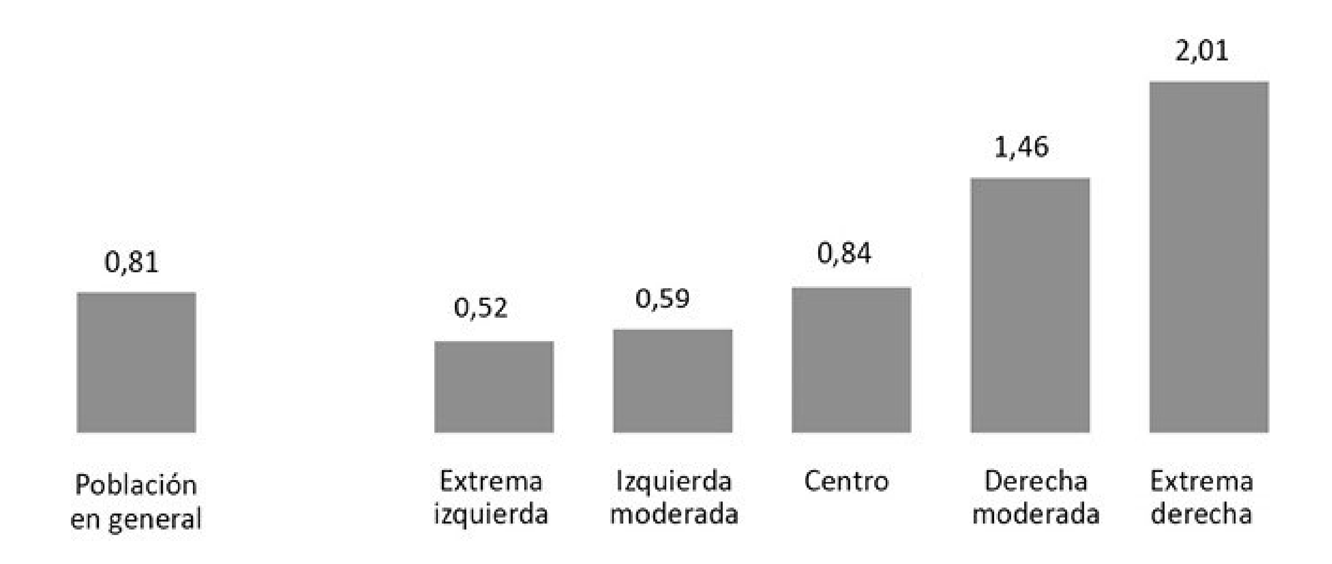


Nota: Los resultados reflejan el porcentaje de participantes que suscribe cada opción de respuesta.

Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Las diferencias en la visión que tienen los chilenos de los ricos según sus posiciones y preferencias políticas coinciden con el grado de adhesión al capitalismo identificado en otra encuesta que se coordinó anteriormente con Ipsos MORI y que se realizó en Chile, del 30 de julio al 9 de agosto de 2021. En dicho sondeo, se usó también la misma escala de izquierda a derecha (de 0 a 10) y se les presentó a los encuestados un total de 34 afirmaciones sobre el capitalismo. Los resultados aparecen recogidos en el gráfico 29.

Gráfico 29. Chile: Coeficiente combinado de actitudes hacia el capitalismo, por orientación política.

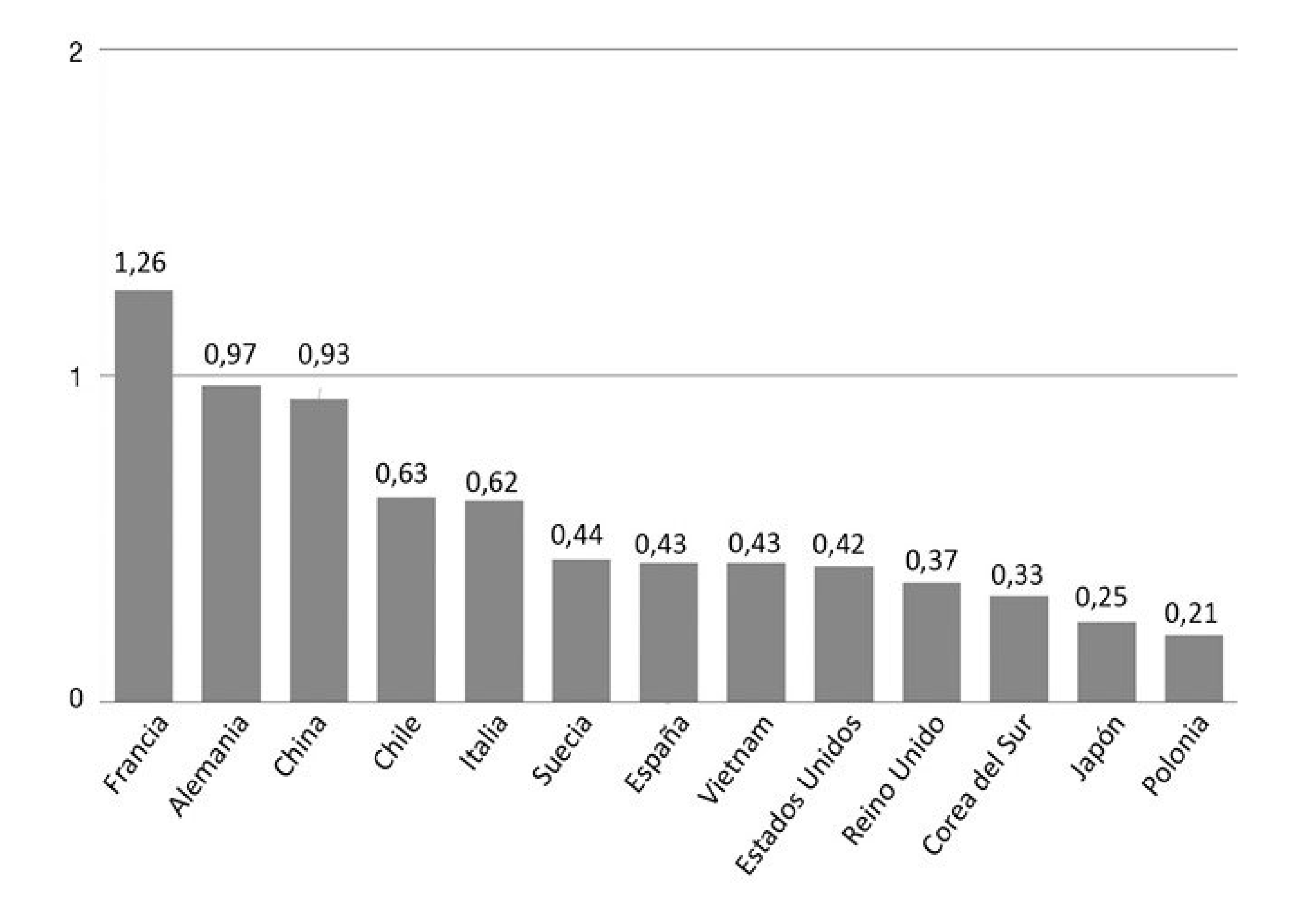


Fuente: Encuesta 20-091774-30 de Ipsos MORI.

LOS RESULTADOS DE CHILE, EN COMPARACIÓN CON LOS DE OTROS PAÍSES

Una mirada al Coeficiente de Envidia Social (SEC) muestra que los chilenos exhiben más envidia hacia los ricos que los ciudadanos de otros países como Japón, Corea del Sur, Reino Unido, Vietnam, Estados Unidos, España, Polonia y Suecia. Sus datos solo se ven superados por la envidia que manifiestan hacia quienes más tienen los encuestados radicados en Francia y Alemania. El Coeficiente de Envidia Social (SEC) de Chile es casi idéntico al de Italia (ver gráfico 30).

Gráfico 30. Coeficiente de Envidia Social (SEC). Una comparativa internacional.

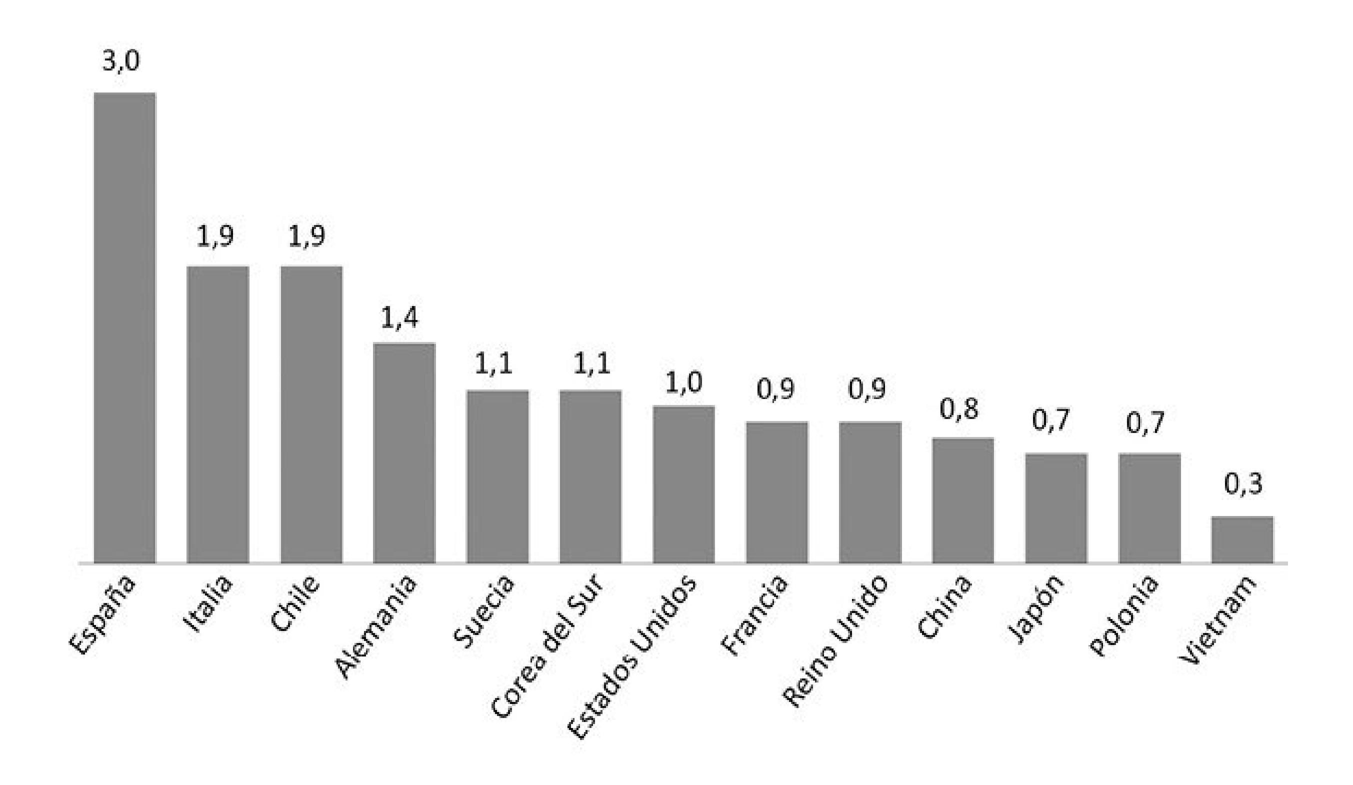


Fuentes: Encuestas 11085 y 8271 del Instituto Allensbach, Encuestas J18-031911-01-02, J-19-01009-29, J-19-01009-47 J-20-091774-05 y 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Cuando empezamos a desarrollar este proyecto de investigación, el Coeficiente de Envidia Social (SEC) fue el único coeficiente que calculamos para procesar los datos de los sondeos y entenderlos mejor. Pero, mientras estudiamos los datos obtenidos al realizar el cuestionario en España, se pudo observar que, mientras que el resultado del Coeficiente de Envidia Social (SEC) que se anotaba el país ibérico era bajo, en muchas otras preguntas se podía observar una actitud muy negativa hacia las personas ricas. Por tanto, decidimos incluir en el análisis el Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC), que combina datos sobre los rasgos de personalidad que los

encuestados atribuyen a las personas ricas. De acuerdo con este indicador, España es el país de la muestra con peores valoraciones sociales de los rasgos de personalidad de las personas ricas. Como vemos en el gráfico 31, Italia y Chile figuran a continuación.

Gráfico 31. Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC). Una comparativa internacional.

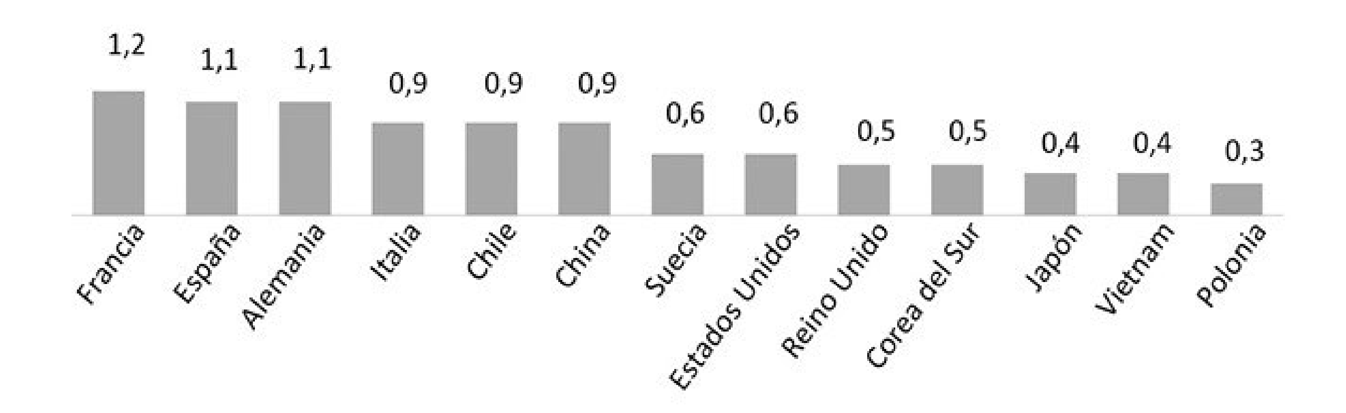


Fuentes: Encuestas 11085 y 8271 del Instituto Allensbach, Encuestas J18-031911-01-02, J-19-01009-29, J-19-01009-47 J-20-091774-05 y 22-055857-01 de Ipsos MORI.

La combinación de estos dos coeficientes (es decir, la toma en consideración del Coeficiente de Envidia Social, SEC, de la mano del Coeficiente de

Rasgos de Personalidad, PTC) da como resultado el Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI), donde el SEC se pondera tres veces y el PTC, una. En esta evaluación general, reflejada en el gráfico 32, se observa que tres países (Francia, España y Alemania) presentan actitudes sociales muy negativas hacia los ricos. Chile aparece a continuación, en niveles similares a los de China e Italia. En cambio, las actitudes sociales hacia los ricos son más positivas en los siete países restantes (Suecia, Estados Unidos, Reino Unido, Corea del Sur, Japón, Vietnam y Polonia).

Gráfico 32. Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI). Una comparativa internacional.



Fuentes: Encuestas 11085 y 8271 del Instituto Allensbach, Encuestas J18-031911-01-02, J-19-01009-29, J-19-01009-47 J-20-091774-05 y 22-055857-01 de Ipsos MORI.

Cuando se pregunta por los rasgos de personalidad, los datos de Chile y de la mayoría de países muestran que la característica menos asociada con los ricos es la que los presenta como «honrados». Los porcentajes de personas encuestadas que eligieron esta opción oscilaron entre el 1 por ciento, en Italia y España, y el 14 y 24 por ciento, en Vietnam y en China. En los dos países asiáticos se dan resultados mucho más altos, pero igualmente se habla

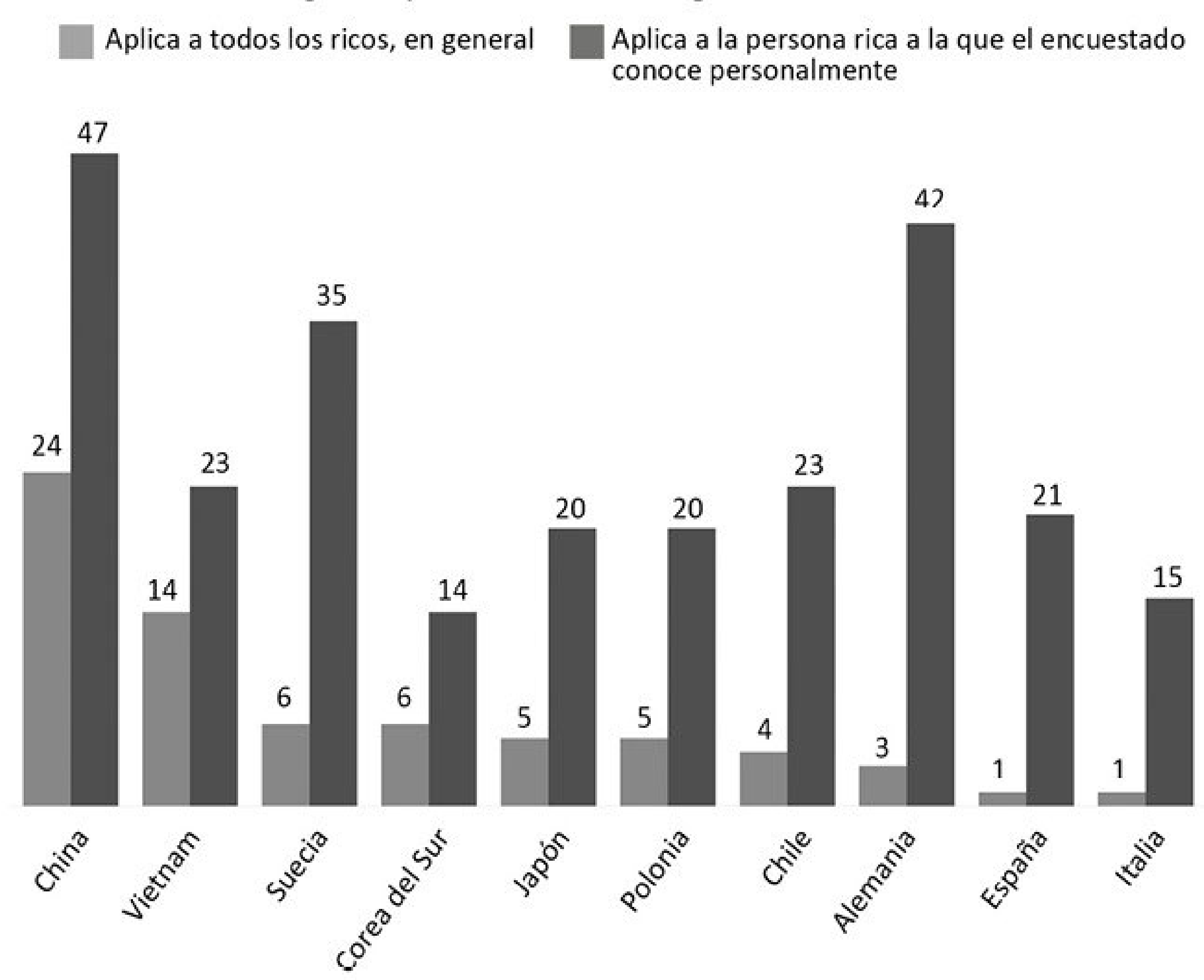
de una atribución que apenas ocupa el puesto 11 y 12 de entre los 14 rasgos de personalidad que se podían elegir. El porcentaje fue del 8 por ciento en Estados Unidos, el 5 por ciento en Japón y Polonia o el 6 por ciento en Corea del Sur, donde solo hubo un resultado más bajo para la categoría «superficiales», que eligió el 3 por ciento.

Llama la atención, sin embargo, que en los países donde también se realizó esta misma pregunta al subgrupo de encuestados que dijeron conocer personalmente al menos a una persona rica se demuestra una variación significativa en la frecuencia de atribuciones del rasgo «honrados» a estos millonarios que sí eran conocidos por los encuestados. Así, es mucho más probable que los encuestados que conocen a una o más personas ricas describan a tal individuo como alguien «honrado» que haga eso mismo el conjunto de la población (ver gráfico 33).

Gráfico 33. ¿Son honestas las personas ricas?

Pregunta formulada a todos los participantes: «¿Cuáles de los siguientes adjetivos suelen aplicarse con más frecuencia a las personas ricas?».

Pregunta formulada a todos los participantes que conocen personalmente al menos a una persona rica: «Pensando todavía en la persona muy rica que posee más de 200 millones que mejor conoce, ¿cuáles de los siguientes adjetivos se aplican mejor a esa persona?».

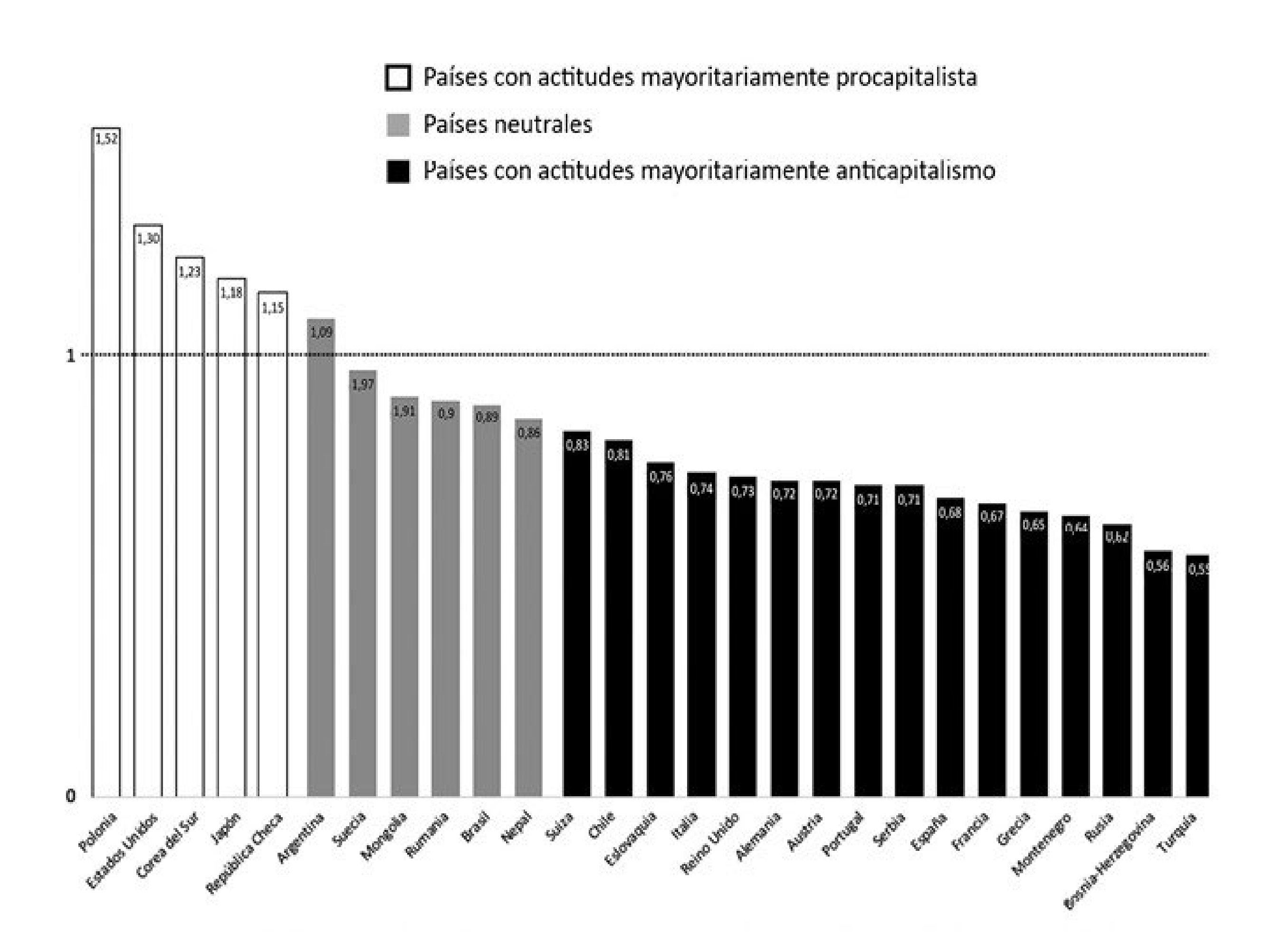


Fuentes: Encuestas 11085 y 8271 del Instituto Allensbach, Encuestas J18-031911-01-02, J-19-01009-29, J-19-01009-47 J-20-091774-05 y 22-055857-01 de Ipsos MORI.

En otra encuesta coordinada con Ipsos MORI en 34 países se midieron las percepciones de la gente sobre el capitalismo. Uno de los hallazgos fue que en muchos países, pero no en todos, existe una conexión directa entre las actitudes hacia el capitalismo y las valoraciones sociales hacia los ricos.

Dicha encuesta, centrada en estudiar la percepción social del capitalismo, se realizó entre junio de 2021 y diciembre de 2022. Tras analizar los datos, se pudo determinar que el país con el coeficiente más positivo es Polonia (1,52) y, el más negativo, Turquía (0,55). Chile se ubica en una zona media de la tabla, pero con un coeficiente de 0,81. Según los datos de la encuesta, los chilenos tienen una visión más bien negativa del capitalismo, lo que concuerda con sus percepciones generalmente críticas de los ricos (ver gráfico 34).

Gráfico 34. Coeficiente de actitudes sociales hacia el capitalismo.



Nota: Cuanto más bajo es el coeficiente, más intensa es la prevalencia de la mentalidad anticapitalista.

Fuentes: Encuesta Instituto Allensbach 12038, Encuesta de la Sant Maral Foundation, Encuestas de Ipsos MORI 20-091774-30, 21-087515-07 y 22-014242-04-03, Encuesta de FACTS Research & Analytics Pvt. Ltd.

¿Existe una conexión entre el anticapitalismo, el resen-timiento hacia los ricos y un mayor calado social del pensamiento de corte conspirativo? Esta fue también una pregunta que investigamos en ambos estudios: el que dedicamos a las actitudes sociales hacia los ricos y el que centramos en las percepciones sociales del capitalismo. Así, incluimos dos preguntas que son propias de las personas que tienden al pensamiento conspirativo.

La primera pide a los encuestados que establezcan si están de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente afirmación:

-«En realidad, los políticos no deciden nada. Son marionetas controladas por fuerzas poderosas en el fondo».

La segunda tiene el siguiente enunciado:

-«Muchas cosas en la política solo se pueden entender adecuadamente si sabe que hay un plan más amplio detrás de ellas, algo que la mayoría de las personas no sabe».

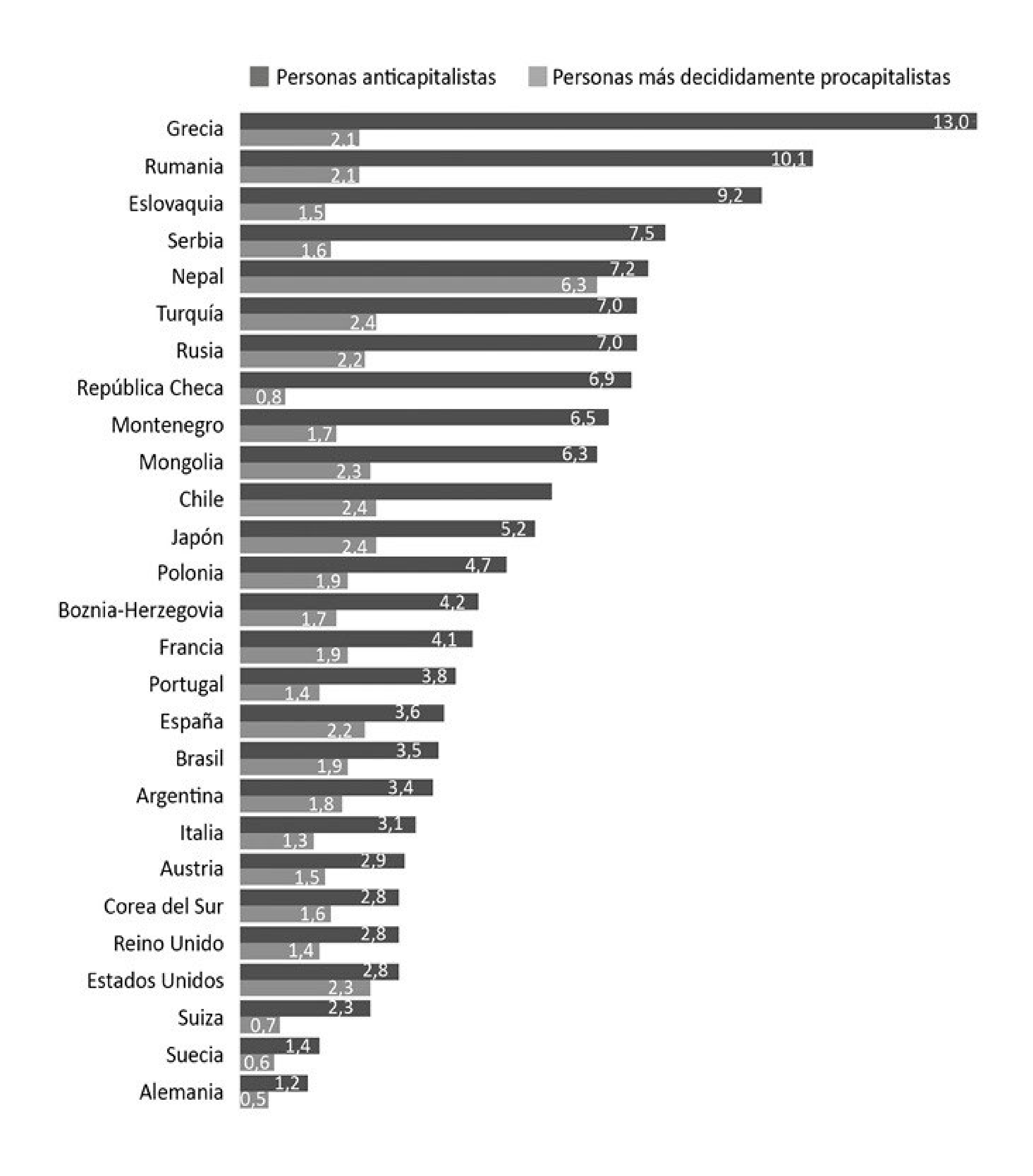
Resultó que, en Chile, los encuestados decididamente anticapitalistas están más frecuentemente y más de acuerdo con estas afirmaciones, propias de quienes creen en las teorías de la conspiración, puesto que su adhesión a tales afirmaciones es mucho más intensa que la de sus compatriotas más procapitalistas. Al dividir los porcentajes de chilenos que están de acuerdo o no con estas afirmaciones, encontramos un coeficiente de 2,4 para los encuestados decididamente procapitalistas, frente a uno significativamente mayor de 5,5 para los chilenos decididamente anticapitalistas. Esto es cierto para todos los países, aunque en Estados Unidos las diferencias no son tan pronunciadas. Por otro lado, en ninguno de los 34 países donde se hizo el

cuestionario pudimos ver que los procapitalistas fuesen más propensos a dar por buenas las teorías de la conspiración. Esto demuestra claramente la conexión entre el anticapitalismo y el pensamiento conspirativo (ver gráfico 35).

Gráfico 35. Anticapitalismo y propensión a creer en las teorías de la conspiración.

«En realidad, los políticos no deciden nada. Son marionetas controladas por fuerzas poderosas en el fondo». «Muchas cosas en la política solo se pueden entender adecuadamente si sabe que hay un plan más amplio detrás de ellas, algo que la mayoría de las personas no sabe».

El Coeficiente de la Teoría de la Conspiración establece la proporción media de encuestados que está de acuerdo con las dos afirmaciones anteriores y divide dicho resultado entre el porcentaje de participantes que está en desacuerdo con ambos planteamientos.

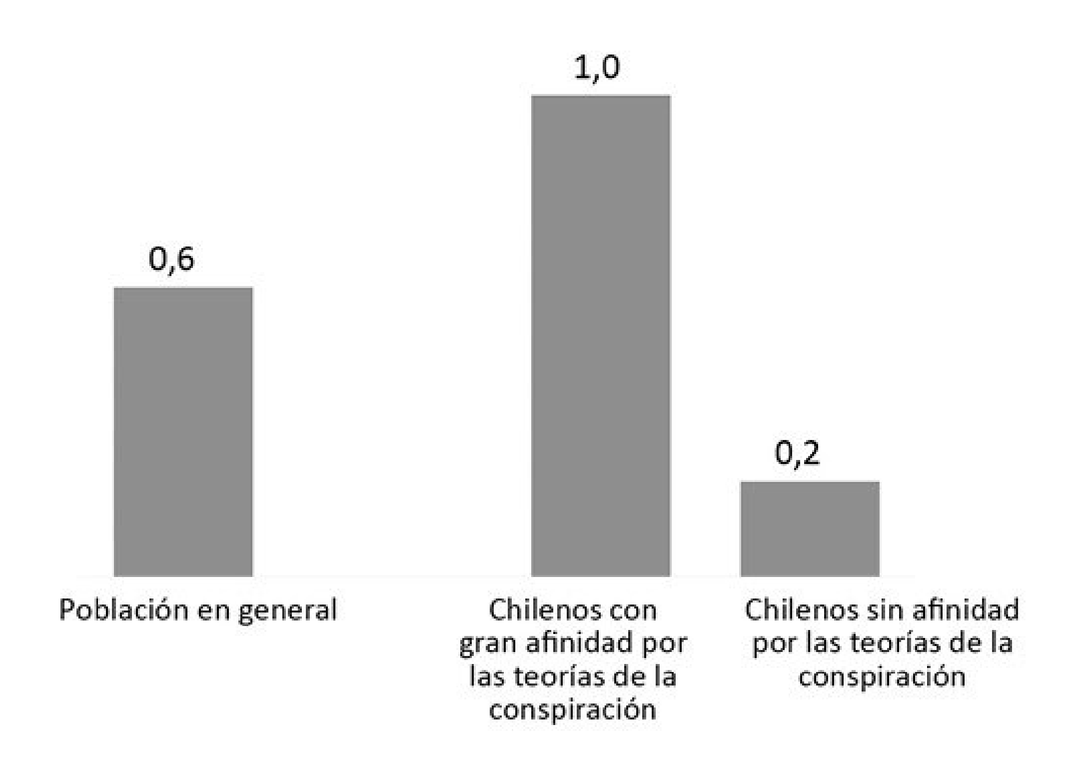


Fuentes: Encuesta Instituto Allensbach 12038, Encuesta de la Sant Maral Foundation, Encuestas de Ipsos MORI 20-091774-30, 21-087515-07 y 22-014242-04-03, Encuesta de FACTS Research & Analytics Pvt. Ltd.

La envidia social y el pensamiento conspirativo también están fuertemente interrelacionados, según muestra esta investigación. Entre los chilenos que no pueden considerarse envidiosos sociales, el 58 por ciento rechaza en las teorías de la conspiración. Por comparación, entre los chilenos que sí son envidiosos sociales, solo un 14 por ciento se opone a esta forma de interpretar el mundo.

El Coeficiente de Envidia Social (SEC) para el conjunto de la población de Chile es de 0,6 pero, para los encuestados que no creen en las teorías de la conspiración, este resultado es mucho más bajo, de 0,2. En cambio, entre los chilenos que siguen este tipo de discursos, el SEC alcanza niveles mucho mayores, de 1,0 (ver gráfico 36).

Gráfico 36. Chile. Coeficiente de Envidia Social (SEC) y adhesión a las teorías de la conspiración.

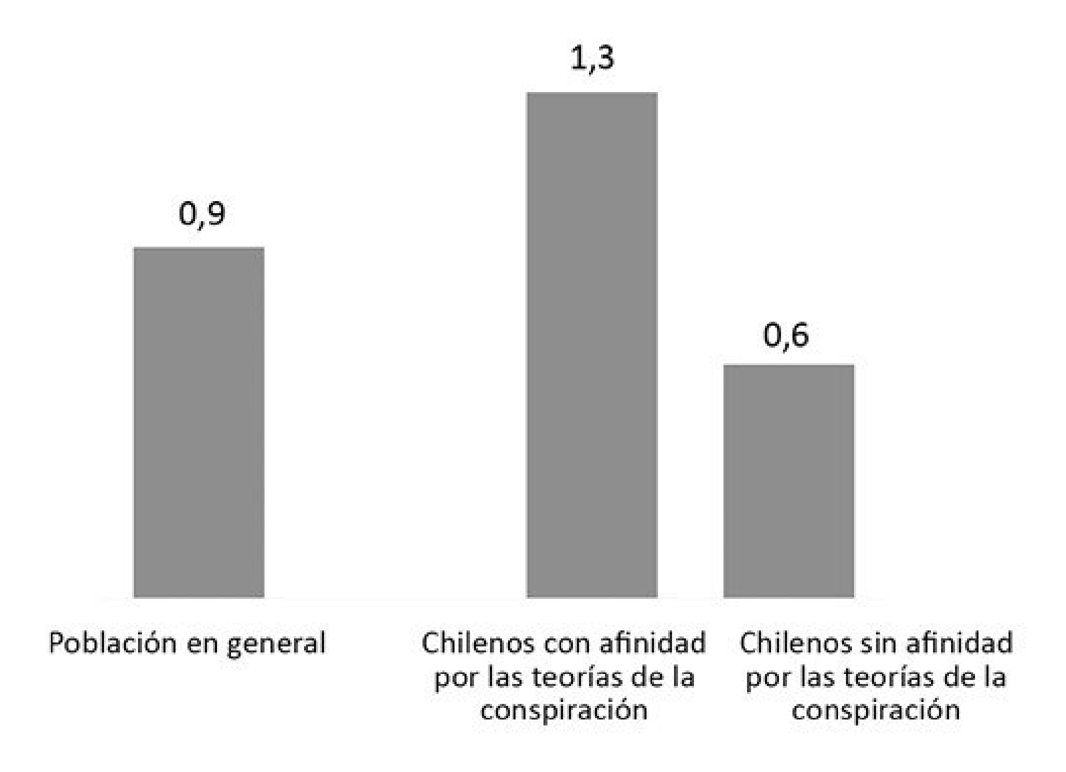


Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

El Coeficiente de Rasgos de Personalidad (PTC) también recoge valores más altos entre los encuestados chilenos con una fuerte afinidad con las teorías de conspiración (2,1) que entre aquellos de sus compatriotas que no suscriben tales discursos (1,6). Esto indica que los encuestados que tienden a suscribir las teorías de la conspiración, tienen percepciones muy diferentes de las personas ricas que los chilenos que no siguen esta línea de pensamiento.

De igual modo, si calculamos el Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI) para los chilenos que suscriben las teorías de la conspiración podemos ver que este indicador es de 1,3 (propio de una actitud eminentemente negativa hacia la gente rica), frente al 0,6 que se observa entre los encuestados sin afinidad por las teorías de la conspiración (lo que indica una actitud positiva hacia la gente rica). Ver el gráfico 37.

Gráfico 37. Chile: Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI) y grado de afinidad por las teorías de la conspiración.



Fuente: Encuesta 22-055857-01 de Ipsos MORI.

LA ENCUESTA EN PERSPECTIVA

Chile es hoy una sociedad en la que el anticapitalismo y las percepciones negativas hacia los ricos están muy extendidas, especialmente entre las personas que se ubican en la izquierda del espectro político. Si combinamos los datos referidos a las afirmaciones positivas sobre los ricos, se observa que el promedio de encuestados chilenos que seleccionaron pronunciamientos positivos alcanza el 22 por ciento, frente al 30 por ciento que optó por valoraciones negativas.

Si bien las percepciones generales de los ricos no son tan negativas en Chile como en Francia, España o Alemania, sí son más negativas que en Japón, Vietnam, Corea del Sur, Estados Unidos, Reino Unido o Suecia.

Los chilenos más jóvenes tienen una actitud más crítica hacia los ricos que sus compatriotas de edades mayores, aunque la diferencia no es tan grande como la que se da en Estados Unidos, donde la brecha es aún mejor.

Curiosamente, el coeficiente general de actitudes hacia los ricos en Chile, medido a través del Índice de Percepción Social de los Ricos (RSI), alcanza 0,9 puntos, un resultado idéntico al de Italia. Sin embargo, en dicho país vemos que los encuestados más jóvenes tienen una actitud mucho más positiva hacia los ricos que los italianos mayores, al contrario de lo que pasa en Chile.

Las percepciones negativas de los ricos están particularmente arraigadas entre los chilenos que se encuentran en la izquierda del espectro político. Sin embargo, los chilenos que se ubican en el centro político o en posiciones propias de la derecha no tienen una visión generalmente negativa de los ricos.

El estudio confirma que, en Chile como en el resto del mundo, aquellas personas que cultivan opiniones negativas de los ricos también son mucho más propensas a validar las diversas teorías de conspiración y a culpar a los ricos de las crisis o de los acontecimientos negativos que se dan en la sociedad.

Sin embargo, las actitudes hacia los ricos difieren enormemente según la fuente de su riqueza. Los chilenos creen que los empresarios y autónomos sí merecen ser ricos pero, como ocurre en otros países, consideran que los gerentes de alto nivel o los banqueros senior se encuentran a la cola en la lista que jerarquiza hasta qué punto las personas acaudaladas se merecen su riqueza.

La mayoría de los chilenos no conocen personalmente a ninguna persona rica. Sin embargo, aquellos que sí lo hacen tienden a tener una opinión más positiva de dicho individuo que la actitud exhibida por la población en su conjunto hacia la gente rica, de forma general. Esto probablemente esté relacionado con la «errada» representación de los ricos en la sociedad y los medios chilenos, tema que se abordó en el primer capítulo de este libro.

Bibliografía

Atria, Fernando; Larraín, Guillermo; Benavente, José Miguel: Couso, Javier, y Joignant Alfredo. El otro modelo: del orden neoliberal al régimen de lo público, Debate, Santiago, 2013.

Barro, Robert. «Inequality and Growth in a Panel of Countries», Journal of Economic Growth.vol. 5, n° 1, marzo, 2000.

Barro, Robert. «Determinants of Economic Growth: A Cross Country Empirical Study», NBER Documento de trabajo, 5698, agosto 1996.

Bergoeing, Raphael. «¿Por qué cayó el crecimiento en Chile?». En CEP, noviembre, 2017, p. 7.
https://cdi.mecon.gob.ar/bases/docelec/cep/pdr/470.pdf

Beyer, Harald y Sapelli, Claudio. «Hacia una política social eficiente y efectiva». En El Chile que viene. De dónde venimos, dónde estamos y a dónde

vamos, varios autores, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2009.

Boccia, Romina. «Medicare and Social Security Are Responsible for 95 Percent of U.S. Unfunded Obligations». En https://www.downsizinggovernment.org/medicare-and-social-security-are-responsible-95-percent-us-unfunded-obligations

Brøns-Petersen, Otto. «The Danish Model: Don't Try this at Home, Cato Institute», Boletín de Desarrollo Económico, n° 24, diciembre 31, 2015.

Cifuentes, Cecilia. «Política fiscal: ¿gastar más o gastar mejor?». En ESE, Universidad de los Andes, noviembre, 2022, p.15. https://www.ese.cl/ese/site/artic/20221116/asocfile/20221116093607/noviembre_2022.pdf

Conard, Edward. The Upside of Inequality, Nueva York, Penguin, 2016.

Cortázar, René. Reglas del juego y el fin del desarrollo acelerado. El regreso a un desarrollo mediocre. Cieplan, septiembre, 2019.

Courcelle-Seneuil Jean Gustave. Estudio de los principios del derecho o preparación para el estudio del derecho, Imprenta Gutemberg, Santiago de Chile, 1887.

Daley, Suzanne. «Danes Rethink a Welfare State Ample to a Fault». En The New York Times, agosto de 2013.

Deaton, Angus. 2015. El gran escape. Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad. Traducción de Ignacio Perrotini. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

Easterly, William. The Tyranny of Experts, Basic Books, Nueva York, 2013.

Erhard, Ludwig. Das Prinzip der Freiheit, Anaconda, Düsseldorf, 2009.

Erhard, Ludwig. Wohlstand für Alle, Econ Verlag, Düsseldorf, 1990.

Erhard, Ludwig. «Über den Lebensstandard», Die Zeit, agosto, 1958.

Fernández de la Mora, Gonzalo. Egalitarian Envy. The Political Foundations of Social Justice. San Jose, CA. To Excel. 2000.

Fiske, Susan T. Envy Up, Scorn Down: How Status Divides Us. Nueva York. Russell Sage Foundation. 2011.

Foster, George M. «The Anatomy of Envy: A Study in Symbolic Behavior». University of Chicago Press Journals 13, n°. 2. Chicago. University of Chicago Press. 1972.

Friedman, Milton. Capitalism and Freedom. The University of Chicago Press, Chicago, 1962.

Glatzer, Wolfgang. Reichtum im Uerteil der Bevölkerung: Legitimationsprobleme und Spannungspotentiale in Deutschland. Opladen. Verlag Barbara Budrich. 2009.

Glick, Peter. «Choice of Scapegoats». En On the Nature of Prejudice. Fifty Years after Allport. Editado por John F. Dovidio, Peter Glick, y Laurie A. Rudman. Malden, MA. Blackwell Publishing. 2005.

Gokhale, Jagadeesh. «Unfunded Obligations measures of EU Countries». En Fiscal Policy Making in the European Union, editado por Martin Larch y João Nogueira Martins, 2009.

Hagopian, Kip y Ohanian, Lee. «The Mismeasure of Inequality», Hoover Institution, agosto, 2012. En https://www.hoover.org/research/mismeasureinequality

Hammond Alexander y Tupy Marian L. «Why Mugabe's Land Reforms Were so Disastrous», CapX, Cato Institute, agosto, 2018.

Hayek, Friedrich. The Road to Serfdom, Routledge, Abingdon, 1944 (2001).

Hayek, Friedrich. The Constitution of Libert, Roudledge, 1960 (2006).

Heckman, James y Landersø, Rasmus. Lessons from Denmark about

Inequality and Social Mobility, Oficina Nacional de Investigación Económica, Documento de trabajo 2854, marzo 2021.

Jain-Chandra, Sonali; Khor, Niny; Mano, Rui; Schauer, Johanna; Wingender, Philippe y Zhuang, Juzhong. «Inequality in China-Trends, Drivers and Policy Remedies», documento de trabajo. En International Monetary Fund, junio, 2018. https://www.imf.org/en/Publications/WP/Issues/2018/06/05/Inequality-in-China-Trends-Drivers-and-PolicyRemedies-45878

Karabelas, Iris. Freiheit statt Sozialismus: Rezeption und Bedeutung

Friedrich August von Hayek in der Bundesrepublik, Campus Verlag, Frankfurt, 2010.

Lal, Deepak. Poverty and Progress, Cato Institute, Washington, 2013.

Larraín, Felipe y Perelló, Óscar. Documento de trabajo N°93, «Carga tributaria: ¿Que tan amplia es la brecha entre Chile y la OCDE'». Clapes, enero, 2021. En https://clapesuc.cl/investigacion/doc-trabajo-n93-carga-tributaria-que-tan-amplia-es-la-brecha-entre-chile-y-la-ocde

Matamala, Daniel. «Hood Robin», en La Tercera, 5 de agosto de 2023.

McCloskey, D. Bourgeois Dignity. The University of Chicago Press, 2010.

Meegan, Daniel V. «Zero-Sum Bias: Perceived Competition Despite Unlimited Resources». Frontiers in Psychology 1, n° 191. 2010.

Mierzejewski Alfred. Ludwig Erhard. A Biography, The University of North Carolina Press, 2004.

Norberg, Johan. «How Laissez-faire Made Sweden Rich». 2013. En https://www.libertarianism.org/publications/essays/how-laissez-fairemade-sweden-rich

Peña, Carlos. «La pobreza y la desigualdad: buenas noticias» en El Mercurio, agosto de 2008.

Pérez Mackenna, Francisco. «Impuestos, pensar fuera de la caja», en La Tercera, 17 de junio de 2023.

PNUD: Desarrollo humano en Chile, vol. 1, LOM Ediciones, Santiago, 2004.

Rubin, Paul H. «Folk Economics». Southern Economic Journal 70, n° 1. 2003.

Sachweh, Patrick. Deutungsmuster sozialer Ungleichheit: Wahrnehmung und Legitimation gesellschaftlicher Privilegierung und Benachteiligung. Frankfurt. Campus Verlag. 2009.

Sanandaji, Nima. «The Surprising Ingredients of Swedish Success: Free Markets and Social Cohesion», Institute of Economic Affairs, IEA Documento de trabajo n° 41. En: https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3918437

Sanhueza, Gonzalo y Claro, Arturo. «Una década pérdida». En Facultad de Economía y Negocios, Universidad de Chile. https://mirada.fen.uchile.cl/articulo/ver/una-decada-perdida

Sapelli, Claudio. «Desigualdad, movilidad, pobreza: necesidad de una política social diferente», Revista Estudios Públicos, n°. 134, Santiago.

Sapelli, Claudio. ¿Chile más equitativo?, Universidad Católica, Santiago, 2011.

Schoeck, Helmut. Envy: A Theory of Social Behaviour. Indianapolis. Liberty Fund. 1966.

Schmidt-Hebbel, Klaus. «La propuesta de la reforma tributaria del ministro Marcel». En Cies https://negocios.udd.cl/noticias/2022/10/la-propuesta-de-reforma-tributaria-del-ministro-marcel-por-klaus-schmidt-hebbel/

Stiglitz, Joseph. The Price of Inequality, Norton & Company, NuevaYork, 2012.

Tesser, Abraham. «Toward a Self-Evaluation Maintenance Model of Social Behavior». Advances in Experimental Social Psychology 21. Philadelphia.

Elsevier Inc. 1988.

Vartia, L. «How do Taxes Affect Investment and Productivity?: An Industry-Level Analysis of OECD Countries», OECD Economics Department Working Papers, n° 656, OECD, 2008.

Velasco, Andrés y Huneeus, Cristóbal. Contra la desigualdad, Debate, Santiago, 2012.

Von Mises, Ludwig. The Anti-capitalistic Mentality, Liberty Fund, Indianapolis, 1956-2006.

Welch, Finis. «In Defense of Inequality», The American Economic Review, mayo, 1999, vol. 89, n° 2, Documentos y actas de la 111ª reunión anual de la Asociación Económica Estadounidense (mayo, 1999).

Wojciszke, B., Bazinska, R., y Jaworski, M. (1998). «On the dominance of moral categories in impression formation». Personality and Social Psychology Bulletin, 24 (12).

World Bank. From the Last Mile to the Next Mile-2022 Vietnam Poverty & Equity Assessment. World Bank. Washington. 2022.

Zingales, Luigi. A Captialism for the People. Nueva York: Basic Books, 2012.

Zitelmann, Rainer. The Rich In Public Opinion. Cato Institute. Washington.

2020.

Zitelmann, Rainer. El capitalismo no es el problema, es la solución. Unión Editorial. Madrid. 2021.

Zitelmann, Rainer. «Attitudes to wealth in seven countries: The Social Envy Coefficient and the Rich Sentiment Index». Economic Affairs Volume 41, Issue 2. John Wiley & Sons, Ltd. London. 2021.

Zitelmann, Rainer. Los ricos ante la opinión pública. Unión Editorial. Madrid. 2022.

Zitelmann, Rainer. «Attitudes towards the rich in China, Japan, South Korea, and Vietnam». Economic Affairs Volume 42, Issue 2. John Wiley & Sons, Ltd. London. 2022.

Zitelmann, Rainer. In Defense of Capitalism. Republic Book Publishers. Nueva York. 2023.

Zitelmann, Rainer. The Power of Capitalism. LID Publishing Limited. Londres, 20192.

---

1 https://www.latercera.com/noticia/bachelet-habia-vestigios-del-modelo-neoliberal-los-ido-terminando-traves-las-reformas/

2 Claro y Sanhueza, «Una década perdida».

3 Video disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=YaYKtVkfdk8&t=128s

4 https://www.emol.com/noticias/economia/2014/05/27/662226/andres-velasco-reforma-tributaria-ha-sido-mal-tramitada-y-tiene-un-problema-de-origen.html

5 https://x.com/elias_parada_s/status/1471153515770822660?s=46&t=Bf-q9y2tDPuUwhzdw5TH7w/

6 Schmidt-Hebbel, «La propuesta de reforma tributaria del ministro Marcel».

7 https://twitter.com/gabrielboric/status/1291100895120416770?lang=kn

8 https://radio.uchile.cl/2018/08/24/nicolas-grau-y-reforma-tributaria-se-esta-financiando-una-reduccion-de-impuestos-a-los-ricos/

9 https://www.t13.cl/noticia/politica/camila-vallejo-rechazo-impuesto-super-ricos-calle-cobrar-18-05-2021

10 Cifuentes, «Política fiscal: ¿gastar más o gastar mejor?», p.15.

11 Ibid., p.19.

12 Ibid., p. 23.

13 El índice Gini mide la desigualdad de ingresos de la población con una escala que va de 0 a 1, siendo 0 igualdad perfecta y 1 desigualdad absoluta.

14 Ibid., p. 21.

15 Bergoeing, «¿Por qué cayó el crecimiento en Chile?», p. 7.

16 Ibid., p.1.

17 Noticia disponible en: https://www.usach.cl/news/exministro-eyzaguirre-afirma-basta-1-mas-rico-se-meta-la-mano-al-bolsillo-y-se-soluciona-la

18 Comunicado disponible en: https://www.abif.cl/noticia2/postura-de-la-cpc-sobre-el-pacto-fiscal-para-el-desarrollo/

19 Por carga tributaria nos referimos a la cantidad de impuestos que extrae el Estado como porcentaje del PIB en un año.

20 Larraín y Perelló, «Carga tributaria: ¿qué tan amplia es la brecha entre Chile y la OCDE?», p. 20.

21 Disponible en: https://www.df.cl/economia-y-politica/df-tax/informe-plantea-que-la-recaudacion-tributaria-de-chile-seria-superior-a

22 Libertad y Desarrollo, «Mitos y verdades sobre impuestos en Chile», p.16.

23 Disponible en: https://www.latercera.com/pulso/noticia/peso-de-impuestos-a-las-empresas-en-recaudacion-fiscal-en-chile-mas-que-duplica-promedio-ocde/M4CSHRWOEJBHRHFZZUNVOGMD7M/

24 Cortázar, «Reglas del juego y el fin del desarrollo acelerado. El regreso a un desarrollo mediocre», pp. 11-12.

25 Atria, et al. El otro modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público, p. 353.

26 Ibid., p. 137.

27 Ibid., p. 153.

28 Beyer y Sapelli, «Hacia una política social eficiente y efectiva», 2009.

p. 112-115.

29 Velasco y Huneeus, Contra la desigualdad, pp. 18-19.

30 Beyer y Sapelli, pp. 104-105.

31 Sapelli, ¿Chile más equitativo?, p. 20.

32 Ver presentación de Claudio Sapelli. Disponible en: http://www.cepchile.cl/dms/archivo_5232_3350/CSapelli_presentacion.pdf

33 Ibid.

34 Sapelli, «Desigualdad, movilidad, pobreza: necesidad de una política social diferente», p. 62.

35 Ibid., p. 82.

36 Hagopian y Ohanian, «The Mismeasure of Inequality».

37 Ibid.

38 Peña, «La pobreza y la desigualdad: buenas noticias».

39 Lal, Poverty and Progress, p. 10.

40 Ibid., p. 27.

41 Noticia disponible en: https://www.emol.com/noticias/Nacional/2023/07/24/1101888/reacciones-boric-derrocar-capitalismo.html

42 Noticia disponible en: https://www.t13.cl/noticia/politica/reafirma-convicciones-vallejo-defiende-dichos-boric-sobre-derrocar-capitalismo-24-7-2023

43 Entrevista disponible en https://www.cnnchile.com/lodijeronencnn/entrevista-jose-miguel-ahumada-modelo-desarrollo-nordico_20211108/

44 Sanandaji, «The Surprising Ingredients of Swedish Success: Free Markets and Social Cohesion».

45 Norberg, «How Laissez-faire Made Sweden Rich».

46 Ibid.

47 Sanandaji, «The Surprising Ingredients of Swedish Success».

48 The Economist, «The Next Supermodel». Disponible en: http://www.economist.com/news/leaders/21571136-politicians-both-right-and-left-could-learn-nordic-countries-next-supermodel

49 Sanandaji, p. 39.

50 Brøns-Petersen. «The Danish Model: Don’t Try This at Home», p. 1.

51 Ibid., p. 2.

52 Daley, «Danes Rethink a Welfare State Sample to a Fault».

53 The Danish Government, Denmark's National Reform Program, 2023. Disponible en: https://commission.europa.eu/system/files/2023-05/2023-Denmark-NRP_en.pdf

54 Disponible en: https://www.fraserinstitute.org/sites/default/files/economic-freedom-of-the-world-2022.pdf

55 Disponible en: https://archive.doingbusiness.org/en/rankings

56 Disponible en: https://www.cato.org/cato-journal/fall-2021/economic-mentality-nations#giem-rankings-for-countries

57 Vartia, «How do Taxes Affect Investment and Productivity?: An Industry-Level Analysis of OECD Countries».

58 Barro, «Determinants of Economic Growth: A- Cross Country Empirical Study», p. 18.

59 Ibid., p.70.

60 Barro, «Inequality and Growth in a Panel of Countries».

61 Mierzejewski, Ludwig Erhard: A Biography, p. 37

62 Erhard, Das Prinzip der Freiheit, p. 23.

63 Mierzejewski, p. 37.

64 Erhard, Das Prinzip der Freiheit, p. 80.

65 Erhard, Wohlstand für Alle, p.14.

66 Erhard, «Über den ‘Lebensstandard’».

67 Erhard, Wohlstand für Alle, p.145.

68 Erhard, Das Prinzip der Freiheit, p.18.

69 Karabelas, Freiheit statt Sozialismus: Rezeption und Bedeutung Friedrich

August von Hayek, p. 111.

70 Gokhale, «Measuring the Unfunded Obligations of European Countries».

71 Disponible en: http://www.usgovernmentspending.com

72 Entrevista disponible en: https://www.thefinancialist.com/bankrupting-

the-next-generation/

73 Ibid.

74 Disponible en: https://gsas.harvard.edu/news/colloquy-podcast-debt-ceiling-and-beyond-laurence-kotlikoff

75 Boccia, «Medicare and Social Security Are Responsible for 95 Percent of U.S. Unfunded Obligations».

76 Welch, «In Defense of Inequality», p. 2.

77 Courcelle-Seneuil, Estudio de los principios del derecho o preparación para el estudio del derecho, p. 174.

78 Ibid., p.165.

79 Ibid., p. 177.

80 Hayek, The Constitution of Liberty, p. 77.

81 Jain-Chandra et al. «Inequality in China-Trends, Drivers and Policy Remedies».

82 McCloskey, Bourgeois Dignity, p. 70.

83 Hayek, p.113.

84 Deaton, El gran escape, p. 24.

85 Atria et al., p. 25.

86 Welch, p.16.

87 Conrad, The Upside of Inequality, p. 71.

88 Stiglitz, The Price of Inequality, p. 3.

89 Easterly, The Tyranny of Experts, p. 6.

90 Ibid., p. 7.

91 Hammond y Tupy, «Why Mugabe's Land Reforms Were so Disastrous».

92 Heckman y Landersø, «Lessons from Denmark about Inequality and Social Mobility», p. 1.

93 Zingales, A Capitalism for the People, p. 147.

94 Friedman, Capitalism and Freedom, pp. 190 y ss.

95 Zingales, p. 147.

96 Hayek, The Road to Serfdom, p. 121.

97 Matamala, «Hood Robin».

98 Pérez Mackenna, «Impuestos, pensar fuera de la caja». El ingreso mediano es aquel que representa el punto medio entre la totalidad de quienes reciben ingresos. Es decir, el 50 por ciento se encuentra sobre el ingreso mediano y el 50 por ciento por debajo.

99 Ibid.

100 Disponible en: https://www.df.cl/economia-y-politica/df-tax/ricardo-escobar-exdirector-del-servicio-de-impuestos-internos-sii

101 Disponible en: https://www.df.cl/economia-y-politica/macro/el-impuesto-a-la-renta-supera-al-iva-en-recaudacion-por-primera-vez

102 Disponible en: http://www.nuevopoder.cl/peso-de-impuestos-a-empresas-

en-recaudacion-fiscal-en-chile-supera-promedio-ocde/

103 Disponible en: https://fen.uchile.cl/es/noticia/ver/ranking-de-competitividad-mundial-chile-retroceder-en-2022#:~:text=El%20nuevo%20Ranking%20IMD%2C%20elaborado,que%20ocup%C3%B3%20el%20puesto%2044.

104 Claro y Sanhueza, p. 27.

105 Disponible en: https://www.24horas.cl/elecciones-2021/fact-checking/chile-pierde-5-mil-millones-de-dolares-de-gasto-fiscal-por-mala-gestion

106 Disponible en: https://www.fne.gob.cl/fne-propone-reformas-al-sistema/

107 Disponible en: https://www.ex-ante.cl/klaus-schmidt-hebbel-y-pacto-fiscal-

es-como-un-arbol-de-pascua-con-muchisimas-luces-y-regalitos-pero-sin-sustancia/

108 Ibid.

109 Disponible en: https://www.emol.com/noticias/Economia/2022/05/09/1060428/impuesto-riqueza-marcel-super-ricos.html

110 Disponible en: https://www.biobiochile.cl/noticias/economia/actualidad-economica/2023/08/01/marcel-informa-sobre-alcances-del-pacto-fiscal-prioridad-de-gasto-impuesto-a-la-renta-y-fechas-clave.shtml

111 Disponible en: https://forbes.cl/editors-pick/2022-04-05/lista-forbes-conoce-las-fortunas-mas-grandes-de-chile-en-2022

112 Disponible en: https://www.latercera.com/pulso/noticia/ingresos-transantiago-caen-29-tras-estallido-social-deficit-anual-mas-alto-una-decada/1008055/

113 Disponible en: https://www.biobiochile.cl/noticias/economia/negocios-y-empresas/2023/08/06/cesco-advierte-que-alza-de-deuda-de-codelco-puede-llevar-a-la-empresa-estatal-a-la-insolvencia.shtml

114 Disponible en: https://www.biobiochile.cl/noticias/economia/negocios-y-empresas/2023/04/26/enami-habria-recontratado-a-subgerentes-que-

despidio-fueron-indemnizados-con-850-millones.shtml

115 Disponible en: https://ellibero.cl/investigacion/malos-resultados-de-empresas-publicas-en-2022-ponen-en-jaque-programas-emblematicos-de-boric/

116 PNUD, Desarrollo humano en Chile, p. 30.

117 Von Mises, The Anti-capitalistic Mentality, p.26.

118 Ibid., p. 8.

119 Disponible en: https://www.ciperchile.cl/2021/01/29/proceso-constituyente-la-unica-batalla-es-contra-el-neoliberalismo/

120 El Banco Mundial define la pobreza absoluta como un nivel de ingresos inferior al umbral de 1,9 dólares diarios, medidos en paridad de poder de compra. Este es el tipo de pobreza más severa, caracterizada por la privación material severa en el acceso a bienes esenciales y básicos, especialmente en el caso de la comida. Medir la pobreza en dólares y ajustando los datos para analizarlos según paridad de poder de compra

resulta útil para considerar los distintos niveles de poder adquisitivo que se observan en el plano internacional en unos u otros países.

121 Zitelmann, «Attitudes towards the rich in China, Japan, South Korea, and Vietnam».

122 Ver: https://documents1.worldbank.org/curated/en/099115004242216918/pdf/P176261055e180087097d60965ce02eb562.pdf

123 Zitelmann, In Defense of Capitalism, caps. 5 y 7.

124 Zitelmann, The Rich in Public Opinion. Ver también: Zitelmann, «Attitudes to wealth in seven countries: The Social Envy Coefficient and the Rich Sentiment Index» y Zitelmann, «Attitudes towards the rich in China, Japan, South Korea y Vietnam».

125 Zitelmann, Los ricos ante la opinión pública.

126 Ver: <https://www.washingtonexaminer.com/opinion/anti-rich-sentiment-drives-former-amazon-employees-to-pick-up-the-guillotine>.

127 Glatzer et.al., Reichtum im Uerteil der Bevölkerung: Legitimationsprobleme und Spannungspotentiale in Deutschland, p. 57.

128 Wojciszke, Bazinska, y Jaworski. «On the dominance of moral categories in impression formation», p. 1251.

129 Ibid., p. 1256.

130 Ibid., p. 1252.

131 El capítulo 4 del libro Los ricos ante la opinión pública de Rainer Zitelmann, recoge en forma detallada las investigaciones científicas que se han realizado en torno a la envidia.

132 Schoeck, Envy: A Theory of Social Behaviour, p 29.

133 Foster, «The Anatomy of Envy: A Study in Symbolic Behavior». p 166.

134 Fernández de la Mora, Egalitarian Envy. The Political Foundations of Social Justice, p 73.

135 Ibid., p. 74.

136 Ibid., p. 166.

137 Ibid., p. 184.

138 Sullivan, citado en Foster, p. 184.

139 Aquellos que se muestran totalmente de acuerdo con la primera pregunta reciben 1 punto, mientras que todos los demás encuestados obtienen 0 puntos. Aquellos que se pronuncian totalmente de acuerdo o más bien de acuerdo con la segunda pregunta también recibieron 1 punto, mientras que todos los demás participantes en el sondeo logran 0 puntos. Por último, quienes se expresan de acuerdo con la tercera afirmación recibieron 1 punto, mientras que aquellos que no estuvieron de acuerdo recibieron 0 puntos. De esta forma, se asignó un valor comprendido entre 0 (cuando no se proporcionó ninguna respuesta coherente con la envidia) y 3 (cuando la respuesta ofrecida fue coherente con la envidia en todas las afirmaciones planteadas). Posteriormente, los encuestados fueron

clasificados en diversos grupos dependiendo de si su comportamiento de respuesta se podía considerar fuertemente (2 o 3 puntos), débilmente (1 punto) o nada (0 puntos) moldeado por sentimientos de envidia social.

Las respuestas que están «muy de acuerdo» con la primera afirmación obtienen 1 punto, mientras que en la segunda afirmación también se da 1 punto a quienes están «más bien de acuerdo». Esto es así por razones de naturaleza puramente pragmática. Para que la escala diferencie claramente, los límites entre las categorías calificadas y no calificadas deben trazarse de tal manera que todos los grupos tengan un tamaño comparable.

Sin embargo, en Alemania, donde se desarrolló la escala, esto no fue posible para la primera afirmación planteada, porque el 41 por ciento de los encuestados alemanes indicaron que «tienden a estar de acuerdo». Debido a que el número de participantes que dijeron estar «totalmente de acuerdo» con la declaración fue ligeramente mayor (25 por ciento) que el número que dijo estar «más bien desacuerdo» o «totalmente en desacuerdo» (23 por ciento), aquellos que están «más bien de acuerdo» fueron incorporados al último grupo.

Metodológicamente, hacer lo contrario también habría sido posible y legítimo —pero esa decisión no habría influido en el poder explicativo de la escala—. Habiendo tomado esta decisión sobre el diseño de la escala, se hizo preciso mantener el mismo tratamiento para las encuestas realizadas en otros países, a fin de garantizar que los resultados siguieran siendo directamente comparables.

140 Fiske, Envy Up, Scorn Down: How Status Divides Us, p. 101.

141 Tesser, «Toward a Self-Evaluation Maintenance Model of Social Behavior», p. 183.

142 Sachweh, Deutungsmuster sozialer Ungleichheit: Wahrnehmung und Legitimation gesellschaftlicher Privilegierung und Benachteiligung, pp. 165-166.

143 Glick, «Choice of Scapegoats», p. 250.

144 Ibid., p. 253.

145 Ibid., p 254.

146 Ibid., p. 254.

147 Ibid., p. 255.

148 Meegan, «Zero-Sum Bias: Perceived Competition Despite Unlimited Resources». p. 12.

149 Rubin, «Folk Economics», pp. 157-158.

150 Ibid., p. 158.